

—Yo le he pedido a usted Reyes Magos
y usted me da obreros.
—Es que los obreros hoy son los reyes.


NO SON 2, SON 3
LAS COSAS BUENAS DE
BAGLEY
M.S. BAGLEY & Cía Lda
SOCIEDAD ANONIMA ARGENTINA
GALLETITAS
SOLAR
MONTES DE OCA 199
BUENOS AIRES
GALLETITAS
HESPERIDINA
Y
DULCE DE NARANJA
EL POSTRE OBLIGADO
DELICIOSO Y SANO.
GARANTIDO
DULCE
DE PRIMERA CALIDAD
NARANJA
FABRICADO POR
M·S·BAGLEY & Cía Lda.
MONTES DE OCA 199
BUENOS AIRES

FRAY MOCHO

Año IX | Buenos Aires, 6 de enero de 1920 | Núm. 402

Empiezan los duodécimos

No nos sorprende, pues ya, desde hace meses, lo habíamos previsto; pero, como a la mayoría del país que anhela el orden, la regularidad, el equilibrio entre las rentas de la nación y las erogaciones públicas, nos produce una extraña impresión de desconsuelo las maneras despreocupadas de todos los poderes del gobierno para encauzar el magno asunto.

Mientras el Ejecutivo, como si para él no fuera la ley de presupuesto cuestión capitalísima, se abstiene de dirigir el debate consintiendo en la ausencia del ministro encargado de afrontarlo, so pretexto de una comisión en Estados Unidos que lo mismo habría desempeñado otro ciudadano; y mientras el préstamo extranjero monopoliza de tal modo su actividad parlamentaria, que fuera de él no concibe otros proyectos y gestiones, la cámara de diputados, encantada de asir la ocasión por los cabellos, se desbanda después de sancionar un duodécimo a escape, y convencida de que no le queda otra cosa que hacer para reponerse de la enorme fatiga que la trabajosa y estéril discusión del negociado de la cosecha llegó a producirle.

¿Qué razones de gravedad trascendental impidió a a cámara, si no aplazar la sanción del último asunto, como lo quería buen número de diputados, por lo menos tratarlo en días fijos de la semana, ocupándose en los demás de la ley de presupuesto?

Ninguna satisfactoria, por cierto. Entretanto, hétenos ya embarcados en la aventura de un duodécimo, que no responde, ni con mucho, a las necesidades reales del país ni a sus recursos efectivos durante el mes de enero, pudiéndose agravar aún más la situación, si hasta este medio empírico de salir del atolladero llega a fallar, mediante la oposición, que ya se anuncia, de la cámara de senadores. Enmendada la plana por el senado, volvería el proyecto a diputados, y como aquí suscitaría resistencias la enmienda Padilla relativa al impuesto a la exportación, ya tendríamos armada la de Dios es Cristo, es decir, transferida para las calendas griegas la sanción del mismo deleznable duodécimo.

Así, a los conocidos males de la situación económica general, que no está en las manos de ningún gobierno conjurar de golpe, añaden conscientemente los hombres responsables aquellos que provienen de su propia despreocupación. Y el país, entretanto sufre las consecuencias, viendo que no ya sus intereses permanentes y sagrados se trata de cuidar, sino los de la famosa y estéril política... Ante el problema de las elecciones de Catamarca, el del presupuesto nacional es una bicoca... Salvemos a Viena —piensa el gobierno—después veremos...

El problema de las moscas

El mundo de los bacteriólogos, de los higienistas, de los entomólogos, de los sabios con y sin patente de infalibilidad profesional, nos han aturdido durante años, a los míseros profanos, con sus voces aterradoras sobre el peligro de vivir rodeados de moscas. El problema mosquil, la necesidad de suprimirlo envenenando al díptero, o simplemente cazándolo en la forma tradicional que ha enriquecido el léxico con la inmortal creación del "papa-moscas", había llegado a constituir la idea fija de infinito número de gentes que antes consentirían en la aparición súbita de un elefante enfurecido junto a sus prudentes personas, que en dar vía libre a una inocente mosca para recorrer a sus anchas los devastados campos de las calvas respectivas... "La mosca — se decía — es un enemigo del hombre, es un ser infernal que, a despecho de sus apariencias inofensivas, vaga por los aires conduciendo todos los gérmenes malignos, todos los venenos, todos los flagelos. Donde se posa, queda una enfermedad en estado de incubación. ¡Matemos a las moscas! ¡Guerra a las moscas! ¡Acabemos con el inmundo y detestable bichito!"

Y, naturalmente, no había padre de familia, y sobre todo, madre, que no sintiera la piel de gallina ante el espectáculo de una mosca parada en la nariz de su bebé. Los únicos que no se inquietaban gran cosa, a pesar del lujo de sus demostraciones, eran, como siempre, las autoridades; y, por razones distintas, esa cantidad de observadores despreocupados, de escépticos resistentes, que sin perjuicio de conceder a cada cosa el valor que pueda tener, jamás caen en el exceso. Habían, los tales, observado el hecho más que sugerente de que, en caso de epidemia, el primero en ausentarse es, precisamente, la mosca...

Y he aquí, por último, lo que un sabio especialista en estos achaques, el brasileño doctor Anedo, acaba de manifestar:

"La mosca no es tan perjudicial como la pintan, es un bichito asqueroso, inmundo, si se quiere, pero no es tan nocivo como se asegura. He puesto moscas en el campo del microscopio, las he observado durante horas y he visto que ellas son poderosas destructoras de microorganismos. Las vellosidades que cubren su cuerpo se van cargando de polvos del aire y en cada uno de ellos hay centenares de bacterias; la mosca, a intervalos regulares, de uno a dos minutos, los amontona con sus patas y, con su trompa, que hace las veces de una bomba aspirante, se los absorbe. Queda así durante segundos, limpia como patena, y vuelve a cargarse. En esa labor destructora se entretiene todo el día, y al fin de su labor, la mosca debe haber destruído millones de microorganismos virulentos. En ninguna de mis experiencias he visto desprenderse de las vellosidades abdominales de las moscas en observación, ni una partícula de polvo."

¿Y?... ¿Podemos ahora dormir tranquilos, sin dar crédito a los que aseguraban que entre un acreedor y una mosca, aquél es preferible?...

Al porvenir, la ardua sentencia.

EL TRABAJO FEMENINO EN EL CAMPO



¡Un ratón!

EXPIACIÓN

Callábamos los dos. Sobre tu frente
dibujaba una arruga la tristeza,
y en tus ojos de pálido turquesa
asomaba una lágrima silente.

Extraño a tu dolor, indiferente,
yo sonreí con intención aviesa,
y, al mirarme, doblando la cabeza
te pusiste a llorar amargamente.

Por fin, en un arranque de tu orgullo,
me exigiste quemar todo lo tuyo
que guardo en mi poder... Y, luego, cuando

ya dispuesta a partir, te despedías,
caducaron en flor tus rebeldías
y caíste en mis brazos sollozando!

Julián MARCHENA.

TRÍPTICO PORTEÑO

por Roberto GACHE

El descubrimiento de la música

Mi ciudad es ahora el mercado preferido del gran baile. Rusia, así, nos penetra y nos revoluciona: unas veces es la expansión sangrienta de sus principios sociales; otras, el revuelo indiscreto de sus polleritas de tul. Mezcla de color, de ritmo y de música —con algo a veces de hondo simbolismo y mucho siempre de excitante lubricidad—este arte nuevo del gran baile, que sabe tocar así toda la gama de las sensibilidades, halla obligadamente un eco en cada espíritu, por mínima, por inferior que sea la aptitud sensorial que se posea.

Se trata ciertamente de un arte nobilísimo que sabe llamar, como al que más, nuestra mejor emoción. Pero ni aun así ha de explicarse esta aprobación, inverosímilmente unánime, que nuestro público le dispensa. ¿Por qué han aplaudido todos, en estas salas tan frías y ceremoniosas de costumbre? Todos han aplaudido desde el fondo común de sus inclinaciones. Es el bajo estrato común en que, al fondo todos los espíritus, coinciden todos los hombres. Así somos unos con otros semejantes.

El baile ha triunfado en los sentidos de cada espectador. Es, el suyo, un ritmo que contagia y que obsesiona. El éxito de este espectáculo—como el de todos los espectáculos—ha estado en el grado de las imitaciones que despertó. Yo he visto a un ex ministro de relaciones exteriores bajar las escaleras del teatro en gracioso "pas de deux" con su mujer. ¿Cómo dudar del éxito? Bajo el peso formidable de su pasado, los hombres que han sido ministros difícilmente vuelven a bailar.

Curioso efecto teatral, por cierto, este de la imitación. Al salir del teatro desfilan por las calles oscuras las parejas que van a recogerse, bajo un recóndito antojo de reconstrucción teatral. Curioso y fatal efecto, a fe mía, al que debo, por lo pronto, el fastidio de no ser un gran orador: un "tonny", tartamudo de profesión, que descubrí en mi edad primera, preocupóme de tal suerte, que quedé por mi vida tartamudo. No he de perdonarle nunca a aquel maldito que por ganar los dos pesos de mi platea expusiera en tal manera mi porvenir y mi gloria. Así dirá también el ex ministro de mi crónica si, como lo presumo, sigue hasta ahora bailando su famoso "pas de deux".

De otro lado, estos bailes insinuantes y graciosos han violado la inocencia musical de nuestro público. Ya está, por fin, bien que tímidamente, en grata y asombrada relación con Schubert, con Liszt, con Rimsky Korsakow... Porque—¿cómo dudarlo?—estas livianas polleritas de Rusia han marcado el primer compás a muchos oídos rebeldes de mi ciudad.

Trajes y academias nuevas

Evidentemente, un "soplo poderoso de renovación" agita y conmueve toda nuestra vida actual. Así—con estas mismas palabras—lo dicen por lo pronto los oradores de las ceremonias oficiales, y si sus seguridades no bastaran para convencernos de ello, ahí está la misma realidad, la misma vida nuestra, que por rara circunstancia confirma por una vez las opiniones de los hombres públicos. Todo se renueva, todo va a cambiar... Frutos de esta incontrastable tendencia renovadora, han nacido por lo pronto en nuestra ciudad ciertos pequeños comercios sastreriles que por una suma más que módica le dan vuelta a uno los trajes viejos y, al revés al frente, se los vuelven nuevos. Estos comercios, lo repito, recién ahora aparecen y no como recurso de apurados ingenios mercantiles, sino por trascendental consecuencia de un grave, de un profundo estado de perturbación y de renovación social. Por lo demás, a nadie que no fuera hijo de este grave momento que vivimos, hubiérasele ocurrido tan maravilloso recurso comercial y estético. Renovar un traje, renovarlo en sí mismo, sin tela ni gastos nuevos, es, sencillamente, dar con la solución del más grave, del más tracendental de los actuales problemas humanos.

Todo está viejo, todo está caduco. Hay que cambiar, no sólo las ropas, sino también los hombres y las instituciones. El problema es éste: ¿cómo renovar, de dónde renovar esas ropas, esos hombres y esas instituciones, si su propio agotamiento supone el agotamiento de la substancia renovadora y de reemplazo?

Aquí la estupenda solución. ¿No hay más tela? Pues vengan los trajes viejos; descosámoslos para que luego, al coserlos, nos demos la ilusión de que los hacemos nuevos y, con el revés que está menos gastado al frente, unamos otra vez una y otra parte. El traje es el mismo de antes, con la pequeña diferencia de que está al revés. Es como si dijéramos el mismo traje de antes mirado de adentro para afuera. Ofrece un punto de vista nuevo y ello nos abre muchas esperanzas. Eso es lo que importa: nosotros no somos nada si cada día que pasa no somos para el mundo un espectáculo nuevo.

Esto por lo que hace a las ropas. ¿Y los hombres? Los hombres se renuevan en la misma forma. ¿No han sido renovados en la misma forma los Consejos y las Academias de las Facultades? La gente de las nuevas Academias no es gente nueva. Ni podía serlo tampoco, porque no se improvisa así no más un académico y menos veinte o treinta como en cada caso había sido ahora necesario. No siempre hay hombres aptos ni dispuestos para ser académicos. Unos no tienen jacquet, otros no tienen relaciones, a algunos les faltan títulos y, en fin, hay quien, por no tener ambiciones, prefiere encerrarse con Carlitos Chaplin en un confortable salón de cinematógrafo a aburrirse la misma hora en una estirada sesión académica. Ya se ve, pues, cómo en verdad no ha sido posible traer gente nueva a los Concejos y a las Academias nuevas. Se ha aplicado el procedimiento de dar vuelta a la ropa vieja, y Pérez, González y García han sido sustituidos por García, González y Pérez.

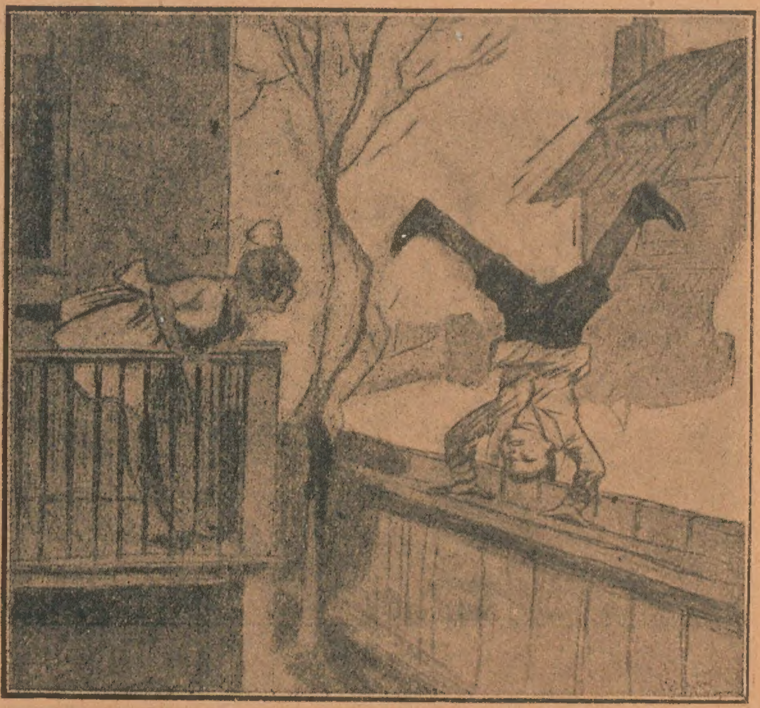
American band

Después de mandarnos sus automóviles económicos y sus escritorios de roble—estos absurdos escritorios prácticos, de cien cajones inútiles—los Estados Unidos, en pleno tren de penetración pacífica, nos han enviado su música. La hemos escuchado todos en los cabarets y en los restaurants de moda. Son cinco o seis señores que, en silencio y con grave aire aburrido, nos miran comer desde la pequeña y filarmónica altura en que se hallan.

Es, sin embargo, la de ellos, una calma mentida. Porque de pronto, a una señal de su director, estos cinco hombres de apariencia inofensiva se lanzan en incontenible furia a sacar a cuál más todo el ruido posible de sus instrumentos. Es el paroxismo musical. El delirium tremens de la armonía. Al del piano le vienen como espasmos y cuando se echa sobre el teclado parece que quisiera apretar teclas hasta con la nariz. La música, entretanto, sale alocada y frenética, hecha—se diría—sólo de compases y no de melodías. Sube, baja, se retuerce, sufre, grita, ríe, salta y luego, de golpe, calla. Aquellos cinco hombres son más bien cinco espasmos sonoros.

Es la música agitada y práctica de un pueblo a su vez agitado y práctico. El pueblo que, en conservas famosas, ha inventado comer un bife adentro de una pastilla, ha llegado por natural evolución a esta música condensada que nos ocupa. ¿Quién no ha sufrido la fiebre, tan llena de visiones extrañas, de sus típicos rig-times? El Africa entera y sus aldeas negras, la danza sensual, el salto furioso del macho y de la hembra y un ritmo primitivo y bestial capaz de poner en compás de baile los movimientos de una amiba.

DOCUMENTO SENTIMENTAL



Cómo empieza una conquista.

Los cazadores de pieles

Entre las fértiles praderas del Canadá y la bahía de Hudson, hay una vasta extensión de 75.000 kilómetros cuadrados de bosque virgen, medio sumergido en una laguna inmensa, donde los árboles seculares alternan con cañaverales espesísimos. Es el país de los armiños, de las martas y de las ratas almizcladas, y allí van los tramperos y los cazadores a buscar esas ricas pieles que alcanzan en el mercado tan elevados precios.

La vida de estos héroes de la peletería tiene cierto sabor romántico que recuerda las novelas de Mayne Reid y Fenimore Cooper. Por regla general, el cazador de pieles trabaja solo; su equipo es de lo más elemental: un poco de carne en conserva, unas cuantas cajas de fósforos, la escopeta, una manta y unas correas de cuero de reno para atar los paquetes de pieles. En las expediciones, que solo duran algunas semanas, todo esto se empaqueta sobre el lomo de un perro; pero si se ha de cazar durante meses enteros, se hace uso de una canoa, o mejor una almadia, en el verano, y de un trineo con perros en el invierno.

Lo que la embarcación en verano, es el trineo en invierno, cuando los grandes lagos están helados. Un buen tiro de perros es casi tan caro como una yunta de caballos, así es que sus dueños los tratan muy bien; durante el verano, se los tiene en grandes corrales, o en algún islote, y se les alimenta con pescado.

En las estaciones peleteras, las carreras de trineos son una diversion muy frecuente, y entre los cazadores se cruzan a veces crecidas apuestas. El perro que va a la cabeza del tiro hace de conductor, y de él depende el éxito.

Cierto trampero, que pasó un invierno entero en la selva, envuelto en mantas y con los ojos untados siempre con sebo para que no se le helasen, se vió un día abandonado por sus perros, que huyeron en persecución de una bandada de lobos, llevándose el trineo con armas, provisiones y pieles. Por fortuna, el vehiculo se enredó en unos troncos caídos, y al día siguiente, guiado por los aullidos de los canes, pudo recobrarlo su dueño.

Desde luego, los cazadores de pieles no trabajan por su cuenta. Hasta hace veinticinco años, la industria peletera del Canadá constituía un monopolio de la Compañía de la Bahía de Hudson. Después, habiendo caducado dicho monopolio, aparecieron algunos peleteros aislados, en pequeña escala; pero estos competidores acaban casi siempre por arruinarse, pues los cazadores prefieren que se les pague en municiones o alimentos, y el peletero en pequeña escala no puede disponer de grandes almacenes, de modo que pronto se queda sin proveedores.

Hace diez y nueve años, sin embargo, se presentó en la bahía de Hudson un barco francés, fletado por los hermanos Revillón, con el propósito de comerciar en pieles. En cuanto la Compañía de la Bahía lo supo, comprendió que iba a habérselas con un rival poderoso y prohibió a sus cazadores no sólo que vendiesen pieles a los franceses, sino también que les proporcionasen guías, provisiones ni auxilios de ningún género. Al llegar los primeros fríos, el hielo destrozó el barco, y los empleados de la casa Revillón se encontraron sin más bienes que la ropa puesta, y sin que los quisieran recibir en ninguna parte. Por fin, un misionero inglés se enteró de su desdicha, recogió en su cabaña a los franceses y puso a su disposición sus propios cazadores indígenas.

Tal fué el comienzo de la compañía peletera Revillón Frères. El misionero inglés fué obispo de Prince Albert, y cuando le consagraron recibió como obsequio de los Revillón una soberbia vajilla de plata.

El oficio de cazador de pieles es bastante productivo. Los gastos son pocos, pues generalmente se caza con trampas o con cepos de acero, y se gastan pocas municiones. En cambio, las pieles se pagan bien.

Y no hay miedo de que las pieles se acaben. El país donde se obtienen no es propio para establecer colonias ni para tender ferrocarriles, y éstos son los verdaderos enemigos del animal salvaje. Un sólo día de caza en los bosques y cañaverales del país de las pieles puede producir a un buen tirador de cincuenta a ochenta piezas, es decir, tanto como cuando los europeos penetraron por primera vez allí.



Una reina juzgada por otra reina

Para la prestigiosa "Revista de ambos mundos" de París, la Reina María de Rumania ha escrito sobre Nicolás II y su familia, páginas de fina observación y de juicios tan seguros como penetrantes y decididos. En ese escrito que firma, raro por esas cualidades poco frecuentes en una soberana reinante, es interesante, sin duda, la semblanza que hace de la ex zarina. Al hablar de ella no deja de mencionar como verosímiles los rumores acerca de su vergonzosa humillación ante el monje Rasputín.

"La zarina, dice, es una de esas personalidades que surgen en la historia de tiempo en tiempo. Su autoridad, su poder, permanece inexplicable y uno se pregunta en vano de dónde le viene su fuerza. Tal vez Alejandra amaba realmente a su marido; lo cierto es que adoraba a su hijo; pero su actitud para con los demás era de perpetua desconfianza, extrañamente desprovista de ternura, y, en cierto modo, hostil. Colocada por encima de todas las cosas y dominando a su marido, tenía en sus manos un poder terrible; si la ternura se hubiese asilado en su corazón, habría podido realizar milagros; pero con esa desconfianza universal, tenía a todos a distancia, a grandes y a chicos, como si viese en cada uno a alguien que quería quitarle un derecho que sólo a ella pertenecía. Considerándose infinitamente superior a todo el mundo, se imaginó que había sido llevada por el destino a tan alta situación para mostrar a los demás sus errores, y al fin, cuando se convenció que su manera de ser no le había conciliado los corazones, concibió una amargura profunda.

Pertenecía a esa categoría de mujeres que se creen eternamente incomprendidas y se aislan en la certidumbre de que el vulgo no puede jamás penetrar en sus pensamientos ni elevarse hasta su ideal. Condición desgraciada y hecha para sembrar el infortunio; la mujer incomprendida no se adapta jamás a las circunstancias; sólo quiere permanecer a un lado, encerrada en su pena como en el más sagrado de los privilegios.

La zarina era uno de esos seres, y, con los años, sus curiosas disposiciones mórbidas se acentuaron a tal punto que muchos llegaron hasta a dudar de su buen sentido. Los que la veían íntimamente atestiguan que sobre la mayor parte de los temas razonaba con entera lucidez de inteligencia; pero la inquebrantable fe que tenía en la misión de iluminar a los otros hacía que no escuchara ninguna advertencia y que se fiara sólo a sus juicios erróneos y se convirtiera así en presa de los impostores que acechan a las almas encerradas en su obscuridad solitaria."

Eran unos ojos...

(Del libro de poesías "Nieve"..., recientemente publicado)

Eran unos ojos azules muy bellos,
Que tenían vivos y claros destellos
De color de mar;
Ojos que grandeza de alma traslucían;
Ojos que cantaban, que reír sabían,
Y también llorar...

Ojos que se habían vuelto más azules
Al rasgar los tenues, los etéreos tules
De la inmensidad;
Que tenían dejos de melancolía;
Que a veces hacían chispear la alegría
Con vivacidad.

Ojos que tenían sublimes reflejos
De santas dulzuras gustadas muy lejos...
... Ideal país
Donde todo es cierto, donde no hay falsía
Donde nunca es noche, donde siempre es día,
Donde se es feliz...

Reflejos azules del azul plumaje
Del ave-quimera, que en puro lenguaje
Darío cantó;
Ojos que tenían la suave hermosura
De una misteriosa, lejana dulzura
Que nadie expresó...

Si el mar es zafiro de color variante,
Si azul es el cielo, sereno, brillante
Más leve que el tul;
¿No tuvo razón el poeta famoso
Que lleno de ensueño dijera armonioso
Que "el arte es lo azul?..."

Por largas pestañas muy negras sombreados,
Yo he visto esos ojos por siempre cerrados
En ensueños de Edén;
Volvieron al cielo, desde cuya altura,
Mi alma tornaron más grande, más pura,
¡Más azul también!...

Margarita ABELLA CAPRILE

Una iglesia rascacielo

El gran problema.—Cómo va la religión a mantenerse firme entre las muchedumbres en las ciudades donde las torres de las iglesias no sobresalen ya de las azoteas de los demás edificios,—ha sido resuelto en Estados Unidos con el proyecto de la Quinta Iglesia Científica de Cristo, de erigir un rascacielo de valor de cuatro millones de dólares que ha de contener un templo y un edificio de oficinas bajo el mismo techo.

A la vez que se están arrasando rascacielos para erigir otros aún más altos, muchas iglesias han cambiado de localidad. En el centro del distrito de los hoteles de la metrópoli estadounidense y de todas las grandes municipalidades han ido desapareciendo las iglesias, y gran número de ellas distan ahora muchas millas de su ubicación primitiva.

En los últimos seis años, los arquitectos han estado estudiando planos de varias iglesias cuyos proyectos son semejantes al de la Quinta Iglesia Científica de Cristo. De no haber sido porque la guerra interrumpió los proyectos de construcción, tal vez habría ya un edificio de éstos en el corazón del distrito de los hoteles.

A. D. Pickering, arquitecto que tiene a su cargo los detalles de este proyecto, cree que es casi imposible que pueda mantenerse un edificio indefinidamente en la vorágine de la vida ciudadana donde la propiedad es tan valiosa, si el edificio se usa para objetos religiosos solamente. Esto significa que dos servicios los domingos y una asamblea nocturna dos veces por semana, no bastan para justificar el mantenimiento de un edificio que puede valer varios millones de dólares.

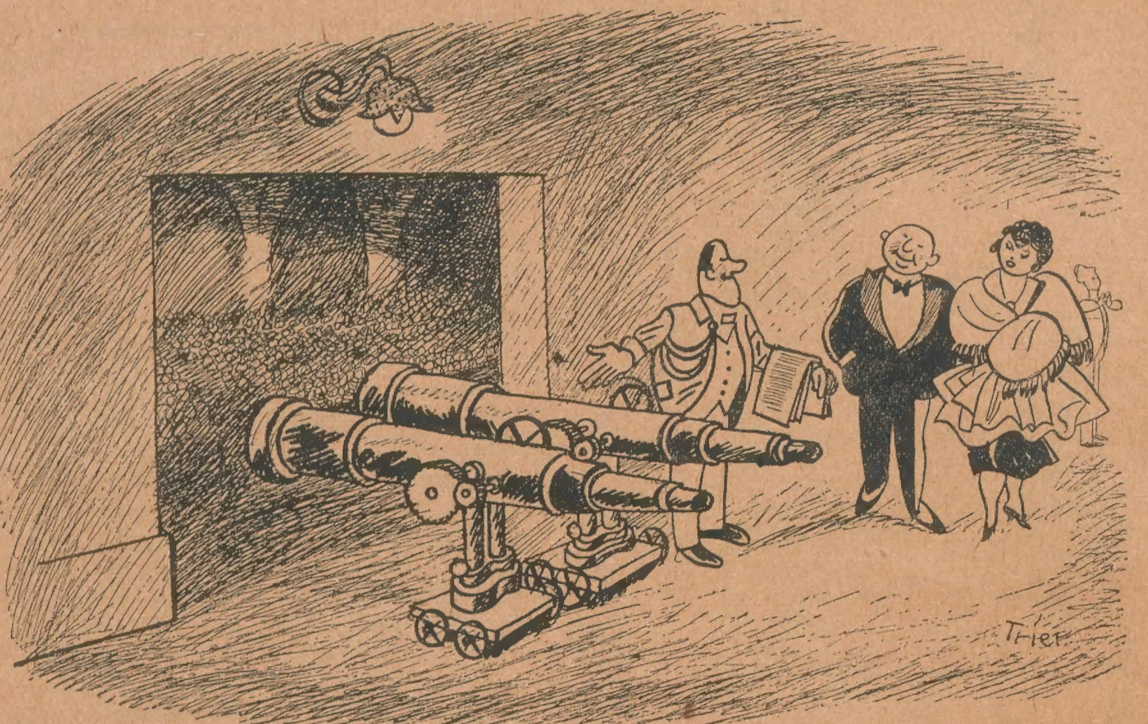
De "Nacha Regules", la última novela de Manuel Gálvez

Un atardecer de Junio en que a causa del tiempo, fastidiosamente húmedo y del calor sofocante que anunciaba tormenta, Monsalvat saliera al balcón de su cuarto, vió venir a Nacha. Instantáneamente presintió lo anormal. Nacha parecía dolorida, enferma.

Se encontraron en el patio. Monsalvat preguntó qué pasaba. Lo preguntó más que con palabras, con los ojos, con su actitud, con su corazón que gritaba dentro de él la pregunta, con su alma que ya adivinaba un gran dolor. Nacha le tendió una mano, llorosa, derrotada, acobardada por la vida. Fué su respuesta. Monsalvat comprendió que debía ser muy grande su sufrimiento para que, delante de gente, Nacha, reservada siempre, le tendiese así la mano. Las cabezas, asomadas a las puertas, sonrieron de la pareja sufriente. Las mujeres, y algunos hombres que trabajaban o hablaban en el patio, miraron y se echaron a reir. Alguno miró y se hizo el disimulado, como si aquello que veía fuese algo malo, algo que era indiscreto mirar. Pero Monsalvat y Nacha sufrían tanto, que no se separaron. Monsalvat condujo a Nacha hasta su cuarto, sosteniéndola de un brazo. Allí ella refirió su dolor.

Había sido en la tienda. Desde hacía días estaba fatigada, enferma. ¡Y ocho, nueve horas sin sentarse! A veces la mandaban a otros pisos, tres o cuatro pisos más arriba o más abajo, que debía subir cargada con mercaderías, por la escalera, pues no tenía derecho para utilizar el ascensor. Esa tarde, bajaba con un maniquí. Advirtió que no podría bajarlo, que no tenía fuerzas. La obligaron. Le cargaron encima el pesado armatoste de madera. Bajó un piso, desfalleciente, destrozada. Se sentía mal. Iba a dejarlo, ahí no más, en el rellano de la escalera, cuando le mandaron decir, con otra empleada, que si no seguía quedaba expulsada de la tienda. Y siguió. Bajó otro piso. Algunos empleados reían al verla pasar. Otros la compadecían en silencio. Pero no pudo más. Amontonó sus fuerzas que huían, que se dispersaban, y bajó unos escalones. Y entonces,—no supo cómo fué,—cayó en medio de la escalera, rodó hasta el rellano. Perdió el sentido. Cuando despertó estaba rodeada de empleados. El gerente, con el reloj en la mano, la miraba. El maniquí, en pedazos, era llevado por alguien. Preguntó si podía irse a su casa. Le contestaron que se le descontaría el tiempo que faltaba para concluir la jornada. Y que se le descontaría el tiempo que había durado el desmayo. ¡Por eso el gerente miraba el reloj y la observaba! No hubiera creído si no lo hubiese visto con sus ojos, si no se lo hubiesen dicho. Aquella maldad tan enorme le dió fuerzas. Comprendió su triste esclavitud, el egoísmo de esa gente. Y lo comprendió todo mejor, cuando al salir le dijeron que debía pagar el maniquí. ¿Pagar? No había entendido, asombrada, medio alelada, mirando con ojos enormes. ¿Cómo pagar? Pagar, sí. Pagar todo el maniquí. Pagarlo por mensualidades, que se le descontarían. Cada mes, cobraría diez pesos menos. ¡Diez pesos menos! No quería creer. ¿Y cómo iba a vivir con diez pesos menos? "Usted se arreglará", le dijeron. "Eso es cosa suya". Ella calló. Vió que era inútil. Ellos tenían la fuerza, el dinero, la tradición. Debían tener razón también, pues tenían tantas cosas, ¡todas las cosas que dan la razón a los ricos contra los pobres!

GRAN TEATRO MODERNO



—El teatro es tan colosal que hemos tenido que instalar telescopios en los palcos.

Cuando Monsalvat salió del cuarto vió en frente a Mauli y otros vecinos. Le miraron risueñamente. El encargado, que acababa de dejar el grupo y se alejaba hacia la puerta, trató de que Monsalvat no le viese. Se detuvo en una puerta, disimuladamente, dando la espalda. Monsalvat pasó de largo, sin fijarse en él.

Y entonces el hombre volvió. Fué a golpear en el cuarto de Nacha. Todavía lloraba la pobre Nacha. Le hizo entrar. Era un hombre de aspecto desagradable, a fuerza de parecer manso y dulzón. Miraba siempre al suelo y de reojo, jamás de frente. No reía nunca. Tenía modales de sacristán. Solía meter una mano en la manga del otro brazo, y caminaba con los pies hacia adentro y sin hacerse sentir. Para con la gente del conventillo no tenía entrañas. La familia que llegara a deber quince días, quedaba expulsada, así tuviese enfermos graves. Era cobarde, pero contaba para todo con la protección de la policía.

—Pues... he venido... señorita... o señora... tal vez sea más propio... a decirle que mi conciencia me obliga... a advertirle que... Espero que comprenderá. Su conducta en esta casa no debe permitirla una persona... honorable como creo ser, una persona en quien ha depositado su confianza la respetable propietaria, la augusta dama que...

Nacha no comprendía. Miraba a aquel sujeto odioso, hipócrita y perverso, tratando de adivinar sus propósitos. No imaginaba qué pudiera querer con ella aquel hombre.

—¡Vamos! Hágase usted ahora la inocente... Yo lamentaría tener que explicarle. Quisiera que usted, por sí misma, advirtiese que esta es... una casa decente... ¡claro!... y no una casa de esas donde viven mujeres... Sí, eso es. Mujeres como tantas... ¡jé, jé! que usted conocerá... ¡jé, jé! En fin... señorita... o señora... no quisiera más visitas de hombres. Para eso... ¡jé, jé!... para eso están... naturalmente... las posadas.

—Usted se equivoca—gritó Nacha, poniéndose de pie bruscamente.

El hombre bajó los ojos al suelo con exagerada humildad, se hizo más pequeño y dijo:

—Todos somos humanos y podemos equivocarnos... ¡jé, jé! Pero... conocemos su vida. Yo no digo nada. No es por nada. Pero... no negará usted haber visitado cierta casa de la calle... en fin, adonde no iba a rezar el rosario... precisamente. ¡Jé, jé!

Nacha, rabiosa, se acercó al sujeto. Le hubiera escupido en la cara, le hubiera arrojado de allí. Pero una mano invisible la detuvo. Pensó en el escándalo, en Monsalvat. Pensó en que aquel miserable individuo tenía también la fuerza, como representante de la dueña. Aquel monstruo era el testaferro de una dama multimillonaria. El administraba para ella, cobraba para ella. Con el fin de que ella no perdiese treinta o cuarenta pesos, el hombre expulsaba a gentes hambrientas que debían alquileres, las arrojaba a la calle. Arrojaba a infelices viudas, abarrotadas de hijos. Arrojaba a enfermos, a moribundos. La cuestión era que la gran señora cobrase sus rentas íntegras, para repartir luego sumas enormes, cientos de miles, entre conventos y cofradías, voluntaria y criminalmente ignorante de los trágicos dolores humanos de donde provenía su dinero.

—Yo... por mí, podría usted quedarse. No me meto en vidas ajenas. Pero la señora, ¡jé, jé! no quiere mujeres de... de su clase...

Nacha no pudo más y en su exaltación, en su sufrimiento, le gritó al hombre, como si le escupiese:

—¡Cállese, monstruo infame! ¿De qué clase? ¡Fuera de aquí! ¡Ahora mismo! ¡Canalla, cobarde, víbora!

El hombre abrió la puerta. Y desde el umbral, casi a gritos, para que le oyeran del patio, pero en actitud humildísima, sonriendo dulcemente, gruñó como una bestia herida:

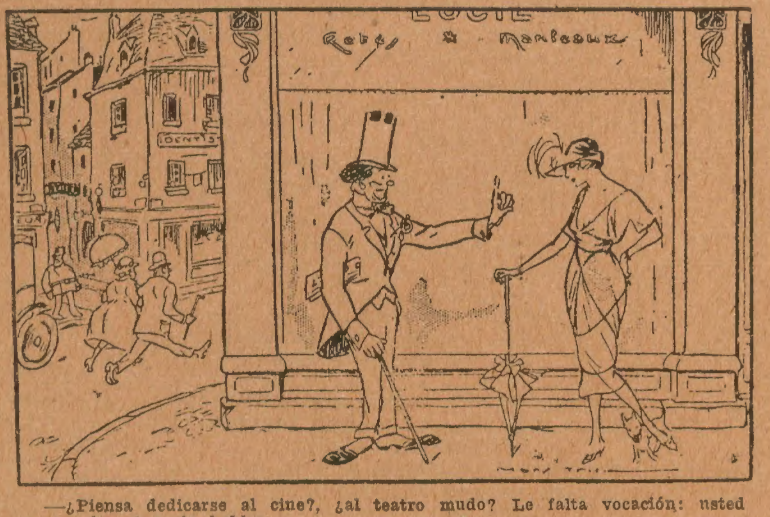
—¿De qué clase? De la suya... ¡Jé, jé! De la clase de... ¡jé, jé!...

Nacha cayó al suelo, aplastada, temblante. Y al mismo tiempo, una risa horrible, satánica, espantosa, que venía del patio, penetró como dos puñales en sus oídos. Su ser entero se irguió. Quiso gritar su protesta. Pero cayó, vencida, inutilizada. Y en seguida, un enorme, infinito frío envolvió su cuerpo, su corazón, su alma. Tembló con frenesí. Temblaron sus manos, sus piernas, sus dientes, su ser entero.

Monsalvat no supo nada. Aquella noche tenía lecciones, y apenas fué por un minuto a la pieza de Nacha, cuando volvió de comer. Nacha disimuló cuanto pudo. Monsalvat habló de aquel asunto de la tienda, rogando a Nacha que no se afligiese. Pronto vendería aquel conventillo suyo, y todo ese dinero sería para ella.

Tres días a la semana Monsalvat daba clase a algunos obreros del barrio. Al principio sus alumnos fueron

CONSEJO



—¿Piensa dedicarse al cine?, ¿al teatro mudo? Le falta vocación: usted no puede estar sin hablar.

tres o cuatro. Pero ahora solían ir hasta veinte. Todos leían. El les enseñó a dos o tres. Ahora les hablaba de diferentes cosas, de historia, de viajes, de moral. Su elocuencia sencilla atraía a aquellos hombres sencillos. Algunas veces, comentando un suceso del día o una página de un libro, les evocaba una sociedad nueva, una era de amor entre los hombres, donde hubiese justicia. Entonces la voz se tornaba suave, casi mística, plena de simpatía humana y de fervor.

Pero aquella noche, Monsalvat no podía hablar a sus discípulos con palabras como las de siempre. Aquella noche odiaba. La injusticia para con Nacha, en la tienda, había removido hasta lo más hondo del pozo de su alma. Una multitud de detalles dispersos y olvidados habían vuelto a vivir en su interior, agrandado todos allá en una existencia subconsciente, unidos todos, viviendo juntos, en aquellos momentos, con una tremenda intensidad.

Los obreros iban entrando en su cuarto. Daban la mano a Monsalvat y hablaban con él unas palabras. Monsalvat les preguntaba por los hijos, por la mujer, por la madre. Luego sentábanse. Algunos permanecían de pie. Cuando fueron las nueve en punto, Monsalvat comenzó:

—Hoy—dijo—he comprendido una cosa fundamental. Y es que yo, al hablarles a ustedes de que el amor transformaría al mundo, me equivocaba. Me equivocaba funestamente. Porque el amor jamás llegará a ser. El amor no puede transformar el mundo. El amor no puede crear. Hace mil novecientos años oyó el mundo la más sublime palabra de amor. La elocuencia de esa voz es tal, que ninguna la ha superado ni ha de superarla nunca. Y si esa voz nada logró, ¿qué hemos de lograr nosotros? Si esa voz no ha sido comprendida por los hombres, no obstante su prestigio, quiere decir que los hombres no comprenderán nunca ninguna voz que hable de amor. Es preciso entonces predicar el odio. Sí, el odio. Predicar el amor es ser cómplice de la iniquidad. Predicar el amor es trabajar para que todo siga como ahora, esperando el advenimiento de lo que jamás vendrá. El amor es una cosa casi siempre pasiva, inerte. El odio es acción. El odio nos dará la fuerza y por la fuerza llegaremos a implantar el amor. Esto hay que hacer. Por el odio alcanzar el amor. Por la violencia, que es el instrumento del odio, imponer la paz, la fraternidad, la justicia. Por otra parte, al usar el odio y la violencia, nosotros, los de abajo y los que como yo estamos con ustedes, no haríamos sino emplear los procedimientos que ellos emplean. Ellos, los de arriba, nos desprecian, nos odian. Ellos emplean la violencia en todos los momentos de su vida. Ellos han organizado el odio y la violencia. Ejercen la fuerza no sólo ocultamente, sino visiblemente. Yo he visto cómo ejercen violencia sobre las vidas y la salud, imponiendo a otros hombres trabajos monstruosos e infamantes. Yo sé cómo ejercen violencia sobre los espíritus, condenándolos a una eterna ignorancia. Yo sé cómo ejercen violencia sobre las mujeres, sobre las almas y los cuerpos femeninos. Aun los que vienen con palabras buenas nos odian y sólo quieren que continúe nuestra esclavitud. No, mis amigos: el amor nunca vendría a libertarnos. ¿Oiría la voz del amor el accionista inglés que cobra enormes dividendos por su parte en los ferrocarriles, en las grandes tiendas, en los frigoríficos argentinos? ¿Oirían la voz del amor, la verdadera voz del amor, esos propietarios de conventillos, que arrojan a la calle a mujeres y niños enfermos? No, nunca. Toda esa gente no quiere entender más lenguaje que el de los cheques y los billetes de Banco. Pero hay otro lenguaje que pueden comprender, aunque no quieran comprenderlo: el lenguaje de nuestra violencia.

Los discípulos escuchaban inmóviles, bajo una intensa emoción. Algunos parecían sufrir. Otros miraban a su maestro con piedad dolorosa. Otros, sin duda, recordaban. Era evidente que más de uno apenas comprendía, que la inteligencia de casi todos ellos buscaba una relación entre el pasado y aquellas palabras. Habían sufrido la vida entera, habían vivido siempre miserablemente, habían conocido ayer no más el hambre; pero los años les habituaron a su existencia triste.

Hubo un instante de silencio. Nadie se movía. Nadie, ni Monsalvat, se hubiera atrevido a hablar. Algo de grande, de augusto, estaba allí, entre aquellos hombres, como una cosa visible. Y todos miraban eso que allí estaba. Y eso estaba en todas partes. Estaba adentro de cada uno, en los ojos del compañero, en el eco de campana remota y misteriosa con que seguían sonando las palabras del maestro, en el rostro doloroso de Monsalvat, en la quietud profunda, en el latir recio de los corazones.

El silencio continuó aún. Uno quiso hablar, pero miró a los otros y calló. Monsalvat también quiso hablar, pero miró a sus discípulos y nada dijo. Continuó todavía el silencio... Al fin, comprendieron todos que estaban de más las palabras y se levantaron al mismo tiempo. Uno por uno dieron la mano a Monsalvat. Nunca el maestro sintió las manos más cálidas, más vibrantes, más vigorosas. Algunos tenían lágrimas en los ojos. No se sabía si estaban contentos o si estaban tristes.

Cuando se retiraron sus discípulos, Monsalvat tuvo la sensación de haber realizado una obra de justicia y de haber dado un paso hacia la transformación del mundo. Sentimental e imaginativo, sin el sentido de la realidad, creía en la eficacia de las fórmulas abstractas y de las vaguedades que predicaba. En su ardoroso anhelo de reformar el mundo había algo de misticismo, y faltaban las fórmulas concretas, los métodos de acción, la creencia de que era necesaria una disciplina. En su exaltación un tanto individualista y lírica, imaginaba que mediante los justos y lógicos sentimientos de rebeldía como los que predicara aquella noche, y sólo mediante ellos, pudiera llegar a organizarse una sociedad mejor.

Al día siguiente, Monsalvat fué llamado por la policía. No se inquietó, pero supuso que le hubiera denunciado el espía. Le condujeron a la oficina del jefe, un militarote despótico y "poseur", que adoptaba aires de Bonaparte y tenía el rostro afilado y seco. Monsalvat le conocía. El jefe le trató con superioridad.

—Malos consejos, amigo—decía el militar, paseándose lentamente, con la mano a la espalda y aumentando la natural rigidez de su esquelética figura. — Ideas disolventes... Incomprensible que un hombre de su situación conspire contra las instituciones, contra la patria. Como si todo no estuviese perfectamente organizado. Como si cualquiera no pudiese hacerse rico en este país. Ideas sacadas de cuatro libros infames, perniciosos. Cosas de esa Europa vieja y podrida, principios sin aplicación en esta tierra generosa, donde nadie tiene hambre, donde nadie podrá quejarse de injusticias...

Monsalvat, que observaba tercamente el artesonado, se estremeció. Miró al jefe con azoramiento. Imaginó que se burlaba. Pero advirtió su seriedad, su convicción. Monsalvat, entonces, recordó haber oído eso mismo mil veces, diez mil veces, un millón de veces. Y lo que era peor, recordó haber escrito él mismo esas palabras, exactamente esas palabras, esas mentirosas y cobardes palabras que sólo parecían un pretexto para seguir engañando, explotando, robando y asesinando, para justificar todas las ignominias que ejecutaban en este país los hombres de presa, el infinito y poderoso mundo de los hombres de presa.

No era probable que Monsalvat escuchase ni contestase a aquel hombre. El mismo jefe lo comprendió así, y terminó la entrevista. Antes de despedir a Monsalvat le hizo leer una ley social que aún regía. Monsalvat la repasó en una ojeada y se fué, saludando al jefe con una simple inclinación de cabeza.

Este incidente, en apariencia fútil, entristeció a Monsalvat. Quedóse pensando en lo que había llegado a ser, recordando todo el último año de su vida.

En aquel cuarto de la policía, en la actitud del jefe para con él, en el mero hecho de ser llamado, había comprendido todo lo que perdió, había visto todo lo que fué y todo lo que había dejado de ser. Antes, tuvo posición, dinero, prestigio, amigos. Ahora nada tenía. Ahora era un pobre diablo a quien la policía lo llamaba y lo amenazaba. Y todo, ¿para qué? En un año, ¿qué había remediado? Sacó del fango a tres o cuatro mujeres, enseñó a leer a varios hombres, pero todo esto, ¿qué representaba dentro del océano infinito del sufrimiento y de la ignorancia de los hombres? Monsalvat era fuerte, fuerte en su convicción y en su fuerza moral, fuerte en su amor del Bien y en su ternura y en su piedad: pero ahora dudaba. Conocía ya la infinita amargura de la tentación. En un instante de debilidad moral hasta pensó en abandonarlo todo y volver a su mundo, a su posición de otro tiempo. Una tristeza, vasta como el universo, le enfriaba el corazón, el alma, la cabeza. Sentíase en medio de un páramo horrible, lejos de todos, olvidado de todos. Sentíase espantosamente solo, en medio de la lúgubre y helada soledad del mundo. Y este hombre bueno, que había buscado aquella vida por el bien de los demás, que todo lo había dado por los otros, que se había entregado a su obra con alegría, con fe, con inaudito valor físico y moral, acabó por llorar... Lloró por él mismo, por su propia vida, por el fracaso de su existencia entera, ahora y para siempre. Lloró Monsalvat... Pero él aún no sabía que los hombres más fuertes desfallecen y que esas tristezas y esas breves lágrimas no son sino un descanso, un alto que hace crecer las fuerzas para seguir la jornada.

CHARLA FEMENINA



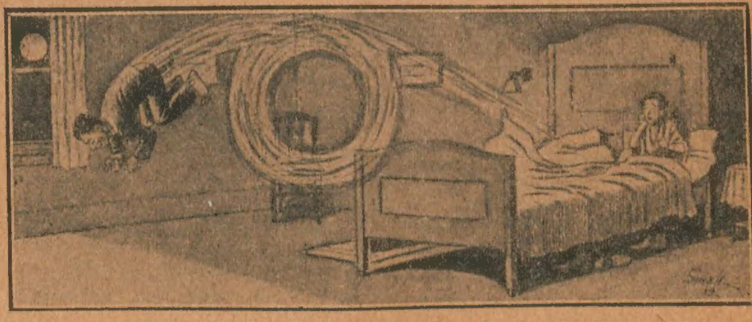
—Dicen que es un mozo muy inteligente...
—¡No me parece!: hace cinco días que se lo presentaron a Lolita, y Lolita ya lo ha hecho caer en la declaración.

Los caprichos del sol

El prodigio siempre renovado es el de las arquitecturas de oro, de las ciudades fabulosas, de las visiones de encantamiento que forma el capricho de los ponientes sobre el horizonte oceánico. Tiros, Heliópolis de fuego, Ecbatanas de maravilla, surgen en el decorado de mil tintas y matices que el sol extiende sobre el cielo vespertino. No es el diálogo entre Hamlet y Polonio; en realidad vemos aparecer fantásticas figuras, monstruos, aves colosales, palacios anaranjados, escalas firmamentales, como de plata viva, creaciones de un Piranesio en delirio, de un Turner exacerbado; ríos de topacio entre rocas de carmín y arboledas brumosas y azuladas. Y cien triunfos de color y cien rompimientos, y cien aguas de perla, de metal, de pedrería, se presentan a nuestra vista, para cambiar en seguida, para transformarse, como bajo el capricho de una luminosa fantasía. El espectáculo está en nosotros, desde luego; pero también fuera de nosotros, y sí cada cual lo mira conforme con su poder ideal y su mayor o menor frecuencia del ensueño, la voluntad inmensa que domina el acaso y que no cuenta con nosotros, crea, combina para el instante en lo infinito.

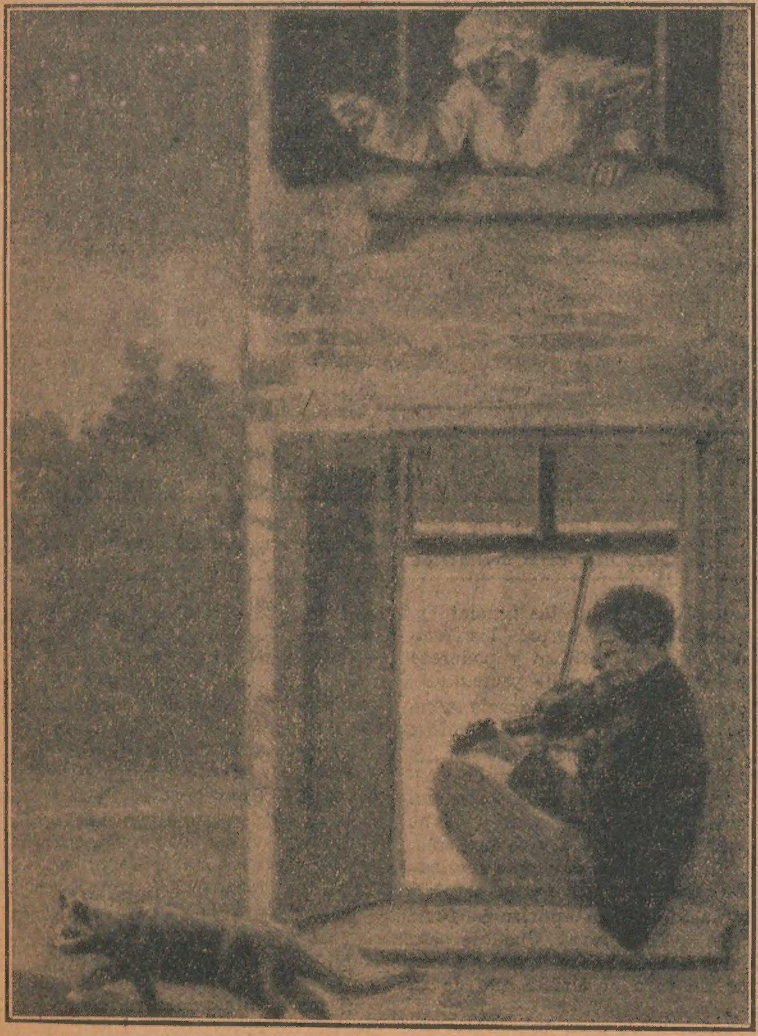
Rubén DARÍO.

EL AVIADOR SONAMBULO



—¡Esto es lo que una tiene que ver por casarse con un aviador!: en vez de caminar dormido, se pone a dar "looping-the-loops".

CONFUSIÓN



El arte confundido desde el piso de arriba.

SI

Si puedes estar firme cuando en tu derredor
todo el mundo se ofusca y tacha tu entereza;
si cuando dudan todos fías en su valor
y al mismo tiempo sabes excusar tu flaqueza;
si puedes esperar y a tu afán poner brida,
o blanco de mentiras esgrimir la verdad,
o siendo odiado al odio no dejarle cabida
y ni ensalzas tu juicio ni ostentas tu bondad.

Si sueñas pero el sueño no se vuelve tu rey;
si piensas y el pensar no mengua tus ardores;
si el Triunfo y el Desastre no te imponen su ley
y los tratas lo mismo, como a dos impostores;
si puedes soportar que tu frase sincera
sea trampa de necios en boca de malvados,
o mirar hecha trizas tu adorada quimera
y tornar a forjarla con útiles mellados;

Si todas tus ganancias poniendo en un montón
las arriesgas osado en un golpe de azar,
y las pierdes, y luego con bravo corazón
sin hablar de tus pérdidas vuelves a comenzar;
si puedes mantener en la ruda pelea
alerta el pensamiento y el músculo tirante
para emplearlos cuando en ti todo flaquea
menos la Voluntad que te dice "Adelante";

Si entre la turba das a la virtud abrigo;
si marchando con Reyes del orgullo has triunfado;
si no pueden herirte ni amigo ni enemigo;
si eres bueno con todos, pero no demasiado,
y si puedes llenar los preciosos minutos
con sesenta segundos de combate bravío,
tuya es la Tierra y todos sus codiciados frutos,
y lo que más importa, serás Hombre, hijo mío.

Rudyard KIPLING.

Trad. de Efrén Rebolledo.

LOS TAPICES TUNECINOS

La industria de los tapices y de las telas, que tanta importancia alcanzó durante largos años en Túnez, decayó mucho durante los primeros años de la ocupación francesa, por efecto de la competencia que la hacían las fábricas del continente, pero los industriales tunecinos se han rehecho y comienzan a luchar con ventaja, sobre todo en materia de tapices.

El tapiz desempeña un gran papel en la vida del indígena tunecino, nómada o sedentario; es, no solamente el ornato de su tienda y el adorno de su choza, sino también el lecho donde descansa él y toda la familia; es el regalo que se ofrece al extranjero, al amigo y al huésped, y es, sobre todo, el presente que los fieles observadores del Corán hacen a las mezquitas y a las tumbas de los morabitos venerados.

El tapiz tunecino fué muy popular en los siglos XIII al XV, y era tan apreciado que lo imitaban los tapiceros europeos, pero poco a poco, por las razones que hicieron venir a menos otras industrias artísticas, perdió su valor y su originalidad, y llegó a no exportarse apenas.

Sin embargo, todavía existe en Túnez un producto susceptible de perfeccionamiento que, por su trabajo, por la calidad de la primera materia y por su carácter decorativo puede luchar con los tapices orientales que se venden hoy en Europa, y que son objeto de un comercio considerable.

La fabricación de los tapices tunecinos está centralizada principalmente en Kairuan, donde hay cerca de 1.500 telares. Las mujeres son las encargadas de lavar e hilar la excelente lana procedente de la región de los Hammama y de los Fraichiche. Cada familia posee un dibujo propio que sólo ella puede reproducir. El telar vertical de Kairuan se parece a los que todavía usan los Gobelinos, pero la obrera que trabaja detrás de la cadena, sin ver su obra, ni siquiera puede consultar su modelo; teje de memoria.

Entre los tapices de Kairuan se distingue la "Zerbia", tapiz de lana, muy corta; el "Mergun", o tapiz bordado; y el "Klim", gran tapiz para cubrir las paredes de la tienda.

Las dimensiones de los tapices son variables según el uso especial a que se destinan, los hay de oración, de silla, etc.

El valor medio del metro cuadrado es de 13 francos el "Zerbia", 15 el "Mergun" y 6 u 8 el "Klim".

El gobierno tunecino se preocupa oficialmente de la reconstitución de la industria de los tapices de Kairuan que perdió poco a poco su reputación cuando los fabricantes adoptaron las substancias minerales a base de anilina para la coloración de las lanas. Bajo el impulso del gobierno los fabricantes de tapices y gran número de comerciantes de Kairuan fundaron una asociación que se ocupa con mucha actividad del renacimiento de la industria del tapiz, sobre las bases a que debía en otros tiempos su celebridad.

Fuera de Kairuan, los tapices aterciopelados de alto lizo "(Ktifa)" se fabrican en Susa, en Gafsa, en Gabes y sobre todo entre los nómadas. Un buen tapiz de Susa vale unos 175 francos. El-Hamma, Djarra y Menzel fabrican tapices que valen de 15 a 200 francos. Los tapices de alto lizo de los nómadas valen a veces 500 francos, 800 y aun más. Los hay que pesan hasta 100 kilos.

En la región de Gabes se fabrican también tapices de lana rasa, muy buscados por su relativa baratura. Tienen el fondo rojo con bandas multicolores y dibujos diversos, de tonos un poco obscuros. En Udref uno de estos tapices vale de 15 a 30 francos, y los de Bun-Zid de 30 a 50. Estos últimos se denominan "hamel", y en ellos se mezcla muchas veces la lana con pelo de cabra o de camello.

Con los tapices, los cobertores de lana constituyen una de las riquezas industriales de Túnez. Se fabrican en Gafsa, en el Djerid, en Gabes y en Djerba. En estos centros la fabricación de cobertores marcha al lado de la confección de otros tejidos diversos de lana, de seda y de ambas materias mezcladas, cuya producción es muy importante. En los oasis del Djerid hay 2.600 talleres familiares, y en Gafsa 750. En Djerba, por el contrario, los telares están reunidos en número de 4 o 6 en cada taller, y la isla cuenta con unos 250 talleres de esta clase.

Los cobertores de Gafsa y de Tozeur son de dos clases: el "frach" o gran cobertor que puede envolver completamente un lecho, y que se vende por un precio que oscila entre 60 y 100 francos, y la "ferrachia" o cobertor pequeño, cuyo precio varía entre 30 y 60 francos. Gafsa hace los cobertores de lana exclusivamente, con rayas multicolores y dibujos variados, mientras que Tozeur los fabrica especialmente de lana blanca rayada con franjas horizontales de seda azul o roja.

En Djerba se hacen tres clases de cobertores: la "botania" con fondo de color y bandas multicolores, que pesa cinco kilos y medio, y se vende de 25 a 60 francos, la "ferrachia", todo lana, con rayas multicolores, que vale de 10 a 18 francos y la ferrachia lana y seda, cuyo precio varía de 25 a 40 francos.

Por último, en el Sahel se tejen numerosos cobertores de lana blanca llamados "habanas", cuyo valor es de 24 a 30 francos, y cobertores ordinarios, llamados ferrachia que cuestan de 15 a 18 francos.

Los albornoces y los jaiques, vestidos de primera necesidad para el indígena, se fabrican en todo Túnez, pero más especialmente en Tozeur y Nefta. Los nómadas los tejen en sus tiendas cuando los necesitan. Los albornoces son generalmente de lana sola para la gente del campo, y de lana y seda para los que viven en las ciudades.

En el Sur se fabrican todavía tejidos muy resistentes de lana mezclados con pelo de camello o de cabra. Estos tejidos se emplean con el nombre de "felijs" en largas bandas obscuras o negras para las tiendas de los nómadas, y también se hacen con ellos cojines, etc.

Los "haulis" y "harams", trozos de tela que se enrollan al cuerpo se fabrican especialmente en el Djerid. Como se ve, hay en esta industria una fuente de beneficios para Túnez que no debe descuidar, sino al contrario procurar su renovación.

Muy buena, por lo visto

—¿Dice usted que trae buenas recomendaciones?

—Sí, señora, tengo más de cien recomendaciones.

—¡Cien!, ¿pero cuánto tiempo ha trabajado usted de cocinera?

—"Dos años, señora".

Señora, usted empieza a engordar...

por el doctor COLAPINTO

Y engordar es envejecer. No se trata de un solemne apóstrofe a determinada señora de 80 kilos arriba; es simplemente un aviso de réclame a cierto específico, cuyo inventor debe ser un profundo conocedor de la psicología femenina.

Puede afirmarse que sólo una pequeña parte del sexo femenino tiene la dicha de poseer un cuerpo cuyo peso responda a la altura y a la edad, según las leyes de la fisiología y estética; así que, la mayor parte lucha para adelgazar o engordar, según la categoría en que se encuentra colocada, no por la naturaleza, sino, la mayor parte de las veces, por la manera de vivir. Se ha hecho el elogio, sin embargo, de las personas gordas. Tienen por lo pronto un carácter amable, tolerante, bondadoso y su físico inspira confianza.

Con seguridad, un gerente de banco, entre dos candidatos a cajero, con iguales títulos, preferirá entregar los caudales del banco al gordo. Las personas delgadas, hombres o mujeres, son irascibles, nerviosas, de mal genio, o tan sentimentales y románticas que resultan fastidiosas. Esto, hablando en líneas generales, porque claro está que hay muchísimas de talle flexible y elegante que enloquecerían a un santo.

Pero lo que me mueve a escribir es un fin práctico. Infinidad de veces solicitan mis consejos señoras o señoritas que yo noto molestas por un aumento excesivo de peso, y les digo: hagan ejercicio, salgan, muévanse; un razonable aumento de grasa en el organismo es como un depósito en caja de ahorro, es decir, útil para un caso de enfermedad cuando la fiebre y la dieta destruyen tejidos nobles, si no hay grasa disponible para ser utilizada; pero si ésta es demasiada, el corazón trabaja doble, se cansa, se fatigará a las primeras diez cuadras de paseo.

Bueno, todas contestan: pero, doctor, si todo el día me muevo de un lado a otro; nunca estoy sentada. Nada vale este movimiento casero. Moverse, para destruir la grasa sobrante, es salir afuera, caminar con el objeto de caminar, y no para mirar los escaparates de las tiendas; hacer trabajar los músculos.

...Y ¿dónde se puede hacer esto, si no hay posibilidad de dar cuatro pasos sin enlodarse? ¿si la plaza de dos cuadras de dimensión no tiene nada para favorecer los ejercicios físicos? ¿a dónde va ir la pobre señora a quien se le aconseja aire, movimiento, gimnasia, etc.? Así que nunca ponderaré bastante las hermosas playas de Montevideo, y aconsejo a nuestros ediles que hagan en las plazas lo que se precisa para su verdadero fin. En las grandes capitales sirven como pulmones para neutralizar el inevitable defecto de las grandes aglomeraciones de altos palacios, que roban luz y aire a las calles angostas, pero en las pequeñas ciudades del interior, adonde son excesivos los vientos, y sobra luz y aire, las plazas deben ser bosques, con espacios suficientes para que jueguen y salten las criaturas y los otros u otras puedan tener un rato de saludable distracción. Inútil decir que no es sólo en homenaje a las personas gordas que propongo esto, sino también de tantas muchachas débiles, anémicas, histéricas, candidatas a la tuberculosis.

Siempre que hablo de gordos y flacos se me presenta a la memoria una escena de mis primeros meses de América, cuando apenas sabía cincuenta palabras castellanas.

En una conversación con una fondera, romántica, de 100 kilos, le dije, no me acuerdo por qué, que era gorda: noté un profundo desagrado en su cara, y al salir, me dijo mi acompañante, un bolichero, que era grosería decir gordo a una persona; gordos, sentenció, se dice, al referirse a los chanchos. Me quedé frío, por la plancha; ni pregunté cómo debía haber dicho. A los pocos días, en una tertulia me presentaron una muchacha que venía a pasar unos días con unos parientes; "Dio degli dei" ¡qué pedazo de muchacha! Así que para dirigirle una frase amable, y expresarle que con la salud que manifestaba tener no necesitaba aire de campo, le empecé a decir: usted está gruesa, "non mi obaglio"...

Hubo desmayos, gritos, y no lo cuento todo...



Volcanes de agua hirviendo

Islandia es uno de los países más raros de Europa, y entre sus muchas rarezas, acaso es la más notable, el célebre volcán llamado Geysir por los habitantes de la isla, que en vez de fuego y humo lanza tremendos chorros de agua hirviendo, la cual, después de levantarse entre nubes de vapor hasta treinta o cuarenta metros de altura, cae en una suerte de estanque o caldera, de cerca de veinte metros de diámetro.

Se ha calculado que este surtidor natural arroja en cada erupción ciento sesenta metros cúbicos de agua; la salida del chorro dura unos diez minutos, verificándose, por término medio, cada veinticuatro horas.

En la misma Islandia hay otros surtidores termales semejantes a éste, aunque más pequeños.

Los hombres de ciencia, necesitando un nombre para estos volcanes de agua hirviendo, han elegido el que los islandeses dan al primeramente citado, y hoy se llama géiseres a todos los surtidores de la misma clase, tanto a los de Islandia como a los de Nueva Zelanda, los Azores y los Estados Unidos, en cuyos países se da también con frecuencia el mismo curioso fenómeno.

El geiser más grande del mundo, es el Waimangu, aparecido hace diez y nueve años en Nueva Zelanda, en el distrito de Rotorna. Su cráter tiene más de cuatro mil metros de extensión, y en las erupciones, el agua hirviendo sale mezclada con lodo candente, alcanzando una altura de más de trescientos metros. Las emanaciones sulfurosas que de este surtidor se escapan, son tan intensas, que mucho antes de llegar a él, todos los metales, incluso las monedas que se llevan en el bolsillo, siempre que no sean de oro, se ponen negros.

Antes de conocerse el Waimangu, los géiseres más notables eran los del parque de Yellowstone, en las montañas Pedregosas. Uno de ellos (hay más de setenta en el citado parque) es el Gigante, que cada veinticuatro horas lanza un chorro de sesenta metros, que continúa brotando durante uno o dos cuartos de hora.

Se ha dado por compañera a este surtidor, otra fuente termal algo más pequeña, bautizada con el nombre de Giganta. El Arquitectónico, es otro geiser interesante, si no por su tamaño ni por su energía, al menos por la belleza de su surtidor, que se levanta en forma de canastillo compuesto de varios chorros, en los que se quiebra la luz, tiñéndolos con todos los colores del arco iris. Pero el más famoso de los géiseres americanos es el Viejo Fiel, que se distingue por la regularidad de sus emisiones, repetidas precisamente cada sesenta y cinco minutos, y por la limpidez y transparencia de su chorro, de cincuenta metros de elevación.

GENTE CHIC



—¿No piensa tener hijos, señora?
—No, señora; todo nuestro moblaje es de estilo Luis XV y, como usted sabe, los niños no hacen juego con ese estilo.

El melón selecto y fulgurante, por Rojas



—¿No lo cala?
—No, porque seguramente va a salir muy bueno.

LA AVENTURA DEL CONTRABAJO

por Anton CECOW

El músico Smitshkow iba por el camino que conduce de la ciudad a la residencia del príncipe Bibulow, donde debía tener lugar una velada musical y un gran baile, con motivo de una fiesta de familia. Llevaba a espaldas un enorme contrabajo, en un estuche recubierto de cuero. Smitshkow caminaba a orillas del río, cuyas frescas aguas formaban una corriente que, sin ser majestuosa, producía, sin embargo, un efecto bastante poético.

—¿Si tomara un baño?...—pensó.

Reflexionó muy poco. Se desvistió y se sumergió en las frescas ondas. La tarde era magnífica. El espíritu poético de Smitshkow comenzó a conmoverse, circundado por la dulce armonía de la naturaleza. Pero mucho más profundo fué el sentimiento de profunda dulzura que se posesionó de él cuando, después de haber nadado un centenar de metros en cierta dirección, vió una hermosa jovencita sentada en la orilla abrupta, dedicada a pescar con caña. Contuvo la respiración y permaneció como fascinado, presa de los más diversos sentimientos: los recuerdos de la infancia, la triste nostalgia del pasado, el amor que parecía volver a despertar... ¡Y él había llegado a creer que no era capaz de amar! Después de haber perdido la fe en la humanidad, (su adorada mujer se había escapado con un amigo, el flautista Sobakin), se había producido un gran vacío en su corazón, y desde entonces era misántropo.

—¿Qué es la vida?—preguntábase con frecuencia.—¿Para qué vivimos? La vida es un mito, un fantasma...

Pero ahora, en presencia de esa belleza dormida (era fácil ver que la joven dormía), sintió de pronto, sin quererlo, que en su pecho había algo que recordaba al amor. Permaneció inmóvil largo rato, abrazándola ávidamente con las miradas...

—Pero ¡basta!—pensó, lanzando un profundo suspiro.—¡Adiós, hermosa visión! Debo irme para llegar a tiempo al baile de Su Excelencia.

Y, mirando por última vez a la joven, quiso volverse nadando, cuando le cruzó la mente una idea amable.

—Es preciso dejarle un recuerdo mío. Le pondré algo en el anzuelo. Será una sorpresa "de lo desconocido".

Muy quedo, Smitshkow nadó hasta la orilla, juntó un gran ramo de flores campestres y acuáticas y, después de atarlo con una brizna, lo prendió en el anzuelo. El ramo bajó inmediatamente al fondo, arrastrando consigo al corcho.

El buen sentido, las leyes de la naturaleza y la posición social de mi héroe exigen que la aventura termine en este punto, pero, ¡ay!, el destino del autor es implacable: por razones que no dependen de él, la aventura no termina con el ramo. Contrariamente al buen sentido y a la naturaleza de las cosas, el pobre y desconocido contrabajo debía representar una parte importante en la vida de aquella belleza rica y conocida.

Una vez en la orilla, Smitshkow se quedó estupefacto: no veía sus ropas. Se las habían robado... Sin duda, algunos vagabundos desconocidos, mientras él admiraba a la belleza dormida, se habían llevado todo lo suyo, excepto el contrabajo y el sombrero de copa.

—¡Maldición!—exclamó Smitshkow. —¡Oh, los hombres son una raza vil! Lo que me irrita no es tanto la idea de haber perdido la ropa, pues la vestimenta es cosa vana, sino la de que tendré que ir desnudo y, por consiguiente, en contravención a la moral y la decencia pública.

Se sentó sobre el estuche del contrabajo y comenzó a reflexionar buscando una salida a su terrible situación.

—Evidentemente, no puedo presentarme desnudo en lo del príncipe Bibulow. Habrá señoras.

Y pensó largo rato, penosamente, hasta sentir un agudo dolor en las sienes.

—¡Bah!—recordó por fin—no lejos de la orilla, junto al puente, hay césped alto... Podré quedarme allí, debajo del puente, hasta que llegue la noche, y una vez en la obscuridad saldré y me llegaré hasta la primera choza...

Adoptando esta resolución, Smitshkow se puso el sombrero, cargó el contrabajo en las espaldas y se dirigió cautelosamente hacia el puente. Desnudo, con el instrumento musical a la espalda, parecía algún antiguo semidiós mitológico.

Ahora, estimado lector, mientras mi héroe se queda sentado debajo del puente, ensimismado en profundas meditaciones, dejémosle a solas un rato y volvamos a la joven de la ribera. ¿Qué le había ocurrido? Al despertarse y no ver el corcho en la superficie del agua, alzó vivamente la caña; mas la línea resistió y ni el corcho ni el anzuelo volvieron a la superficie. Probablemente el ramillete de Smitshkow, impregnado de agua, se había vuelto demasiado pesado.

—Ha caído un pez muy grande—pensó la joven—o el anzuelo se ha agarrado en alguna parte.

Tiró de nuevo y, como la línea no cedía, la joven pensó que el anzuelo se había enganchado.

—¡Qué lástima!—dijo.—Al anochecer es cuando mejor muerden los peces. ¿Qué haré?

Y sin reflexionar más, la joven excéntrica se quitó las ropas aéreas y zambulló el cuerpo espléndido, hasta los hombros marmóreos, en las ondas. No era cosa fácil desenganchar el anzuelo del ramillete, en el cual, además, se había enredado el hilo, pero la paciencia y la buena voluntad vencieron al fin el obstáculo. Al cabo de un cuarto de hora, la joven, radiante y feliz, surgió del agua con el anzuelo en la mano.

Pero el destino ingrato parecía acompañarla. La esperaba una desagradable sorpresa. Los rateros que habían robado las ropas del contrabajo, se habían llevado también sus vestidos, no dejándole más que la cajita que encerraba las lombrices para cebar el anzuelo.

—¿Qué haré ahora?—pensó llorando. —¿Es posible volver a casa en este estado? ¡Jamás! Prefiero morir. Esperaré a que llegue la noche y entonces iré hasta la choza de mi nodriza, la vieja Agafja, y la enviaré a casa a buscar ropas... Entretanto, me esconderé debajo del puente.

Mi heroína, deslizándose agachada entre las hierbas más altas, corrió hacia el puente. Al penetrar debajo de éste lo primero que vió fué un hombre de abundante cabellera y, en cuanto a vestimenta, en la misma situación que ella. Lanzó un grito y cayó desvanecida.

También Smitshkow se asustó. En el primer momento había tomado a la joven por una ninfa.

—¿No es una sirena del río que viene para seducirme?—Y esta suposición no dejó de halagarle, pues siempre había abrigado una elevada opinión de su aspecto.—Si no es una sirena y resulta un ser humano, ¿cómo explicarse esta extraña fantasmagoría? ¿Por qué ha venido aquí y qué le ha pasado?

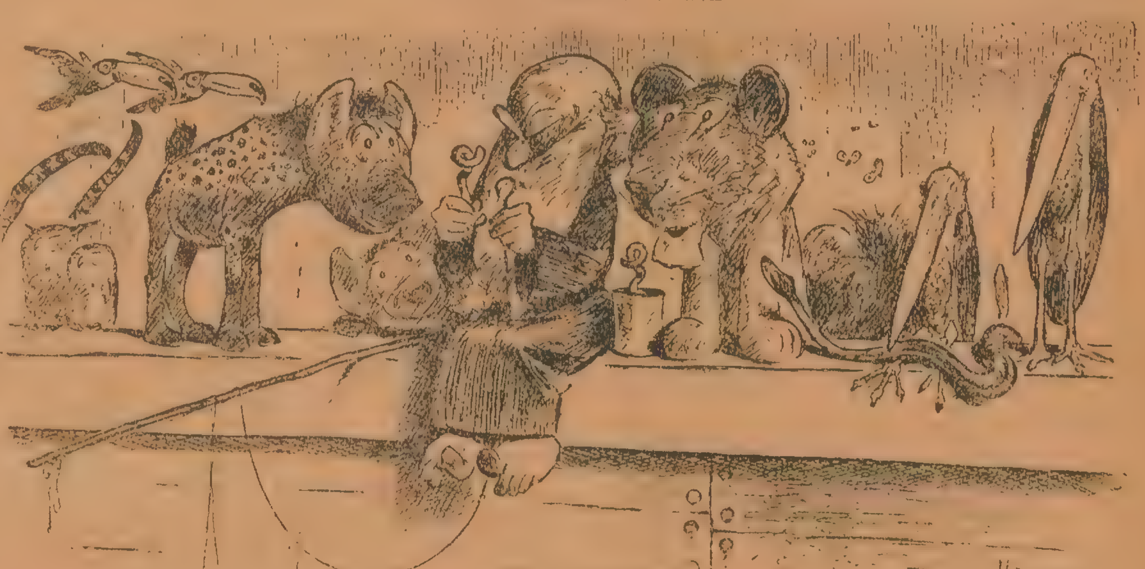
Mientras estaba preocupado con la solución de las cuestiones implicadas por esas preguntas, la joven recobró el conocimiento.

—¡No me mate!—murmuró.—Soy la princesa Bibulowa. ¡Por favor, no me mate! ¡Le darán mucho dinero! Mientras estaba buscando el anzuelo, me han robado las ropas, el vestido nuevo, los zapatos, todo...

—Señora—contestó Smitshkow con voz suplicante.—También a mí me han robado las ropas.

Todos los que tocan el contrabajo o

UNA DISTRACCION DE NOE



—¡Qué tonto he sido! Aquí, uno no tiene más entretenimiento que pescar, y he traído dos lombrices solamente.

la trompeta carecen, por lo general, de fantasía; pero Smitshkow era una amable excepción a la regla.

—Señorita—le dijo, después de haber reflexionado un poco,—mi presencia la confunde, al parecer. Pero usted comprenderá: no puedo irme de aquí, por la misma razón que usted. He pensado esto: ¿quiere usted ponerse dentro del estuche de mi contrabajo y taparse con la tapa? En esa forma no me verá.

Diciendo esto, Smitshkow sacó el contrabajo del estuche; por un segundo le pareció que cometía una profanación del arte, pero la vacilación fué breve. La joven penetró en el estuche y se agazapó para acomodarse. El músico cerró el estuche, ató las cintas y se alegró profundamente de que la naturaleza le hubiese dotado de tanta inteligencia.

—Ahora, señorita, no puede verme. Acomódese y quédese tranquila. Cuando llegue la noche la llevaré a su casa. Después volveré en busca del contrabajo.

Al comenzar a cerrar la noche, cargó a las espaldas el estuche que contenía a la joven y se encaminó hacia la mansión de Bibulow. Su idea era ésta: se detendría en la primera choza de la aldea, se haría dar algunas ropas y continuaría su camino.

—No hay mal que no traiga algo de bueno—pensó, mientras sus pies descalzos levantaban polvo del camino y su cuerpo se doblaba bajo el peso de la princesa Bibulow.—No hay duda de que me recompensarán magníficamente.

—Señorita, ¿está cómoda? — preguntó con el tono de voz de un caballero que invita galantemente para un vals.—Hágame el favor de no pensar en ceremonias y póngase a su gusto en mi estuche, como si estuviera en su casa.

De pronto, el galante Smitshkow creyó ver que delante de él, en la obscuridad, caminaban dos seres humanos. Mirando más atentamente se convenció de que no se trataba de una ilusión óptica: dos individuos caminaban, en efecto, delante de él y llevaban algo en las manos.

—¿Serán los ladrones? — preguntóse. —Llevan algo. Probablemente, nuestras ropas...

Smitshkow dejó el estuche en el suelo y corrió en persecución de los dos desconocidos.

—¡ Párense!—gritó—¡ párense! ¡ deténganlos!

Los desconocidos diéronse vuelta y al advertir que eran seguidos comenzaron a correr... La princesa oyó los pasos precipitados y los gritos... Al rato todo quedó en silencio. Smitshkow se había aventurado demasiado en la persecución de los presuntos ladrones y probablemente la hermosa joven habría debido permanecer por mucho tiempo tendida en el suelo, junto al camino, si no se hubiese presentado una coincidencia feliz. En esos momentos se dirigían por el mismo camino, hacia la residencia de Bibulow, los colegas de Smitshkow, el flautista Sciushkow y el clarinete Ramasciaikin. Tropezaron con el estuche y ambos se miraron asombrados.

—¡ Un contrabajo! — exclamó Sciushkow. — ¡ Pero si es el contrabajo de Smitstkow! ¿Cómo ha venido a parar aquí?

—Probablemente algo malo debe de haberle pasado a Smitshkow — opinó Ramasciaikin.

—Se ha emborrachado o lo han asaltado. De cualquier modo, no se puede dejar aquí el contrabajo. Llevémoslo nosotros...

Sciushkow alzó el estuche, lo cargó al hombro y ambos músicos continuaron su camino.

—¡ Al diablo! ¡ cuánto pesa!—murmuraba el flautista.—Por nada del mundo consentiría en tocar este maldito instrumento... ¡ Uff!...

Llegados a la residencia, los músicos dejaron el estuche en un rincón del lugar destinado a la orquesta y se dirigieron al buffet.

Entretanto, en el palacete se encendía ya las arañas para la fiesta. El novio de la princesa, el Consejero de la Corte Lakeitsch, joven buen mozo y simpático, de pie en medio del salón y con las manos en el bolsillo conversaba con el conde Scialikow. Hablaban de música.

—Yo, conde—decía Lakeitsch,—he conocido en Nápoles un violinista que ejecutaba verdaderos milagros. ¡ Es cosa de no creer! En el contrabajo, en un simple contrabajo, producía cosas tan endiabladamente admirables que dejaban a uno mudo de asombro. Imagínese que ejecutaba valses de Strauss...

—¡ Pero es imposible... !—protestaba el conde.

—Le aseguro que es la pura verdad. Hasta ejecutaba una rapsodia de Listz. Vivía con él en la misma casa amueblada, y como nada mejor tenía que hacer, aprendí de él a tocar en el contrabajo la rapsodia de Listz.

—¿ Una rapsodia de Listz? ¡ Bah! Usted bromea...

El novio y el conde se dirigieron hacia la orquesta. Acercáronse al contrabajo, desataron rápidamente las cintas del estuche y... ¡ oh, terror!...

Pero ahora, mientras el lector, dando rienda suelta a su fantasía se representa la solución del diálogo musical, visitaremos a Smitshkow. El pobre músico, no logrando alcanzar a los fugitivos, se decidió a volver al mismo lugar donde había dejado el estuche con su precioso contenido... y no lo halló. Perplejo entre múltiples suposiciones, no atinó a más que ir de un lado a otro por el camino, y como tampoco encontrara el estuche, pensó que se había equivocado de lugar.

—¡ Es terrible!—gritó, tomándose de los cabellos y volviéndose blanco de susto.—¡ Se asfixiará en el estuche! ¡ Soy un asesino!

Hasta la media noche, Smitshkow recorrió el camino en busca del estuche, pero, por fin, exhausto, volvió a su refugio debajo del puente.

—Lo buscaré al amanecer—resolvió.

Pero en el amanecer su investigación tuvo el mismo resultado, y Smitshkow pensó que lo más conveniente era esperar debajo del puente a que llegara la noche.

—¡ Lo encontraré!—murmuró, quitándose el sombrero y sumergiendo las manos en la espesa cabellera con gesto de desesperado... Aunque tenga que buscar un año entero, pero ¡ lo encontraré!

Y hoy todavía los campesinos que viven por aquellos lados cuentan que durante la noche se ve, cerca del puente, un hombre desnudo, con sombrero de copa. Algunas veces parten de debajo del puente las notas gemebundas de un contrabajo.

ESCENAS DEL CLUB



Los jugadores supersticiosos.

LA ROSA

Fué en los últimos días de agosto... El otoño se aproximaba. El sol se hundía en el ocaso. Una lluvia torrencial, repentina, impetuosa, sin truenos ni relámpagos acababa de recorrer a paso de carga toda la inmensa llanura.

El jardín, situado delante de la casa, humeaba como si estuviese ardiendo. La tierra, inundada antes por el agua, parecía bañarse en la luz de incendio del crepúsculo.

Ella, sumida en profunda melancolía, miraba obstinadamente el jardín, desde la sala, a través de la puerta entrecerrada.

Yo sabía lo que pasaba entonces en su alma: sabía que, tras una corta y dolorosa lucha, cedía en aquel mismo instante a un sentimiento que no le era dado combatir por más tiempo.

De improviso levantóse, salió vivamente al jardín y desapareció. Pasó una hora... pasó otra; y ella no regresaba. Entonces me puse en pie, y saliendo de la casa, me dirigí instintivamente en la dirección que ella había seguido.

Todo se obscurecía en derredor. La noche avanzaba rápidamente. Sobre la arena húmeda del sendero, enrojecida aún por la claridad que atravesaba la desgarrada niebla, vi un objeto redondo...: era una rosa tierna, apenas entreabierta. Dos horas antes había visto aquella misma rosa en el seno de la joven.

Recogí cuidadosamente la pequeña flor caída en el lodo, y volviendo a la sala, la coloqué sobre la mesa.

Regresó ella por fin; con ligeros pasos recorrió toda la estancia y fué a sentarse en un sillón próximo a la mesa. Su semblante palidecía y se reanimaba alternativamente; corrió de pronto hacia otro lado con graciosa turbación. Viendo luego la rosa, arrebatóla, quedóse contemplando tiernamente los manchados y rugosos pétalos, volvió a mí la mirada, y apartándola súbitamente, se llenaron de lágrimas sus ojos.

—¿ Por qué llora?—le pregunté.

—Por esta rosa. Vea cómo ha quedado.

Yo presumía la causa de su tristeza.

—Sus lágrimas la limpiarán—le dije con marcada intención.

—Las lágrimas no limpian, las lágrimas queman—replicó.

Y, dirigiéndose a la estufa, arrojó la flor a la moribunda llama.

—El fuego quema mejor que las lágrimas—añadió, no sin pesadumbre...

Y comprendí que ella también... estaba ardiendo.

Iván **TURGUENEFF.**

Bañando plantas en agua caliente

El baño de agua caliente, al que los japoneses atribuyen su vigor físico, podrá no ser tan ventajoso como ellos suponen para las personas, pero evidentemente es ventajosísimo para las plantas, constituyendo uno de los mejores procedimientos de cultivo forzado de que hoy dispone el horticultor. Ello es cosa descubierta, como resultado de los estudios hechos por el profesor Hans Molisch, director del Instituto para el estudio de la fisiología vegetal en la Universidad de Praga. Algo dijimos ya sobre el asunto al tenerse por vez primera noticia de él en el mundo científico.

El procedimiento Molisch consiste en sumergir las plantas, durante un período de doce horas, en agua a una temperatura de 25 a35 grados, y exponerlas después a la luz de una estufa cuya temperatura no baje de 15 grados ni exceda de 18. Los mejores resultados se obtienen mediante la inmensión de la parte de la planta que queda fuera de la tierra, esto es, del tallo y de las ramas. Para llevarla a efecto, empléase un baño atravesado por un tubo que dé la vuelta alrededor del fondo, y por el cual se hace pasar una corriente de agua hirviendo. El baño se cubre con una especie de bastidores sobre los cuales se puedan colocar los tiestos invertidos, de manera que las plantas queden dentro del agua, y encima se ponen esteras o capas de paja, con el fin de que los vegetales no pierdan calor.

La influencia del tratamiento es puramente local, según puede observarse sometiendo a él sólo una parte de la planta, es decir, bañando solamente algunas ramas, y dejando otras fuera del baño.

En uno de éstos ensayos, la parte bañada floreció trece días antes que la que no lo fué. Un caso parecido, pero todavía más notable ofreció una siringa perteneciente a la especie llamada por los botánimos "Syringa Baumchen", con la cual se procedió en la misma forma. Cuarenta días después las ramas de un lado apenas habían empezado a brotar, en tanto que las del otro estaban ya cuajadas de flores.

El contraste apareció todavía más marcado en otras dos plantas de siringa ("Syringa vulgaris"). Ambos ejemplares fueron plantados al mismo tiempo, en tiestos llenos de la misma tierra, y colocados en idénticas condiciones de luz, temperatura, riego, etc., sin otra diferencia que la de ser sometida una de ellas al baño de agua caliente, y la otra no.

Si este caso fuese único, podría atribuirse a enfermedad de la planta o a cualquier defecto de cultivo el atraso de la floración en uno de sus pies, pero los experimentos se han repetido en gran número y en todas las formas posibles con iguales resultados.

El cultivo forzado no es sólo eficaz para las plantas pequeñas; podría aplicarse también a los árboles, si en la práctica no fuese imposible volverlos del revés y meterlos en una tina de agua caliente. Pero se han hecho experimentos con pequeños robles, sauces y avellanos, y el resultado ha sido el mismo. En un avellano, a los nueve días del baño, las ramas bañadas ya estaban en flor, en tanto que las que no habían sido sujetas al experimento estaban completamente desnudas.

¿Modernismo o cursilería poética?

por Angel J. PARIENTE

El reflorecimiento intelectual en la América española acusa un repunte halagador en los últimos decenios. Especialmente en lo que concierne a literatura poética.

Y, para gloria de la generación, fué la ''juventud'', la ''humanidad nueva'' que pudiéramos llamar, la encargada de patentizar este movimiento remozador del espíritu.

Surgió en plena América Central un genio poético, un artífice de mágico cincel, que perfiló la frase con nueva armonía y modeló en oro y diamantes las hasta entonces inasibles abstracciones espirituales.

Y a él siguieron unos pocos, que rompiendo valientes los viejos cuños en que hasta esa hora se forjaba el verso, nos dieron a gustar desconocidas armonías.

¡Bienhayan quienes tales guapezas han hecho! Ya viven sus nombres en los labios nuestros...

Y por más que el arte es eterno, y no hay nada nuevo ni viejo en su mundo ''sino diferentes aspectos de su proyección y variadas formas y criterios de concebirlo'', atengámonos por un momento al llamado ''Arte Modernista'', y bendigamos la memoria de los precursores de esta nueva manera de hacer lírica.

Despojémonos de prejuicios en el asunto. Juzguemos esta manifestación de perfeccionamiento intelectual, este aguzamiento de las percepciones humanas, como un paso gigante hacia el porvenir. Es una prueba de cordura y equilibrio mental disponerse en favor de esta tendencia innovadora. Ella viene al impulso santo y por ello poderoso de la juventud: es menester descubrirse ante el esfuerzo noble que ello representa, y batir palmas en honor de la ''forma nueva''.

Pero echándonos a discurrir en este campo, hallamos que han surgido—y por gran desgracia entre nuestros jóvenes—muchos pseudo-talentos poéticos, en los cuales es tan de admirar su escaso valimiento como su frescura literaria.

Y lo más de notar es la facilidad y atrevimiento de los tales, que nos endilgan sendas cantilenas vacuas, sin sentido, carentes de originalidad, llenos de puntos suspensivos y paréntesis unidos por una palabrería abstrusa e ininteligible. Eso, cuando no se lanzan audazmente en el plano de la metafísica, o filosofía, creyéndonos asombrar con disquisiciones nuevas del peor gusto, donde pretenden hacernos ver su ''estado interior'' de alma o las fantasías amorfas de que tienen lleno su ''yo''.

Hay ''casos'' en que el lirismo llega al máximo. Verlaine, Valle Inclán, José Asunción Silva y Darío (¡ah, el Mago Rubén, el Padre Rubén, el excelso Rubén—con cuyos vocablos se arriman los tontos a la fulgurante lumbre del gran nicaragüense—quedan a la altura del pensamiento junto a estos energúmenos del decir, al lado de estos terribles y peligrosos grafómanos de la léxica modernista.

Y hay que ver el desparpajo que se traen con su estulticia... Es grave e inaguantable cosa, el tener que oirles por compromiso o por educación.

¡Y cuidado con que intentemos protestar y defendernos de la ñoñería agresiva! Se revuelven furiosos, congestionados, y nos llaman ''antiguallas'', ''vasijas de barro arcáico'', ''adocenados'' y otras lindezas que oímos a cada rato.

Ellos son ''intelectuales'', ''exquisitos'', ''líricos modernistas''... ¡Cuánta pedantería! ¡Cuánta pretensión ridícula, que supondría mala fe si no estuviera pregonando ignorancia!

¡Ah, los ''modernos exquisitos''!... Lo que resulta de todo esto es una especie de terror que nos van infundiendo estos intelectuales, que recae en perjuicio de la necesaria evolución modernista en la poesía.

Los tales innovadores literarios son ya una plaga. ¡Qué de libros andan por ahí, envenenando nuestra atmósfera! Es claro: cuando uno de estos pseudo-genios reune un par de centenares de pesos, ya se sabe: ''saca un libro de versos...'' ¡Y cómo encarecen el papel!

Hay pues una sanísima intención al descubrir esta manía de una buena parte de nuestra juventud. Pongámonos en guardia contra estos cubistas del buen sentido, que adoptan actitudes de ''estudiosos'' y ''originales'' cuando no son más que impertinentes y fastidiosos parvenus de las gayas letras.

Antes de lanzar un libro es menester pensarlo, meditarlo, sentirlo mucho. Fijarse bien en lo que va a decirse, y en que ello sea la expresión de nuestra verdadera intelectualidad; no el mero deseo de figuración, o de imponer como buena una majadería ribeteada de verso... Lo demás, aun cuando se diga en su apoyo que son aleteos o pinitos juveniles (y por ello merezcan nuestro respeto en obsequio a lo que de ''fuerza nueva'' puedan representar), son sólo atrevimientos y osadías ya calificadas.

La plata más escasa que el platino

Es un hecho curioso el comprobar que la plata está en vías de convertirse en uno de los metales más raros. La producción de plata en el mundo es, en efecto, muy limitada y es, generalmente, un subproducto de otros metales.

Francia ha procurado remediar esta penuria desmonetizando la plata. Ha puesto en circulación 15 millones de piezas de níquel y de plata, cuyo valor no era sino de 67 por 100 de la plata pura. Han desaparecido totalmente en el espacio de una semana. Es preciso atribuir este hecho al acaparamiento hecho por personas que temen las consecuencias de la guerra, o bien por agentes secretos del extranjero. Del mismo modo se prohibe a todo viajero que abandone los Estados Unidos el sacar más de 200 chelines de plata y, sin embargo, las prensas norteamericanas no se bastan para acuñar las monedas suficientes para el país. Es probable que toda esta plata de América pase a las Indias. Estas han sido siempre, en efecto, un foco de insurrección constantemente atizado por la propaganda revolucionaria alemana. La guerra ha hecho las exportaciones de la India más indispensables que nunca para los aliados y han aumentado igualmente los precios de un modo considerable.

Ahora bien; el indio, fanatizado por Alemania, rehusa aceptar el papel moneda y exige el pago inmediato en metal. Las únicas fuentes de la plata no secadas en el mundo son las del tesoro de los Estados Unidos. Se vacían en el Asia con gran rapidez y sería ya tiempo de inquietarse por averiguar adónde va a parar ese dinero que pasa a las Indias.

LA DIFERENCIA



Cómo recibe el padre que tiene una sola hija y el que tiene ocho.

Nuevo método para curar la furunculosis

El doctor Burnier preconiza en la Press Mundiale un nuevo método para curar la furunculosis, que consiste en el uso de la raíz de bardana. Debe advertirse que únicamente la que se cosecha en primavera tiene propiedades medicamentosas, y hay que usar la fresca—de modo que hay que conservarla, lo cual se obtiene con el método Pérrot-Gris.

En ambos casos dicha raíz obra de una manera sorprendente. El dolor desaparece a las 24 horas y a las 48 horas la inflamación disminuye y el furúnculo se abre y vacía. Esto sucede cuando está maduro—porque cuando apenas se está formando se reabsorbe rápidamente.

El tratamiento local se hace aplicando una compresa de gasa seca para evitar el contacto de los vestidos.

La bardana se administra en tres píldoras diarias, durante cinco o seis días, al cabo de los cuales la llaga producida por el furúnculo está completamente cicatrizada. El doctor Burnier afirma que los furúnculos tratados con este método no repiten.

De "El poeta de las lágrimas"

(Fragmento de su poema olvidado "La Magdalena")

Tentación

Ella leyó aquel libro desolado
donde el alma afligida
del poeta inspirado
lloraba las tristezas de la vida.
Ella siguió con íntima congoja
aquel Calvario de dolor tremendo,
le siguió hasta la cruz y fué vertiendo
una gota de llanto en cada hoja.

Allí aprendió su espíritu inocente
todo el dolor que en la existencia prueba
la miserable juventud que lleva
la sombra del pesar sobre la frente.
Ella leyó aquel libro que agitaba
su corazón que al escuchar gemía;
en el pesar ajeno penetraba
y su amargura sin querer partía.

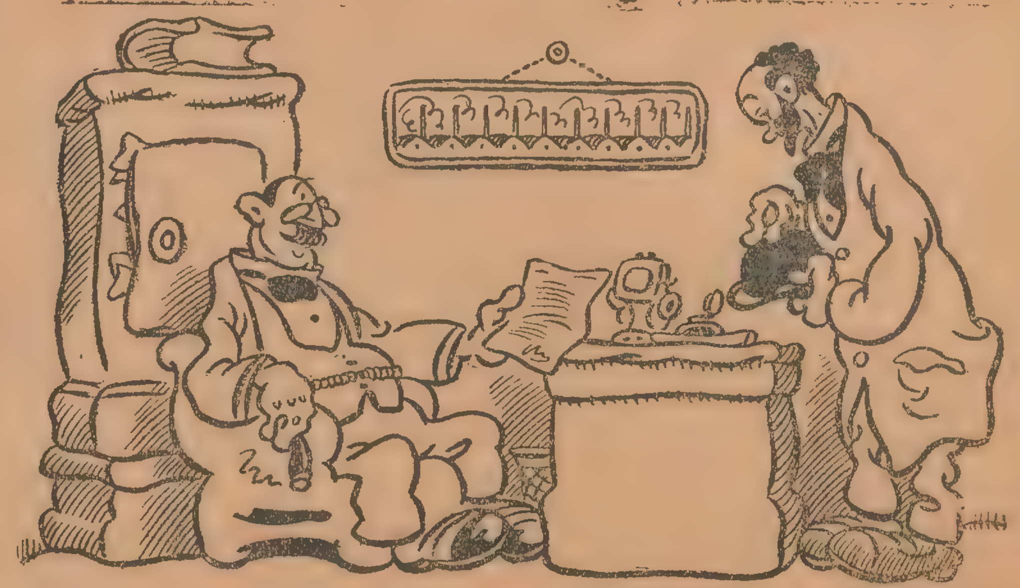
—Qué triste es!—exclamaba—.
y otra vez sollozando la leía.

Así su alma inquieta,
vagando en el dolor y el idealismo,
templó sus fibras al acorde mismo
del alma del poeta.
¡Ah! su mirada bella
no alumbró más su labio sonriente,
no buscó ya en la franja del oriente
la más hermosa estrella
que iluminaba el cielo
cuando su vida de esperanza llena
no escuchaba la voz del desconsuelo
con que canta su duelo
el galeote amarrado a su cadena!

Su sueño era agitado
por extrañas y lúgubres visiones
que turbaban su calma,
y un eco doloroso y desolado
que arrullaba su alma
con cantos de perdidas ilusiones!

Su espíritu caía
a su pesar en fúnebre quimera,
sin que la luz de su razón supiera
por qué aquella ansiedad le oscurecía.
Así a su corazón entró el veneno
que la sed inocente
bebe en esta corriente,
la onda amarga del dolor ajeno!
Así aquel bello corazón amante,—
en la orfandad de la ilusión dormido,
recorrió en un instante
en la onda de un gemido,
la compasión profunda
por la desgracia ajena
y la extraña y secreta simpatía
con que el amor inunda
el alma angelical que sonreía,
y de ensueños tristísimos la llena.

UN NUEVO EMPLEO



—Su letra es excelente; tiene usted buena memoria y dedicación... Voy a encargarle de llevar, por partida doble, el libro de reivindicaciones del personal.

Su alma soñadora
buscó la soledad y el aislamiento,
el silencio profundo,
el rayar de la aurora,
el tachonado azul del firmamento,
el espacio sin valla,
el desierto del mundo,
estas cosas de Dios con que la vida
cicatriza la herida
que postra el corazón en la batalla.

Todo está allí. Todo lo concentró ella.
Su mirada elocuente
en el rayo doliente
con qué nos mira sin cesar la estrella.
Su acento varonil y melodioso
que en la palabra su caricia encierra,
en el eco del viento quejumbroso,
en el lamento de la mar distante
que con su voz gigante
gime sobre las playas de la tierra.

Todo lo encontró allí:—la imagen vaga
del ideal divino
a quien la luz crepuscular da aliento
cuando el eterno sol su rayo apaga
y el astro vespertino
abre como una flor del firmamento.

Y con dulce sonrisa
seguía aquel fantasma de oraciones
que el alma sola sin mirar divisa
y lumbran las primeras ilusiones.
¡Oh! cuántas veces al cruzar la brisa
que dejaba en su oído
un rumor entre cántico y lamento,
comprimió el corazón estremecido
y dijo:—¡este es su acento!

¡Todo era él! La vaga perspectiva
del lejano paisaje:
la música del ala fugitiva;
la ondulación del lánguido follaje;
la espina de la rama
que a la ropa se adhiere
y que parece que algo decir quiere
y que nos toca y al pasar nos llama!
¡Todo era él! El rayo del lucero
que entre los ojos que le ven se esconde;
el eco lastimero
que al suspiro responde;
la confusa silueta
del árbol que se asoma y que se inclina;
todo aquello de Dios era el poeta;
todo era él en su ilusión divina.
¡Todo era él! El alma saturada
de su ideal halagüeño,
mecía su memoria acariciada
bajo las mismas alas de su sueño.

Así, el amor sublime
nació en la soledad y en el misterio;
—nota del arpa eólica que gime
suspendida del ciprés del cementerio.—
Creció al calor de la piedad secreta,
se nutrió con la lágrima del verso,
libó en las ilusiones del poeta
y llenó el universo.

Ricardo GUTIERREZ.

1879.

PLACERES FILOSÓFICOS



La soledad.

EL HOMBRE DE MI PROPIEDAD

por Juan PAPINI

Como desde hace muchos años he dejado de llevar mi diario, no puedo decir con exactitud en qué tiempo comenzó a seguirme el cuerpo y el alma de Amigo Tuyo. Probablemente, dada mi distracción, no advertí en qué día preciso mi segunda sombra—la sólida y relativamente viva—se decidió a entrar en el escenario poco iluminado de mi vida.

Una mañana, poco después de salir de casa, me dí cuenta de que me acompañaba, a esa respetuosa distancia que no permite pedir una explicación, un hombre de unos cuarenta años, envuelto en largo sobretodo azul, alegre y sonriente, pero sin mucha exageración. Como no tenía nada que hacer y había salido de casa sólo por no oir el crepitar de la leña en la chimenea, me entretuve en seguir con la mirada a mi acompañante, aunque éste—obsérvese bien—no tenía absolutamente nada de extraordinario. No supuse, ni por un instante, que pudiera ser un agente de policía: mi falta completa de valor físico y mi repugnancia por los malos olores, me han tenido siempre apartado de la política militante; y la pereza, unida a mi escasa habilidad manual, me ha impedido buscar en el delito los medios de vida.

Tampoco podía imaginar que el hombre fuese una especie de bandido urbano dispuesto a robarme: mi decente pobreza era conocida en todo el barrio y mi modo de vestir, más negligente que desenvuelto, alejaba de mi persona toda idea de bienestar.

A pesar de que no me creía con ningún derecho a ser seguido, comencé a rondar por las callejuelas más torcidas de la ciudad, para comprobar de que no me equivocaba. El hombre me siguió por todas partes, con aspecto cada vez más satisfecho. Doblé en una gran calle llena de gente y apuré el paso; pero la distancia que me separaba de mi acompañante era siempre la misma. Entré en un negocio a comprar un timbre de correos de quince céntimos, y el desconocido entró en el mismo negocio y compró un timbre de correos de quince céntimos; subí a un tranvía y mi sonriente compañero subió al mismo tranvía; cuando bajé, el hombre bajó detrás de mí: compré un diario y compró el mismo diario; me senté en un banco de plaza y el desconocido se sentó en otro banco cercano; saqué un cigarrillo y el individuo sacó a su ver otro cigarrillo y esperó que hubiese encendido el mío para encender el suyo.

Todo esto era divertido y fastidioso al mismo tiempo. "Tal vez, pensé, se trata de un humorista sin trabajo, que quiere divertirse a mis expensas". Me decidí a resolver la duda de la manera más directa: parándome delante de mi acompañante, en la actitud de preguntarle:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

No tuve necesidad de abrir la boca: el hombre se puso de pie, se sacó el sombrero, sonrió un instante, y dijo precipitadamente:

—¡Discúlpeme! Le explicaré todo y empezaré por presentarme: soy Amigo Tuyo.

No tengo profesión conocida, pero poco importa. Tenía muchas cosas que decirle, pero hasta ahora... Habría querido escribirle y por cierto que le he escrito dos o tres veces, pero no siempre tengo la costumbre de enviar las cartas. Por lo demás soy un hombre vulgarísimo y sano de espíritu, aunque a veces no lo parece.

Al acabar de decir esto, Amigo Tuyo se detuvo, titubeante, pero prosiguió en seguida, como recordando algo que le interesaba sobremanera:

—¿No quiere tomar algo? ¿Un poco de marsala? ¿Un café?

Nos encaminamos rápidamente, juntos, como impulsados por el deseo de terminar la entrevista de una vez. En cuanto llegamos a la puerta de un café penetramos en él, de prisa, como quien va para tomar un trago y huir. Nos sentamos en un rincón, junto a la chimenea, sin pedir nada. Era un local pequeño, lleno de humo y de cocheros; el mozo tenía facha de ladrón, pero no teníamos tiempo para elegir otro café.

—Quiero saber...—empecé a decir.

—Le diré todo—replicó el desconocido;—no tengo la menor intención de ocultarle algo. Mi caso es demasiado triste y difícil, pero declaro que tengo la mayor confianza en usted. Aquí me tiene: soy suyo. Estoy en sus manos. Haga de mí todo lo que quiera.

—No comprendo...

—Le aseguro que comprenderá todo. Déjeme hablar. ¿No le he dicho ya quién soy? El nombre no dice nada, lo sé. Agregaré mi definición: soy un hombre común, un terriblemente común, que quiere hacer, cueste lo que cueste, una vida no común, una vida absolutamente extraordinaria.

—Discúlpeme, pero...

—Disculpo todo, señor, disculparé todo. Pongo en usted toda mi confianza. Será usted mi salvador, mi dueño, el director de mi conciencia, de mis brazos, de toda mi persona. Usted ha escrito tantos relatos absurdos, tantas novelas extravagantes y yo he vivido tanto tiempo con sus héroes que los he soñado por la noche y los he anhelado por el día, he creído reconocerlos en las calles y después, hastiado y desesperado, he querido matarlos en mí, olvidarlos para siempre.

—Se lo agradezco mucho, pero...

—Le ruego que me escuche un momento más. Le explicaré por qué he pensado en usted y por qué le he seguido. Me dije cierto día: eres un imbécil, un tipo de todos los días y de todas las ciudades, y sientes como una enfermedad el ansia de querer experimentar una vida noble, peligrosa, eventurera, como la de los héroes de los poemas de veinticinco céntimos y de las novelas de tres liras y cincuenta. No eres capaz de procurarte por ti mismo semejante vida porque careces de imaginación. Lo que tienes que hacer es buscar un creador de héroes extraordinarios y regalarle tu vida, para que haga de ella lo que quiera y la transforme en algo más bello, más imprevisto, más inesperado...

—Entonces lo que usted quiere...

—Un momento, señor. Dentro de pocos minutos le obedeceré en todo y podrá hacerme permanecer callado todo el tiempo que quiera; pero ahora déjeme terminar; todavía soy mi dueño. Esto es lo único que tenga que decirle: usted es el creador que he elegido y aquí me tiene para ofrecerle mi vida y los medios para ayudarle a hacerla interesante. Tiene usted fantasía y puede romper sin esfuerzo la insoportable vulgaridad de mis días. Hasta ahora ha tenido a su disposición solamente hombres imaginarios y hoy le regalo un hombre verdadero, un hombre que sufre y camina, con el cual puede hacer usted lo que le agrade. Seré, en sus manos, como un cadáver; no: un toche mecánico, un admirable fantoche cadáver no sirve para nada. Seré un fanparlante y sonriente, que comprenderá sus órdenes. Desde este momento le hago donación regular de mi vida y de una renta anual de mil esterlinas para todos los gastos que exija la tarea de hacer mi vida pintoresca y peligrosa. Tengo en el bolsillo un documento de donación en debida forma. No falta más que la fecha y su firma. ¡Mozo!: una pluma. Dígame sí o no, sin ceremonias, pero pronto.

Durante un momento simulé reflexionar, pero mi resolución ya había sido adoptada. Amigo Tuyo respondía a uno de mis más antiguos deseos. Desde hacía mucho tiempo me avergonzaba eso de inventar nada más que vidas imaginarias. Soñaba alguna vez en todo lo que habría podido hacer teniendo a mi disposición un hombre de sangre y nervios. ¡Y he aquí que el hombre se presentaba espontáneamente, acompañado por una renta importante!

—No he tenido nunca la costumbre—dije después de la meditación fingida—de comerciar inútilmente; acepto, pues, la donación, aunque usted, seguramente, comprende cuán grande es la responsabilidad de un alma acompañada de un cuerpo. Permítame que lea las condiciones.

Amigo Tuyo me tendió unas hojas de papel de nota, cubiertos por una tapa de papel más grueso. Las leí en pocos minutos. La donación estaba en regla. Mediante ella me convertía en propietario absoluto de la persona de Amigo Tuyo con la única condición de que yo debía decirle todo lo que debía hacer para que su existencia se volviese heroica y novelesca. El contrato era por un año, pero podía ser prorrogado en el caso de que Amigo Tuyo quedara satisfecho de mi dirección.

Puse en seguida la fecha y la firma y me despedí de Amigo Tuyo, prometién-

PLANCHA SENTIMENTAL



El recuerdo de la otra

Si hubiera sido verdad el fin de la humanidad, por Luis MACAYA



Perogrullo.
—¡Si el fin del mundo hubiese sido cierto
a estas horas yo estaría muerto.

Un casado.
—Imaginarlo sólo a mí me alegra.
¡Me habría visto libre de mi suegra!

Una victima.
—¡Me habría podido ver
libre al fin de mi mujer!

Un deudor.
—Si se produce el desastre
no le pagaba a mi sastre.

Dos románticos.
—¡Morir juntos los dos, ¡oh qué delicia!
y hacerse ante la muerte una caricia!

Un poeta.
—Yo habría tenido tema
para escribir un poema.

Un filósofo.
—Si moríamos todos como perros
¿quién habría encargado los entierros?

Irigoyen.
—¡Qué triunfo tan colosal!
El fin habría sido... radical.

dole que al día siguiente le enviaría una carta y ordenándole, entretanto, que no me siguiera y que bebiese algún licor fuerte. Mientras salía le oí pedir uno de los *bitters* más famosos del mundo.

— —

Esa noche no me acosté con el negro aburrimiento de otras noches. Tenía algo nuevo y grave en qué pensar, y podía, muy bien, aceptar una noche de insomnio. Un hombre se había convertido en cosa mía, de mi entera propiedad, y podía dirigirlo, impulsarlo y lanzarlo, adonde se me antojara y experimentar en él los efectos de emociones raras y las combinaciones de aventuras novísimas.

¿Qué podía ordenarle para el día siguiente? ¿Debía mandarle hacer una cosa determinada o convenía dejarlo en la ignorancia de todo y prepararle una sorpresa? Concluí por elegir una solución que conciliaba ambos métodos. A la mañana siguiente le escribí que hasta nueva orden durmiese durante el día y pasara las noches fuera de casa, en los lugares solitarios. El mismo día me trasladé a una agencia, alquilé por seis meses una casita solitaria en las afueras de la ciudad y tomé a dos jóvenes sin trabajo que buscaban la forma de ser alojados a expensas de sus conciudadanos, por lo menos durante el invierno. Al cabo de cuatro días todo estaba listo. La noche convenida hice seguir a Amigo Tuyo, el cual, al llegar a un sitio desierto, fué asaltado por mis hombres y conducido, con los ojos vendados, según la tradición, a la casa que tenía preparada. Desgraciadamente, ningún policía nos sorprendió durante la operación y no hubo ninguna denuncia de la desaparición de Amigo Tuyo, de manera que me vi obligado a mantener durante meses a dos hombres robustos, que no se conformaban solamente con comer.

Lo peor es que no sabía qué hacer con el hombre de mi propiedad. La misma noche de la donación había pensado que el secuestro de una persona podía ser el principio de una vida rica de emociones, pero no había pensado en el resto. Y la vida de Amigo Tuyo, como los folletines de los diarios, necesitaba una continuación inmediata.

Por falta de algo mejor, recurrí al viejo expediente de enviar a vivir con él, a la casa donde lo tenía encerrado, a una mujer que se le presentase siempre enmascarada y que jamás le hablase. No fué cosa fácil hallarla y, sobre todo, enseñarla; no quiso contratarse por más de un mes. Amigo Tuyo, afortunadamente, era un poco misógino y tenía más de cuarenta años, por lo que no ocurrió nada de lo que habría podido ocurrir en semejantes casos. Al cabo de quince días comprendí que era preciso cambiar la tramoya y por medio de los mismos malhechores hice poner en libertad a mi hombre y lo mandé a su casa.

Comencé a advertir que Amigo Tuyo no se había manifestado precisamente como un hombre vulgar al someterse a la extraña prueba. Sólo un espíritu original habría imaginado esclavitud tan insidiosa.

Un espadachín amigo mío consintió en ayudarme en este difícil momento. Un día, mientras Amigo Tuyo tomaba tranquilamente una taza de leche en un café de lujo, el espadachín se le acercó, lo miró de mala manera, tropezó con él y apenas el otro dijo algo en voz baja, lo abofeteó dos o tres veces, sin ira, como si no quisiese causarle daño. Amigo Tuyo me pidió permiso para mandar los padrinos al ofensor y yo me apresuré a presentarle a dos amigos que lo obligaron a cruzar la espada con mi cómplice. Amigo Tuyo no sabía ni un comino de esgrima y precisamente por esto, tirando a ciegas desde el principio, logró herir a su adversario bastante gravemente. Aproveché de esto para hacerle comprender que debía alejarse inmediatamente de la ciudad, pero me declaró que necesitaba estar cerca de mí. Fué sometido a la justicia y condenado a tres meses de cárcel.

Pensé que durante ese tiempo me vería libre del hombre de mi propiedad, pero al cabo de pocos días comprendí que mi primer deber consistía en provocar la fuga de Amigo Tuyo. La empresa parecía imposible; pero, sin reparar en gastos, logré convencer a dos personas del desinterés de mi acto y gracias a un rápido disfraz, Amigo Tuyo pudo salir de la cárcel poco antes de que amaneciera. Esta vez no le quedaba más recurso que huir del país y yo tuve que dejar mi casa, mis trabajos y mi patria, para proteger su fuga.

Una vez en Londres me vi en apuros de otro género. Como no hablaba ni una palabra de inglés, estaba, en medio de esa ciudad enorme y desconocida en peores condiciones que antes y más incapaz que antes para procurar a mi hombre aventuras extraordinarias. Recurrí a un detective particular, que me dió algunos vagos consejos, en un francés malísimo.

UNA SORPRESA



Si estas dos personas, hoy desconocidas, adivinaran, adivinarían cómo estarán dentro de diez años.

Después de haber estudiado un buen plano de Londres, conduje a Amigo Tuyo a los barrios de peor fama, donde, con gran pesar mío, no nos ocurrió nada de malo. Encontramos a los acostumbrados marineros borrachos, a las acostumbradas mujeres mal vestidas y pintadas, a los acostumbrados grupos de calaveras bulliciosos; pero nadie se atrevió a molestarnos, creyéndonos, tal vez, gente de la policía, dada nuestra confianza al recorrer ese laberinto de callejuelas.

Pensé, entonces, en enviar a Amigo Tuyo al norte de la isla, solo, dándole nada más que veinte o treinta chelines y el boleto del viaje. Como él tampoco sabía el inglés, esperaba que le ocurriese algo de más desagradable, o que no fuera capaz de regresar. Comenzaba a cansarme de esta propiedad, por la cual tenía que trabajar y sacrificarme, y esperaba con ansiosa nostalgia el momento de poder volver a mi querida ciudad, llena de cafés y de vagabundos... A los quince días Amigo Tuyo volvió a Londres en perfecta salud. En Edimburgo se había encontrado por casualidad con un amigo italiano—un violoncelista emigrado desde hacía años—que le alojó en su casa y le había hecho divertir durante esos días.

No quise darme por vencido. Había hallado en un diario la dirección de un pequeño club de estudios psíquicos que buscaba nuevos socios, prometiendo apariciones auténticas y fantasmas parlantes. Ordené inmediatamente a Amigo Tuyo que se inscribiera y asistiera todas las noches. Fué durante una semana y no vió nada; pero una mañana vino a verme para decirme que pocas horas antes había conocido por fin a un fantasma y que no le había parecido mucho mejor que los hombres. Al contrario, se había mostrado estúpido al punto de quitarle el pañuelo del bolsillo, sacarle el banco sobre el que se sentaba, mesarle los cabellos y palmearle la espalda.

—En conclusión—me dijo—hasta ahora no he hallado nada de realmente extraordinario en todo lo que me ha hecho hacer. Discúlpeme que le hable con tanta franqueza, pero debe reconocer qué en sus novelas demuestra mayor y mejor imaginación. Piense un momento: un rapto, una mujer enmascarada, un duelo, una fuga, un fantasma. ¡No ha hallado nada mejor que esos viejos trucs de la novela francesa! En Hoffman y Poe hay cosas más terribles y en Gaboriau y Ponson du Terrail más complicadas. De veras que no me explico la decadencia súbita de su fantasía. Durante los primeros días empecé por hacer todo lo que usted hacía, esperando vivir una vida bella, pero pronto advertí que la vida de usted es igual a la de los millones de hombres. Pensé entonces que toda su imaginación quedaba reservada para los personajes de sus novelas. Ahora empiezo a dudar de esto mismo y lamento tener que manifestarle que si antes de expirar el contrato no halla usted algo de más emocionante, me veré obligado a buscarme otro dueño.

Mi dignidad me impidió contestar a tanta ingratitud. Pensé que durante meses, desde que había recibido a aquel hombre en donación, no había sido dueño de mi propia vida y había tenido que abandonar mis trabajos y dejar mi país y afanarme por hallar combinaciones novelescas y cómplices seguros. Desde el instante en que había tomado posesión de la vida de Amigo Tuyo, sacrificaba la mía. En el fondo, yo, su dueño, estaba convertido en su esclavo. Era preciso hallar algo "más serio", como él mismo decía, algo que no exigiese la ayuda de cómplices. Después de haber pensado con calma durante algunos días, le escribí lo siguiente:

"Querido amigo: Puesto que es usted de mi propiedad, como consecuencia de una donacipn formal, tengo sobre usted derecho de vida y muerte. Por lo tanto, le ordeno que se encierre en su cuarto, el sábado a las ocho de la noche, se acueste en su cama e ingiera inmediatamente una de las píldoras que le mando junto con esta carta. A las ocho y media tomará otra y a las nueve en punto la tercera. En caso de falta de obediencia a estas órdenes, me declaro desde ahora absolutamente irresponsable con respecto a su vida."

Sabía que Amigo Tuyo no retrocedería aún en presencia de la muerte. A pesar de su deseo de no parecerse a un gentleman, abrigaba un respeto exagerado por su firma y su palabra. Me proveí de un enérgico emético y quedé pronto para trasladarme a casa de mi amigo y llegar poco antes de las nueve, es decir, antes de que tomara la tercera píldora.

Había encargado que se me tuviera listo un coche para el sábado a las ocho, pues la pensión en que yo vivía distaba bastante de la de Amigo Tuyo. El coche llegó a las ocho y cuarto y traté de hacer comprender al cochero que tenía la mayor prisa. El caballo empezó a correr con una especie de galope fingido, pero al cabo de diez minutos resbaló y cayó en medio de la calle. Como no era posible que se levantara en seguida, pagué al cochero y corrí, a pie, en busca de otro vehículo. Por suerte lo encontré en seguida y calculé que llegaría a casa de Amigo Tuyo a las nueve. Empecé a alarmarme un poco, pues la neblina que llenaba la calle era muy densa y bastaba un retardo de cinco minutos para ocasionar la muerte de mi hombre.

Al llegar a cierto punto, el coche se detuvo. Había llegado a una ancha calle llena de automóviles y ómnibus, y el policeman hizo a mi cochero señal de pararse. Salté del coche como un loco y me aproximé al policeman diciéndole que tenía prisa y que se trataba de la vida de un hombre. Pero el policía no comprendió o no quiso comprender. Tuve que proseguir a pie, pero a causa de la niebla y del poco conocimiento que de las calles tenía, me extravié y sólo al cabo de diez minutos de carrera anhelante, me di cuenta de que me dirigía en dirección contraria. Volví, siempre corriendo. Faltaban pocos minutos para las nueve y yo hice un esfuerzo inaudito para llegar a tiempo. Sin embargo, eran ya las nueve y siete minutos cuando llamé a la puerta de la pensión. Apenas me abrieron, me precipité al cuarto de Amigo Tuyo. Mi hombre yacía tendido sobre el lecho, pálido e inmóvil como un cadáver. Lo sacudí, lo llamé... escuché los latidos de su corazón, traté de percibir su respiración. Era cadáver. La cajita que le había mandado estaba vacía. Amigo Tuyo había respetado su palabra hasta lo último. Me propuse hacerle sentir el escalofrío de la muerte inminente y la sorpresa de la resurrección, y le había dado la muerte, la muerte verdadera, para siempre.

Permanecí toda la noche en su cuarto, aturdido por el dolor. Por la mañana me hallaron con el muerto, pálido y silencioso como él. Secuestraron todos sus papeles y entre ellos mi última carta. El proceso fué rápido porque renuncié a defenderme y no di a conocer el acta de donación que de él había recibido. Estoy en la cárcel desde hace algunos años, pero no me arrepiento de lo que hice. Amigo Tuyo ha hecho de mi vida algo más digno de ser relatado y no creo haber hecho un mal negocio, aunque en el año en que fué mío gasté algo más de las mil libras esterlinas que me había dado.

HISTORIAS DE NOVIOS



Diez minutos después de haberse separado disgustados para siempre

PUCHITOS

La manía estatuaria ha tenido en Francia una demostración lamentable. Las municipalidades de muchas poblaciones afectadas por la guerra, han recibido de una empresa industrial un ''Catálogo de monumentos a la Victoria'' que ofrece ''reproducciones de las especialidades de la casa: Poilu que muere defendiendo la Patria; Victoria alada; Francia victoriosa coronada de laureles y otorgando una corona'', etc. Una nota del catálogo agrega que el Poilu puede morir en brazos de la Victoria o recibir una corona de Francia victoriosa. ''El monumento puede hacerse con cruz, busto, gallo o estátua: cada atributo se paga a parte''. Por último, clasifica los modelos en estas tres categorías: artículo ordinario, artículo rico, artículo de lujo.

Durante la corta existencia del régimen de los soviets en Hungría, se fijó a todos los maestros y profesores, de cualquier categoría de la enseñanza, el mismo sueldo, con la sola diferencia de los años de servicio; a mayor número de años mayor sueldo; pero se contaba también como años de servicio los años de estudios de la profesión, de manera que un profesor con preparación universitaria ganaba, desde el principio, mucho más que un maestro de escuela primaria. Pero en todos los casos el sueldo era más elevado que durante el otro régimen de gobierno y se dió el caso de maestras de escuelas infantiles que cobraron en una semana más de lo que antes cobraban en un año.

En los talleres del ferrocarril de Pensilvania se ha notado, como en otros grandes establecimientos norteamericanos, la diminución del rendimiento del trabajo de los obreros, comparado con el que producían antes de la guerra. En el presente año esa diminución fué de cuarenta por ciento, de manera que ahora se necesita diez hombres para hacer el mismo trabajo que antes de la guerra realizaban seis.

El doctor Berthier, de París, declara que los huesos son un alimento de apreciable valor para las personas atacadas de enfermedades consuntivas. Utiliza la parte esponjosa de los huesos de ternera, que están constituídos casi en la mitad de su volumen por oscina, la cual contiene fosfatos y carbonato de cal, substancias necesarias para la regeneración de los huesos. A esos huesos, una vez bien machacados hasta formar una substancia granulada, los hace hervir junto con vegetales, sal y un pedazo de carne, por un espacio de seis horas. Así cocido, el plato que resulta está listo para ser comido, como cualquier otro manjar. El enfermo puede comer cuanto quiera su paladar, sin temor a que le haga mal.

Existe en el Paraguay una planta llamada por los nativos ''kaalee, (el nombre científico es ''Stovia rebaudiana'') cuyas hojas son ciento ochenta veces más dulces que el azúcar.

Bélgica ha prohibido la manufactura de bebidas ''intensas'', y sólo se permite la venta de vinos ligeros. Grandes cantidades de licores han sido confiscados.

Hay cincuenta y cuatro diferentes diseños de papel moneda de varias denominaciones en los Estados Unidos. De uno, dos y mil hay cinco clases; de cinco, cincuenta y cien, seis clases; de diez y veinte, siete clases; de quinientos, cuatro clases; de diez mil, dos; y de cinco mil, uno. Para que la falsificación sea menos fácil, se ha establecido que todo billete de la misma denominación sea impreso en el mismo color, con un color diferente para cada denominación.

Es digna de atención la gran ayuda que recibió Francia de sus colonias durante la guerra. El mundo colonial francés, le facilitó más de medio millón de combatientes, del Africa Septentrional, Argelia, Túnez y Marruecos. El Senegal dió de las fuerzas más efectivas, siguiéndole en turno la Indo-China, Africa Central y Madagascar.

El 6 de septiembre de 1919, el presidente Poincaré puso la piedra angular del famoso monumento que ha de erigirse en conmemoración de la llegada de las tropas americanas al territorio francés. Es de notarse esta fecha, pues es ella el aniversario del nacimiento del general Lafayette. El monumento se levantará cerca de Point de Graves, Burdeos, próximo al sitio desde donde embarcó Lafayette para los Estados Unidos en 1777. El general Pershing y las autoridades militares francesas presenciaron el acto.

El Secretario de la Guerra de Estados Unidos, Mr. Baker, informó al Congreso que más de ciento sesenta millas de películas y más de 47.000 fotografías de la guerra habían sido sacadas o tomadas, y pide autorización para vender duplicado. Pide también permiso para compaginar los fotograbados, que, según opinión suya, harían 12 hermosos volúmenes de 400 páginas cada uno.

Un prominente manufacturero de pianos ingleses anuncia que 43.000 pianos alemanes esperan ser lanzados al mercado a precios de quemazón. El gobierno alemán, dice, ofrece medios especiales a los manufactureros en forma de subsidios para estimular la producción. Durante la guerra la industria de pianos continuó en Alemania sin decaimiento alguno.

Hace poco murió en Jena el eminente hombre de ciencia Ernesto Haeckel. Llegó a tener fama mundial antes de la guerra, por sus grandes investigaciones sobre la teoría de la evolución. Era abiertamente opuesto al idealismo de su país, y encontró grande crítica en 1915, sobre su obra ''Dios y la Inmortalidad del Espíritu''.

Por cada nueve personas, o cada dos familias, hay un teléfono en los Estados Unidos; y el número de llamadas en un solo año, es más de 200 por cada hombre, mujer o niño del país.

El ventisquero de Gyrtereids, en Noruega, es uno de los más pintorescos paisajes que el turista puede encontrar en Escandinavia. Hállase próximo al Nordfjord, en las montañas que rodean el plácido lago Olden, y ofrece la particularidad de encontrarse a una altura tal, que ordinariamente se le ve por encima de las nubes.

El interés científico de este paisaje es inmenso, pues en él aparecen resumidas una porción de lecciones de geología. Diríase que es una historia condensada del desarrollo de nuestro planeta: de un lado, las rocas más o menos transformadas por los cambios ocurridos en la corteza terrestre; de otro, las nubes que se levantan del lago y cuya humedad se condensa para caer sobre las montañas en forma de nieve; luego, el ventisquero resbalando lentamente y desgajando las rocas en su tardo descenso, el arroyo que barre y arrastra montaña abajo toda suerte de materiales, y por último la vida vegetal, que se desarrolla junto al lago, al pie de las vertientes.

El reino animal aparece representado por algunas cabras, empleadas en el país en vez de vacas para la obtención de la leche, a causa de lo escaso de los pastos.

Entre los tres mil quinientos cráteres de los volcanes de Cocopa (Arizona), hay un lago de agua completamente negra. Mide unos quinientos metros de largo, por doscientos treinta de ancho. De su profundidad no se sabe nada, porque la sonda no ha logrado encontrarla.

Aunque el agua es negra, como queda dicho, no tiñe la piel de las personas que se bañan en ella, pero en cambio ennegrece el lienzo blanco.

Cuando los volcanes de las cercanías están en actividad, las aguas del lago están revueltas, y recobran la calma cuando cesan las erupciones.

El escorpión es, sin género alguno de duda, uno de los bichitos más antipáticos y repulsivos con que cuenta el reino animal; todas sus costumbres denotan una índole feroz y cruel, y su picadura tiene efectos, no precisamente fatales, pero sí muy desagradables. No se crea, sin embargo, que el alacrán es solamente terrible para el hombre; lo es para todos los seres, y hasta para sus propios semejantes.

Repetidas observaciones de naturalistas fidedignos prueban que entre estos animalitos es cosa frecuente el canibalismo.

Pero nada tiene de particular que los escorpiones luchen y se devoren entre sí, cuando se da el monstruoso caso de que las madres se comen a sus propios hijos. Que el padre mate a su descendencia para devorarla, no es raro entre los animales; hasta el tigre y otros vertebrados de organización superior lo hacen algunas veces. Pero que sea la hembra quien, como Saturno, se come a sus crías, ya es mucho más extraordinario.

EN MAR DEL PLATA



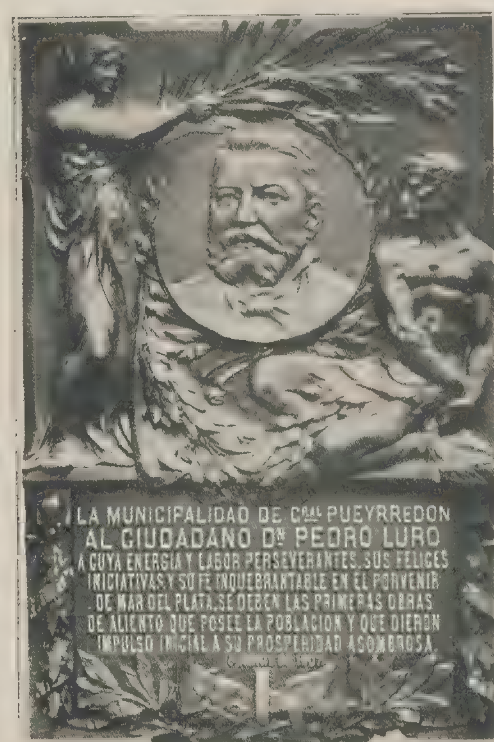
—No ronques de esa manera, Juancito: no estás en la oficina.

MAR DEL PLATA

HOMENAJE A DON PEDRO LURO



Señoritas de Arnig y señor Piñeiro.



La municipalidad de Mar del Plata, en 6 de abril de 1907 sancionó una ordenanza dando el nombre de Avenida y Plaza Pedro Luro a la más importante calle y plaza de Mar del Plata.

Sancionó además la colocación de una placa de bronce en la citada avenida que por un cambio de autoridades producido poco después e incuria de las sucesivas dejó de cumplir esa última parte de la ordenanza. La fotografía reproduce dicha placa, que, al fin, acaba de ser colocada.



El doctor Juan M. García Fernández, acompañado de su señora e hijos.



Señora, señorita y niño de Hope.



Señores Roberto y Marcos Luraschi.

Fot. Bonnin.

:: :: :: :: CACHEUTA :: :: :: ::



Señoritas de Stegman y Cano Hunter.



Señoritas de Pizzurno, Negri, Vana y Stegman.



Señorita Francisca Negri, la más risueña del balneario.



Señoritas doctora Sales, Vana, Bonfanti, Negri y Bravo.



Los esposos Patron Costas y la señorita de Stegman.



Las señoritas de Pizzurno, Vana y Stegman, y los señores Fillol y Pizzurno, compitiendo con nuestro corresponsal gráfico.

Fot. Arata.

ACTUALIDAD ITALIANA



El generalísimo italiano Díaz en su reciente visita a Londres, donde fué muy agasajado: se le obsequió con una espada de honor y recibió el título de ciudadano honorario. En la presente fotografía, tomada al salir de la estación Victoria, le acompaña el general Douglas Haig.



El humilde y patético espectáculo frecuente en toda la zona de la frontera italiana en el Día de los Muertos; la plegaria junto a la tumba del soldado caído.





Roma — y con ella todas las grandes ciudades italianas — ha conocido con motivo de las recientes elecciones, la exasperada lucha de carteles que no respetó monumento ni pared alguna y dió a la ciudad, durante algunos días, un aspecto carnavalesco.



"La Victoria", obra escultórica regalada por los oficiales del cuerpo de ingenieros navales a Rafael Rossetti, marino italiano que hundió al acorazado austriaco "Viribus Unitis".



Con los soldados italianos en Siberia. Fiesta organizada en Vladivostok por la misión militar italiana en septiembre último. Un número de la fiesta: soldados italanos vestidos con uniformes rojos, verdes y blancos, ejecutan grandes figuras de conjunto.

Zamacois en Buenos Aires



Eduardo Zamacois.

Este ilustre escritor y novelista español, acabado de llegar al país, nos dispensa su visita por segunda vez.

El principal objeto que le trae es dar varias conferencias, con proyecciones cinematográficas, en las cuales nos hará conocer la vida de los grandes literatos españoles. Además, exhibirá una interesante película titulada "El otro", cuyo asunto es el de su famosa novela del mismo nombre. Esta cinta ofrece la originalidad de que el protagonista ha sido interpretado por el mismo autor de la obra.

Deseamos al ilustre viajero tanto éxito en su empresa como grande es su reputación.

Psiquis perseguida



La psiquis que, en mala hora para la obra de arte y para el prestigio de nuestra cultura, regalara el ex intendente de Buenos Aires, doctor Llambías, a la municipalidad de Viedma, ha sido, después de lamentables controversias, bárbaramente deshecha a martillazos. — ¡Pobre estatua... y pobre Viedma!

La aviación al servicio de la moda



Dos costureras de una gran casa de modas de París, que se trasladaron en un aeroplano a Londres para probar vestidos a algunas clientes, y volvieron en el día a París.

"FRAY MOCHO" EN TUCUMÁN



Grupo de las nuevas maestras últimamente egresadas de la Escuela Pedagógica Sarmiento. Fot. Martín.

LA CRUZADA CONTRA EL COPETÍN



Seis veteranas de la primera asociación femenina fundada en los Estados Unidos, hace cuarenta y cinco años, para combatir el alcoholismo. Estas viejitas son los únicos miembros fundadores sobrevivientes. Se reunieron en Worcester para celebrar la ley que prohibe el consumo de bebidas alcohólicas.

También los Estados Unidos poseen tesoros artísticos.--El Museo Metropolitano de Nueva York

El Museo Metropolitano de Nueva York acaba de publicar una lista de los tesoros excepcionalmente valiosos por su belleza, su rareza o su antigüedad que posee el establecimiento. Son cerca de cincuenta y pueden competir con los ejemplares de los más famosos museos europeos. En el catálogo han sido marcados con dos estrellas. Figuran en la colección desde las más características reliquias de civilizaciones desaparecidas, hasta las obras de los clásicos modernos; el Renacimiento italiano está magníficamente representado.

El director del museo opinaba hace algún tiempo que el objeto más notable de la valiosa colección es un hermoso carro etrusco, todo de bronce, el único completo que existe en el mundo, hallado en la tumba de un héroe, que en remotos tiempos recorrió con él las calles de Roma primitiva. Rivaliza con él en valor la "Madona en el trono" por Rafael, que perteneció al millonario Pierpont Morgan. Es sabido que ya no es posible obtener ninguna otra obra de Rafael, todas las suyas están en los museos; en cambio, de otros grandes maestros, hay obras diseminadas en poder de particulares o de paradero desconocido.

La tumba egipcia de Perneb, con sus diversas cámaras de piedra, sus inscripciones y decoraciones, transportada íntegramente desde el país del Nilo y reconstituída en el museo, es lo más notable de la sección egipcia del museo. En ella se halla también la estatuita en cedro del rey Sesostris I, que aun conserva el admirable color rojo original, y los grandes altorrelieves murales del Templo de Ramsés I y su hijo Seto. Ultimamente ha recibido el Museo siete estatuas de granito negro de la diosa de la guerra Sekhmet, de cabeza de león, que por siglos permannecieron erigidas a la entrada del Templo de Karnak.

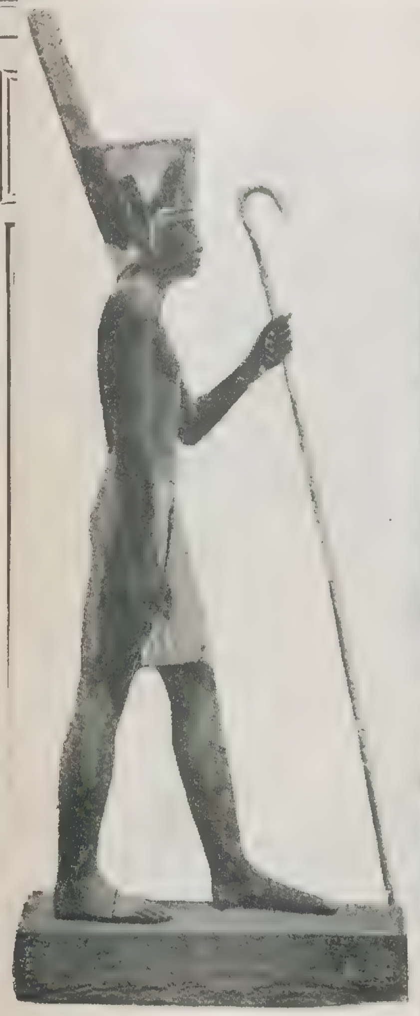
De la colección armaduras una sola pieza es excepcionalmente notable: el casco cincelado para el rey de Francia Francisco I por el famoso armero milanés Negroli.

El Museo posee raros ejemplares de tapicerías antiguas, entre ellas la famosa de Bruselas, del año 1500, ejecutada con diseños de Jan van Room.

Se destaca entre las reliquias artísticas de procedencia religiosa un Descenso a la Tumba que en el año 1495 erigió en su castillo el señor de Biron (Francia). Se trata de una obra monumental con figuras admirablemente talladas. Cuenta también el Museo con un retablo español, del siglo XV, esculpido en alabastro y procedente de un palacio arzobispal. En la misma galería hay un encantador Nacimiento, de terracota pintada.

La colección llamada de Altman, que el Museo posee cuenta trece cuadros de Rembrandt, otro de Memling, un retrato de Holbein. Luca Della Robbia está representado por una Virgen y el Niño, de terracota esmaltada. Donatello tiene también una Madre y Niño de terracota pintada.

Entre otros clásicos italianos figura el gran Bellini y Carpaccio. Los modernos aparecen con Manet, Renoir, Millet y Hubert Robert.



Estatuita egipcia del rey Sesostris.



"La mujer que se pule las uñas", una de las trece obras de Rembrandt que existen en el Museo.



Una cámara del templo hindú de Vadi Parasnath, de madera tallada.



Retrato de James Stuart, duque de Lenox, por Van Dyck.



"Madona y Niño", por Bellini.



Estatua de un niño, de tamaño natural, del período imperial romano.



Casco cincelado por Negroli, para el rey Francisco I, siglo XVI.



Escritorio que perteneció al rey Luis XVI.



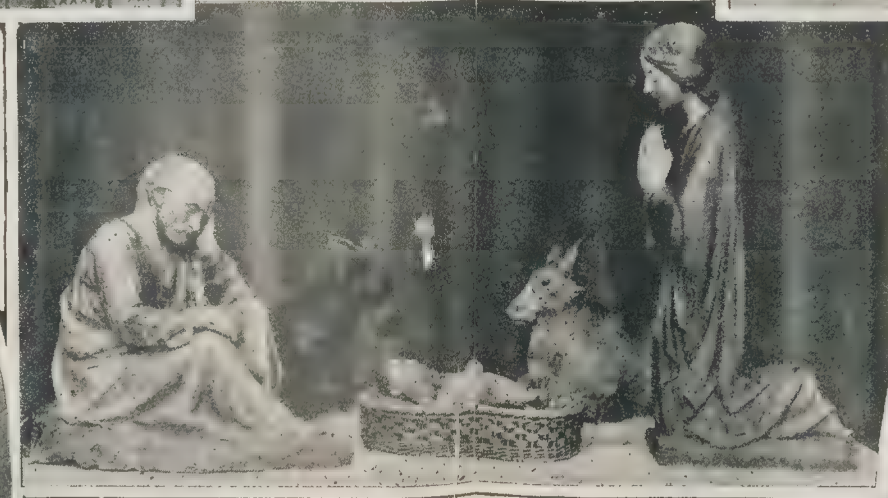
Una de las estatuas de granito de la diosa egipcia Sekhmet.



Panneau decorativo de Hubert Robert, hecho para el castillo de Bagatelle.



"Madona y Niño", de la colección de marfiles franceses del siglo XIII.



"Nacimiento", grupo de figuras sueltas, de terracota, del escultor florentino Rossellino.



Altorrelieve de templo egipcio, alrededor de 1300 años antes de Jesucristo; representa a Ramsés I y a su hijo Seto.



"Madona y Niño", obra maestra del escultor Della Robbia; terracota esmaltada.



"Margarita Wyat", retrato por Holbein.



"Angel de la Anunciación", terracota de tamaño natural, por Civitali.

VENECIA DESDE LA ALTURA



Una vista de Venecia tomada desde un aeroplano. Comprende parte de la isla de Giudecca, el canal de Giudecca y el principio del Gran Canal. Para los que conocen la ciudad, pueden servir como puntos de referencia, la Iglesia del Redentor que se ve en primer término, un poco a la izquierda y la Iglesia de Santa María della Salute, del otro lado del canal.

SIC TRANSIT GLORIA MUNDI...



La cabeza de la gigantesca estatua del Hindenburg de madera y clavos erigida en Berlín en los primeros tiempos de la guerra y demolida últimamente por orden del gobierno alemán.

LOS MUCHACHOS DEL "BYCLA" SE DIVIERTEN...



"La gran familia"... Un montón de chicas bonitas y chicos feos.



Un truco a bordo... (aunque parece que están rezando).



Uno de los grupos de gente risueña, haciendo lo posible para estar serios.



Cinco encantados de la vida, con el estandarte social.

Con todas las de ley, los alegres y confiados muchachos del "Bycla Club"—institución en algo parecida a las logias masónicas (?)—llevaron a cabo el 28 del pasado diciembre una amena e interesante fiesta fluvial, a bordo del vapor "Paraná Miní" que los paseó por cuanto canal e isla esconde el pintoresco Tigre.

Los muchachos comieron bien, bebieron mejor, cantaron regular y pasaron un día excelente y digno de pasar a la historia...

"Bycla Club", con todo lo raro de su título, está demostrando hasta dónde se puede llegar "en vapor" cuando hay entusiasmos y... "moneda" y esto último para el "Bycla" cuesta sólo pegar el grito.

FOOTBALL. — PARTIDO JUGADO EN FAUZON (F.C.C.G.B.A.)



Team del Club Atlético 9 de Julio, que resultó vencido en el partido disputado en la estancia "El Faisán", del señor J. Rodolfo Bernasconi.



Equipo del Club Faisán, vencedor en el encuentro y ganador de las doce medallas donadas por el señor Bernasconi.

DE LEZCANO (Departamento de San Cosme)



Concurrentes al baile popular organizado por la Escuela Nacional número 100, con motivo de la clausura de las clases.

DE TREINTA DE AGOSTO (F.C.O.)



Niños que tomaron parte en la velada infantil organizada por la señora de Peralta, directora de la Comisión de Fomento, en beneficio de esta institución.

Actrices neoyorquinas favoritas en la temporada actual



Doris Kenyon, en "La joven en la limousine".



Georgia Lee Hall, en "Una voz en la obscuridad".



Frances White, en la misma obra.



Alicia Joyce, en "La venganza de Durand".



María Goff, en "A las 9 y 45".



Billie Dore, en "Farra de media noche".



Peggy Underwood, en la misma obra.

SECCIÓN VERMOUTH

EN BERLIN

La tremenda carestía de substantias grasas para la alimentación, que sufrió últimamente Alemania, llegó a convertir, ante la opinión, en hijos favoritos de la fortuna, a los felices poseedores de la menor partícula de manteca. Se hacía ostentación de esa riqueza:

—¿El banco pide referencias de la situación de nuestra casa?—dijo un día el gerente de un importante establecimiento a su secretario—Muy bien. No vale la pena mencionar nuestro capital en giro: ponga en la carta una mancha de manteca.

UNA EQUIVOCACION

El hombre tomó el subterráneo en Flores. Gracias al admirable servicio de tranvías de Buenos Aires, paternalmente amparado por los inspectores municipales, había en cada coche el triple número de pasajeros del que podía contener. El hombre se vió apretado entre dos gentiles señoritas. Habían pasado dos o tres estaciones, cuando una de ellas le tomó afectuosamente de la mano izquierda. El hombre no hizo el menor movimiento, halagado por la dulce presión de la mano femenina. Pero su dicha duró poco. Al llegar al Once, la joven retiró vivamente la mano y toda confundida, explicó:

—¡Disculpe, señor!... ¡He equivocado su mano con otra!...

El hombre repuso muy cortesmente, tendiéndole la derecha:

—¡Oh! no importa, señorita: aquí tiene la otra...

UN MIEDOSO

—¿Yo, escribir una obra de teatro en colaboración con usted? ¡Jamás!

—¡Cobarde!

ESPERANZA DE ARTISTA

El actor era muy malo, pero para sacárselo de encima, el director de la compañía le prometió los papeles más importantes pero... poco a poco. Sin embargo, durante largas semanas su papel consistía en entrar una sola vez al escenario y decir dos o tres palabras insignificantes como las tradicionales:

—Señora condesa: la cena está servida.

Un día encontróse con un amigo y le refirió sus cuitas:

—Imagínate que me ha prometido el papel de Otelo y siempre me dice que todavía no estoy preparado, que tengo que esperar un poco más...

—Sí, sí...—le dijo el amigo—tienes que esperar que te vuelvas negro...

ESTADISTICA

—Como me ha nacido el séptimo hijo varón—dijo el vecino al comisario del pueblito—vengo a pedirle que me solicite el padrinazgo del Presidente.

El comisario hojeó un grueso volumen que acababa de recibir de Buenos Aires:

—¿Siete hijos? ¡No puede ser! Aquí tiene la estadística oficial: cada vecino del departamento tiene, exactamente, dos hijos y tres cuartos...

MAL SINTOMA

—¿Cómo está su marido, doña Jacinta?

—¡Ay, Dios mío! ¡Lo tenemos en el manicomio!

—¿Loco? ¡No me diga!

—Completamente loco. Imagínese que tiene casa y comida... ¡y quiere salir!

UN CONSEJO

—¿Qué le parece la voz de mi hija?

—¡Ah! podemos esperar toda una artista...

—Usted exagera...

...si la dedica al cinematógrafo.

EN EL TRANVIA

—Siéntese, señora. Aquí tiene mi asiento.

—No se moleste. Estoy bien.

—Sí, pero estando sentada me va a pesar menos en el pie.

MEDICO PRINCIPIANTE

—Ya sé que tu hijo mayor se ha recibido de médico. ¿Qué tal le va?

—Ya se ha instalado. Ha empezado por poner dos salas de espera.

—¿Dos salas de espera? ¿Tiene tanta clientela?

—Dos salas y una de ellas, por lo menos, está siempre ocupada. En una los enfermos le esperan, y en la otra él espera a los enfermos.

EL OTRO SEXO

Cuando el marido, con voz trémula, le susurró al oído que su amiga Ester acababa de venir a preguntar por su estado, la moribunda entreabrió los ojos y preguntó:

—¿Con sombrero de moño o de plumas?...

ENTRE MENDIGOS

—¿Cuánto ganas por día? preguntó un mendigo a un colega de profesión.

—Dos pesos.

—¿Dos pesos? ¡Es un escándalo! yo no trabajaría por menos de diez pesos si tuviera la suerte de ser tan inválido como tú.

ESCENA CONYUGAL

—¡Vuelves a tu casa a las dos de la mañana!

—¿Y qué quieres que haga, si ya están cerrados todos los cafés?

EGOISMO

—¿Tú por aquí?

—Sí, amigo; me casé hace diez días y he venido a Buenos Aires a pasar la luna de miel.

—¿Y tu esposa?

—¡Ah! ¿mi esposa?: la dejé en Bahía Blanca.

LOGICA COMERCIAL

—Yo—decía el sastre—jamás voy a ver para que me pague, a una persona decente.

—¿Y si esa persona no viene a pagarle?

—Si al cabo de cierto tiempo no me ha pagado, no la considero persona decente, y voy a cobrarle.

UN NUEVO FACTOR EN LA LUCHA

La clase media procede a sindicalizarse

Un despacho de la Prensa Asociada, informó que "los miembros de la numerosa clase media de Inglaterra han decidido organizarse de manera efectiva, para defenderse tanto de las agresiones del capitalismo como de la clase media."

En un manifiesto que tengo a la vista declaran sus organizadores o "leaders" de dicha clase, que sólo la unión puede hacer que sus miembros escapen a la injusta desproporción que están soportando en la larga vida moderna.

Y más adelante dice el documento: "El pueblo inglés educado y que percibe sueldos moderados, hace tiempo que viene considerando que su clase está siendo, por decirlo así, triturada en el molino social. Los especuladores han aumentado sus ganancias durante el tiempo de la guerra y los salarios de los trabajadores han aumentado; pero la situación del profesional, del negociante en pequeño, del empleado de inferior categoría y del maestro de escuela, no se ha modificado.

"La clase media se siente disgustada porque no parece sino que a ella le toca solamente enfrentarse al aumento del costo de la vida y al de las contribuciones, sin que sus entradas aumenten en lo más mínimo."

Luego expone a guisa de programa o "plataforma", como se dice ahora, sus aspiraciones o propósitos, que son:

Proteger la clase media contra la tiranía burocrática y proletaria.

Arreglarse de manera de proteger en común los intereses de los miembros de la comunidad que no tengan organización, a fin de extenderla por todo el reino.

Una próxima asamblea decidirá si la Federación de la clase media queda o no constituida en partido político.

La nueva organización ha encontrado favorable acogida por muchos miembros del Parlamento, especialmente Lloyd George, el mayor Pretyman, Newman y otros. Claro está que las miras interesadas de éstos son las de que el nuevo partido sirva de cuna en el bloque proletario y promueva la escisión.

Y de este modo establecer el equilibrio en este "continuismo" abrumador, nulificando así los enormes sacrificios de vidas hechas por el triunfo de un ideal de justicia, por la formación de un mundo mejor.

La clase media es la más infortunada, por cuanto se encuentra oprimida, menospreciada por los de "arriba" y odiada por los de "abajo".

Su origen es que los nobles consideraban labor de villanos las artes, los oficios mecánicos y el comercio. La carrera de las armas y los torneos eran la única ocupación. El plebeyo listo aprovechó las enormes ventajas del ancho campo que le ofrecía el hidalgo y fué elaborando su fortuna.

Los nobles entrampados recurrían a él, dejándole un fuerte interés que apremiaba el prestamista con los días en progresión geométrica.

El pechero enriquecido constituyó su clase fuera del radio del aristocratismo y del plebeyismo, manteniéndose en un término medio, entrando a formar parte las hijos de los segundones, desposeídos del derecho a la heredad y de los privilegios, que los mayorazgos por virtud de seculares leyes de los reinos.

La clase media constituida en núcleo importante, comenzó a tomar parte activa en los asuntos del Estado, llegando a ser acatadas sus decisiones. Y se formó la "Mesocracia". Transcurrieron los años. El Renacimiento nos trajo entre otras novedades la destrucción del feudalismo. El villano enriquecido adquirió por su oro un papel preponderante en la vida del Estado hasta hacerse dominante, decisivo, y disponer de los destinos de la nación. Y nació la "Plutocracia", o sea el gobierno "del rico, por el rico y para el rico", que la farsa política llama "del pueblo, por el pueblo y para el pueblo".

Si estudiamos de cerca la clase media, veremos que su vida es la más azarosa; vida de silenciosos infortunios; de ocultos dolores disimulados por los cortinajes de aparentes bienestares. Es la víctima de tirios y troyanos.

LOS NUEVOS INTÉRPRETES



(Algunos príncipes alemanes trabajan en empresas cinematográficas para ganarse la vida. Los diarios.)

El empresario.—¡A ver, majestad, si le enseña al primer actor algunos modales de príncipe!

Los "mediatistas" nada piden, nunca protestan. Resisten con estoicismo la opresión de dos fuerzas en lucha.

Refractarios al traqueteo y turbulencias de la plebe, de la cual viven divorciada, no saben gritar.

Una vez se vieron confundidos plebeyos y "mediatistas" en el torbellino de odios con la aristocracia. Fué en 1793.

Parecía que un poder igualatario se iba a establecer en el mundo para felicidad del género humano. Pero el elemento capitalista que ya constituía un factor importante, se impuso y saltó el gobierno. La diosa Razón creada por el exaltado paganismo político de la plebe, rodó al fango envuelta en la inmundicia de los primeros termidorianos.

El zapatero Simón, el último revolucionario, el ayo cruel del Delfín, pagó con la cabeza su salvaje devoción a la República y su loco amor a la Razón. ¡Terrible paradoja! Durante un corto período de lucocitosis demagógica se entregaron a la tarea de recíproco exterminio, degenerando sus delirios de muerte en autofagia.

La vida volvió a su cauce de serenidad y de normalidad.

La clase media sólo aspiró al sufrimiento del quietismo en un plano incómodo indeterminado que podríamos llamar "intersocial", dispuesta a sostener cierto matiz seudo-aristocrático, sin omitir sacrificios y privaciones para poder mostrar en las exteriorizaciones de la vida cierta apariencia de satisfacción y bienestar; privaciones que solamente se revelan en la macilencia de los rostros, en los famélicos semblantes que contrasta ridículamente con el lujo desplegado en la indumentaria.

Tanto llegó a alarmar a los gobiernos civilizados el desmedro físico, las intimidades dolorosas de esa clase en sus luchas por mantener un lujo superior a sus medios de vida, que los sociólogos revelaron en lívidos tonos las miserias ocultas en las sedas y los perfumes. Y en 1903 quedó constituído en Bruselas el piadoso "Instituto Internacional para el estudio del problema de la clase media".

Difícilmente podrían descubrirse los medios puestos en práctica para solucionar sus problemas económicos.

Familia de cinco miembros en la que solamente el jefe obtiene una entrada por su empleo, de ochenta dólares, paga cincuenta de casa, sostiene un tren doméstico de rentista opulento, y satisface todas las exigencias de la moda.

Situación creada a costa de grandes privaciones, de prolongados ayunos, de hambres con sus insomnios que se ocultan en el silenciario de la alcoba en espera de un acto de expansión social para acallar los gritos ventrales.

Cierta noche se celebraba la fiesta inaugural del edificio del Teléfono. La esplendidez de sus dueños se manifestó en un derroche de comidas y bebidas, que recordaba las banquetes de Trimalción descritos por Petronio.

Me situé en un ángulo del salón para gozar a solas de aquel mariposeo que se agitaba con la alegría del vivir, en un río tumultuoso de juventud.

De pronto se posó mi atención en dos señoritas elegantemente vestidas que se "adhirieron" a la mesa con la tenacidad de galápagos y comenzaron a engullir. Mi curiosidad hizo que les llevara la cuenta de las unidades "atracables", habiendo devorado una quince emparedados y la otra diez y siete. Al terminar, la mayor se volvió de frente dirigiéndome una mirada lánguida acompañada de un gracioso mohín, que pareció decirme: No haga Vd. comentarios de nuestro apetito histórico. Somos el producto de un absurdo social, actores en el papel más trágico de la comedia humana.

Luis DALTA

Embriagaos

Es necesario embriagarse siempre.

En ello consiste todo; es el único problema. Para no sentir el horrible peso del Tiempo, que quiebra vuestras espaldas y os inclina hacia la tierra, es necesario enbriagarse sin cesar.

Pero, ¿de qué? De vino, de poesía o de virtud, a vuestra guisa. Pero embriagaos.

Y si alguna vez, sobre la escalinata de un palacio, sobre la hierba verde de un foso, en la soledad triste de vuestro cuarto, os despertáis, la embriaguez amortiguada o desaparecida, preguntad al viento, a la ola, a la estrella, al pájaro, al reloj, a todo lo que huye, a todo lo que gime, a todo lo que rueda, a todo lo que canta, a todo lo que habla, preguntadle qué hora es; y el viento, la ola, la estrella, el pájaro, el reloj, os responderán: "¡Es la hora de embriagarse! Para no ser esclavos martirizados del Tiempo, embriagaos; embriagaos sin cesar! De vino, de poesía o de virtdud, a vuestra guisa".

Carlos BAUDELAIRE

Bibliografía

Nieve'', tomo de poesías por Margarita Abella Caprile.

Crónicas de viaje, por José Ingenieros. Sexta edición.

El caso de Costa Rica, por Lincoln G. Valentine.

Mi cuaderno, poesías por Alberto Viullermet.

Cosechas y rastrojos, por Hugo Mintello.

Esfinge. Tercera época. Número 58. Tegucigalpa.

El sindicalismo, por Robert Hunter. Traducción por Augusto Bunge. Publicación de "Acción Socialista".

Paulino y Suetonio, por M. Vincenzi.

La Novela Semanal. Año III. Números 106, 107, 108, 109 y 110.

La visión optimista, por Vicente A. Salaverri. Publicación de "Ediciones Selectas América".

Parvas chicas, poesías por Atilio Supparo.

La Novela del Día. Año II. Números 50 y 51.

Psicología de los acaparadores, por Juan A. Mendoza Zelis. Publicación de "Tribuna Liberal Unión y Libertad".

La Novela Elegante. Año I. Número 3.

Tribuna Libre. Año II. Números 58 y 59.

Nacha Regules, por Manuel Gálvez.

La Novela Cordobesa. Año I, números 10 y 11.

FEMINISMO

Un pedido de matrimonio dentro de veinte años

Ernestina había llegado a ese decisivo momento en la vida de una joven en que debe pedir la mano del hombre que ama. La señora Gaswell, madre del joven, la examinó detenidamente, desde la cabeza a los pies, sin quitarse el cigarro de la boca. En un rincón su esposo, el señor Gaswell, se detuvo un instante en su tarea de tejer medias, y aguardó, con el corazón anhelante, la respuesta de su esposa:

—Bien,—dijo lentamente la cabeza de la familia—ha hablado Ernestina, como corresponde a una joven. Pero, como usted comprende, no puedo confiarle así no más la felicidad de mi hijo. ¿Está usted en condiciones de asegurar el porvenir de mi hijo y de defenderlo contra las asechanzas del mundo cruel? ¿Qué garantías me ofrece de poder sostener el hogar?

Ernestina se ruborizó lentamente:

—En la actualidad gano alrededor de tres mil dólares por año; pero la señora Bellows, socia principal del establecimiento me ha prometido habilitarme para el año próximo. Deseo hacerle notar que al casarme con Juan no pienso en ninguna manera en lo que la madre pueda hacer por él; no he pensado más que en la persona del joven.

La señora Gaswell le dirigió una mirada aprobatoria.

—Una pregunta más y quedaré satisfecha, Ernestina. Oye—dijo, dirigiéndose a su esposo—¿crees que puedes quedarte aquí?

—Yo... yo...—tartamudeó el señor Gaswell, pero sin levantarse de su asiento.

—Bien, quédate, — dijo su esposa, concediéndole de mala gana permiso para quedarse en la habitación, y agregó:—no soy como otras que creen que hay ciertas cosas que el hombre debe ignorar. Dígame, Ernestina, ¿cuál ha sido su pasado?

Ernestina contestó como corresponde a una mujer:

—He hecho la vida que hacen las demás personas de mi sexo, señora Gaswell, despreocupada, aficionada a las diversiones de la juventud, y aunque hay ciertas cosas que prefiero olvidar, creo poder afirmar que nada me impide casarme con su hijo, por lo menos, desde el punto de vista de las ideas corrientes.

—Me ha dado usted la contestación que corresponde, Ernestina. Los hombres y las mujeres no pueden ser dirigidos por los mismos principios morales. Oye—dijo volviéndose a su esposo—haz venir a Juan.

El señor Gaswell se dirigió apresuradamente a la puerta y la abrió:

—¡Juan!

Un momento después, un joven de diez y nueve primaveras, vestido con sencillez pero con delicado gusto, apareció en el umbral. Tímidamente, alzó la mirada, primero a su madre, y después a su novia:

—¡Mamá!

Y se arrojó a sus brazos, sollozando:

—¡Tómelo! ¡Le confío su felicidad!—exclamó la señora empujando al joven ruboroso y emocionado, hasta los brazos de Ernestina que sonreía protectora y confiada.

En su rincón, el señor Gaswell, dejaba caer lágrimas silenciosas sobre sus agujas de tejer.

W. W. W.

La porcelana china

Los primeros ensayos de fabricación de porcelana en Europa tuvieron lugar en Sajonia, año 1706. La introducción de la porcelana china en el continente europeo, por los portugueses, no data más que de 1518. La China, sin embargo, poseía desde muchos siglos antes el secreto de la fabricación de este producto tan útil y tan lujoso a la vez, y por lo mismo tan justamente apreciado en todas partes; pero, dada la antigüedad de la civilización china, el origen de este género de alfarería es menos antiguo de lo que podría creerse. Es digno de notarse que antes de penetrar en Europa los productos de esta industria, llegaron a Africa, a Egipto. Rosellini encontró un pequeño vaso de porcelana china en una tumba egipcia de época poco posterior al siglo XVIII a. de C., y poco después, en otra tumba se hallaron tres diminutas botellas de porcelana, también con caracteres chinos. Estos hallazgos despertaron en el mundo de los arqueólogos la mayor admiración, no sólo por la antigüedad que a tales objetos había que conceder, sino más aún, por por lo extraordinario de su introducción en el Egipto de los Faraones.

De un gran número de documentos que para el caso han sido consultados, resulta que desde el año 2255 hasta la dinastía de los Han (202 a. de C.), los chinos solamente conocían las vasijas de barro cocido. La invención de la porcelana debió tener lugar allá entre el año 185 a. de C. y el 87 de nuestra Era. En la época de los Tsin (265-419) no se cita todavía ningún obrero distinguido, pero se sabe que entonces se producía ya una porcelana azul, que era muy estimada. A partir del siglo VII, la tradición ha conservado los nombres de los fabricantes más notables. En 621 floreció uno llamado Hothong-tsú, "cuyas porcelanas de fondo blanco brillaban como el jade"; en la época de los Song (960--126), se cita a Chuong y a su hija Chukiau, llamada también la bella Chu, y a fines del siglo XVI un fabricante llamado Tchen-tan-tsinen logró adquirir gran fama en la imitación de los estilos más antiguos, pagándose estas imitaciones hasta a mil onzas de plata (unas 7.500 francos).

De la misma época son las vasijas con peces pintados por un procedimiento ya perdido, de modo que no era posible verlos sino cuando el vaso se llenaba de agua.

La porcelana china está hecha con dos elementos, uno fusible, que le da su transparencia, y otro infusible, que permite soportar las elevadas temperaturas necesarias para transformar en vidrio el elemento fusible.

El primero es el llamado "kaolín", el segundo es una roca feldespática o silícea, cuya pasta se vende bajo el nombre de "pe-tun-tsé".

En cuanto al procedimiento de fabricación es casi el mismo que en las fábricas europeas, a excepción de que los chinos no efectúan la operación del colado, sin la cual no se han podido reproducir en Europa las grandes vasijas ni esos servicios de té, tenues y transparentes, que los chinos llaman "de cascarón de huevo". En cambio, los japoneses han conseguido aventajar a los chinos en esta industria bajo un aspecto de no poca importancia: el esmaltado por inmersión en un baño de agua teniendo en suspensión pegmatites finamente pulverizada.

Hoy se hacen en Europa porcelanas tan notables como las del que fué Celeste Imperio. Sin embargo, hay que reconocer que la reproducción de esa porcelana verde azulada que los inteligentes llaman "celadón", la de los tonos rojos y azules combinados en forma de llamas y la imitación de las grietas que tanta originalidad comunican a ciertas piezas de porcelana asiática, son todavía misterios impenetrables para la industria europea.

Y en estos misterios reside precisamente el valor que todavía tienen en el mercado las porcelanas de la China.

LOS PATRONES



—Nuestra Asociación Protectora del Trabajo ha resuelto fijar el salario de cincuenta centavos por hora de trabajo. ¿Cuántas horas ha empleado para hacer este soneto?
—Treinta minutos, señor.
—Bien; tome estos níqueles, y le pago doble tarifa.

Jack Wilson, quien se decía ser el hombre de mayor peso en América, ha muerto recientemente en Nueva York. Pesaba 650 libras; pero su peso era insignificante si lo comparamos con el gordo campeón inglés, quien murió pocos días antes que aquél, y pesaba más de 1100 libras.

¿OTOÑO?



Más vale tarde que nunca

(De la galería del señor Rodolfo Peracca).

La profecía del abate

por Benigno VARELA

I.

Era popularísimo en Reims el abate Adrián Moreau. Hombre de progenie aristocrática, su exaltada religiosidad le convirtió en paladín ardoroso de los humildes. Se complacía en recorrer las barriadas pobres para sembrar consuelos y limosnas. Y allí, en el púlpito de la maravillosa catedral, el abate Adrián Moreau era el apóstol que a los oyentes arrebataba con una elocuencia sublime defensora de la doctrina de Cristo.

No sólo lucía en la cátedra sagrada el apasionamiento cristiano del abate Adrián Moreau. También se destacaba en las columnas del periódico "La Patria", órgano que nació para combatir sañudamente los radicalismos de Combes. Varias veces quisieron castigar los radicales al sacerdote. No lo lograron. Era tan bueno el abate y le adoraban tan ciegamente los feligreses, que todo Reims apresuróse a defender a su apóstol cuando los combistas intentaron hacerle callar. Y lo que respondía el abate cuando alguno exclamaba:

—¡Es odioso Combes!

—No, hijito; no. A nadie se debe odiar. Compadezcamos únicamente a quienes, faltos de fe, originan la ruina de nuestra Patria.

II.

Encontráronse en el atrio de la catedral.

—Buenos días, padre Adrián.

—Mejores los dé Dios a Francia en lo sucesivo, señor Argillois.

—Ya nos declaró la guerra el Kaiser, el amigo de usted.

—¿Amigo el Kaiser? No, señor Argillois. No puede ser amigo mío el adversario de mi país.

—Pero ¿y el artículo que publicó usted ayer en "La Patria"? ¡No decía usted allí que Dios acaso quiere castigar a Francia por sus pasados errores? ¿No elogiaba usted en su artículo al Kaiser, por invocar éste el nombre de Dios para el triunfo?

—Lo que yo quise recordar con mi artículo es que aquí, en Francia, dominaron los desposeídos de fe, los que jamás creyeron en Dios.

—Raimundo Poincaré...

—Sí, Poincaré tiene alma nobilísima, es buen cristiano; tal vez a estas horas invoque con más fervor que el Kaiser el auxilio de Dios. Pero ¿acaso Poincaré puede anular hoy lo hecho por sus antecesores? Yo lloro porque presiento la derrota nuestra. Los alemanes triunfarán. En sus himnos siempre se destaca el nombre de Dios.

Que El salve a Francia en estos momentos angustiosos, padre Adrián.

—Yo así se lo pido en mis constantes oraciones, señor Argillois.

III.

Amanecía con una claridad tristona. Los germanos hallábanse a pocos kilómetros de Reims. Las inquietudes se habían apoderado de todos los espíritus. En aquellos instantes de tribulación, los empavorecidos habían buscado refugio en la catedral. Allí, en la mansión de Dios, creíanse más al abrigo de las amenazas que hicieron llegar hasta la capital los sitiadores. Caso de no rendirse Reims, comenzaría el bombardeo. Las mujeruças, humilladas en los confesionarios, pretendían encontrar fortaleza en las consoladoras palabras sacerdotales. El abate Adrián trataba de infundir valor a una pobre mujer que gemía:

—Tengo miedo, mucho miedo, padre Adrián. Estoy sola. Mi marido se halla en el ejército, fuera de Reims. Si los alemanes, con el bombardeo, destruyen mi pobre vivienda, ¿dónde busco amparo?

—Aquí, hija mía. Los alemanes respetarán este refugio.

De pronto estremeciéronse cuantos rezaban en la catedral. Vibraron lejanos unos estampidos. Se oyó una exclamación de angustia:

—¡El bombardeo, el bombardeo!

Las plegarias uniéronse a gritos y llantos. Las detonaciones aumentaban. Era un ruido terrible, cada vez más cercano. Por las bóvedas de la catedral repercutía el eco de los cañones. Penetraban en los claustros atropelladamente los vecinos de Reims, huyendo de la metralla. La voz del abate Adrián sonó en el púlpito para encalmar a los desolados:

—Recemos. Y tranquilizaos. Los alemanes respetarán este recinto. Pidamos a Dios que salve a Francia: "Padre nuestro, que estás en los cielos..."

Comenzó el murmullo implorador coreado por el tronar del bombardeo. Y fué un grito espantoso lo que siguió a dos cañonazos horriblemente retumbadores.

—¡Bombardean la catedral!

El abate Adrián, desde el púlpito, trató de hacerse oir. Imposible.

Abalanzóse la gente hacia las puertas. Cayeron infelices viejecitas, empujadas por quienes locamente huían sin saber a dónde.

Nadie oyó al abate Adrián, que clamaba desde el púlpito:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Y para esto te invoca el Kaiser en sus proclamas?

Se oyó el chillar de la gente, ya en la calle. Quedó tan solo el abate Adrián en el púlpito, de rodillas, mirando a la imagen divina que se alzaba en el altar mayor. Por uno de los ventanales penetró un proyectil. Después del estampido aterrador, el claustro llenóse de irrespirable humareda. Descendió del púlpito el abate.

Fué hacia la puertecilla conducente a la torre del campanario. Subió los escalones corriendo. Quería presenciar el atentado cometido por los germanos contra el arte y la cristiandad.

Llegó al templete de la torre. Brillaba ya el sol, un sol empalidecido por las nubes de pólvora. El abate se apoyó en la balaustrada. Estallaban los proyectiles, destrozando las bellezas arquitectónicas de la catedral. El puño del abate se alzó amenazador. Y las palabras salieron estentóreas, como si pretendiesen llegar hasta los sitiadores:

—¡Mentís cuando invocáis a Dios! ¡Pero Dios habrá de castigaros con la derrota!

Sobre la cabeza del abate pasó algo zumbador, que fué a estrellarse contra el paredón del templete. La metralla tumbó al representante de Cristo, que al despedirse del vivir lanzó al aire la profecía:

—¡Seréis vencidos! ¡Pero, como Dios habrá de perdonaros, también os perdono yo!

Colaboración espontánea

Confidencias

Para FRAY MOCHO.

Amiga, yo quisiera sentirme muy cansado,
llegar como un viajero que viene fatigado
en busca de reposo, de calma y de bondad,
para posar mi frente sobre tus manos santas
y dormir como un niño que se tendió a tus plantas
cautivo en la ternura de un cuento de piedad.

Enfermo por la duda de un algo irrealizable,
quisiera estar contigo. Oir tu voz amable
reconfortando el ansia suprema de vivir.
O bien en la tortura de una ilusión perdida,
beber sobre tus labios el néctar de la vida;
saciar la sed de mi alma cansada de sufrir.

Partir por mucho tiempo a una región lejana.
Allí vivir ausente la soledad tirana
y en horas de nostalgia mentirle al corazón,
para volver entonces y adormecer tranquila
en el azul celeste de tu gentil pupila
una mirada mía como una adoración...

Eduardo Jorge RICHAUDEAU

Cantos de pesimismo

I

La dicha nó existe, es sólo un engaño;
Mentira es el mundo, mentira el vivir;
La dicha es la sombra de un astro que pasa;
Verdad sólo hay una, y ésta: Dolor.

Venimos al mundo, traemos un alma
Muy bella, muy pura, pues viene del "not";
Es tela pristina, es límpido vaso
Que el soplo del mundo se goza en manchar.

La luz nos recibe, y aun antes de amarla,
Los ojos ingenuos ya saben llorar...
¡Llorar!... El legado que traen las almas...
Dolor es la vida y es bueno llorar.

Viviendo, las almas de tela pristina
Se colman de manchas de horrible color,
El vaso se llena de lágrimas caldas,
El llanto se acaba... y aun queda Dolor!

II

¡Bendita mil veces la muerte! Es mi anhelo.
La muerte consagra la cruel negación;
No hay dicha, no hay alma, no hay pena, no hay [nada,
La muerte nos lleva derecho al "no ser."

¡Bendita mil veces la frígida muerte!
La muerte es la eterna, postrer redención;
Se nace a la nada, a la plena inconsciencia;
No hay risas, no hay dichas, no hay mal ni dolor!

Cecilia MOGUILIANSKY PATTIS

Desde la playa

Bañábase la hermosa, tranquila y descuidada,
Por la onda acariciante dejándose besar,
Sumida en su ensueño, perdida la mirada
En el azul inmenso de la dormida mar.

Las olas que rodando tocaban en la playa,
Volvían presurosas, prendadas de su ser,
Y la azulada linfa, como flexible saya,
Su cuerpo prodigioso trataba de envolver.

Yo, que negué a la magia su frívola existencia,
Y nunca en algún mito, ni por asomo creí,
Al verla, deslumbrado por su magnificencia,
Me pareció formada de náyade y de hurí.

De nuevo por las tardes me lleva allí el deseo
De su divina imagen volver a contemplar,
A veces juraría que aproximar la veo
En los flotantes tronos de espuma de la mar.

Y cuando alguna estrella, coqueta se retrata
Allá en el fondo oscuro del agua, al rutilar,
Paréceme que es ella que su esplendor desata
Y el imponente abismo me atrae sin cesar.

LOS DRAMITAS FEMENINOS



Vale más sentirse sola que quedar sola.

En vano lucho, en vano de prisa me retiro,
La llama de esta idea tratando repeler...
Si a donde voy me sigue, si por doquier la miro,
Si por doquier me acosan sus ojos de mujer.

Teófilo C. CHIESA

A mi perjura

¡Oublier!, ¡Oublier est le secret de la vie!

Lamartine.

¡Olvidar, sí, olvidar!... ¡Oh, quién me diera
el espíritu enfermo del Olvido!,
y hacer que nunca tu recuerdo hiera
mi pobre corazón, que te ha querido...

¡Quién supiera olvidar! ¡Oh, quién supiera
borrar de mis internos lo que ha sido!,
y revivirme en la edad primera
que en el fondo de mi alma se ha dormido...

¡Oh, cuán feliz a mi existencia hiciera
la completa inconsciencia del Olvido!
¡Si pudiera olvidar, si yo pudiera
desarraigar de mi entraña lo que es ido...!

¡Oh, cuán feliz, si en esta tarde buena,
el Divino Hacedor—que todo alienta—
por compasión, a mi tremenda pena

diera fín, y al fantasma que me vence,
ordenando a la entraña que no sienta
y obligando al cerebro que no piense!

Isidoro ALVAREZ

Cantares

Como guarda, cuidadoso,
el avaro su tesoro,
conservo yo tu cariño
de más quilates que el oro.

En la guerra me encontraba
cuando supe tu traición;
la noticia fué una bala
que me dió en el corazón.

Rosa es el nombre que tienes
y vives con tu madrina;
contigo yo me casara,
pero... le temo a la espina.

Subir tan alto quisiste
para elegir a tu gueto,
que viniste a apechugar
con un cochero de punto.

¿Para qué quiero la suerte
los placeres y el dinero,
si no puedo poseerte
con tanto como te quiero?

Ese oyito de tu barba
es mi dicha y mi embeleso
y el estuche donde guardo
mis suspiros y mis besos.

El amor de madre es santo,
y yo te juro por él
que para mi tu cariño
es tan santo como aquél.

José LOPEZ

¡Madre!...

Yo tengo en mi cuerpo dolores inmensos,
estoy muy enfermo, sin fe ni esperanza,
mi mente abatida parece que encierra
gigantes atletas que luchan y matan...
Tú, madre, que sabes calmar los dolores,
que tienes de buena, que tienes de santa;
¿por qué no me dices qué son esos males
que locos y rientes mi cuerpo desgarran;
por qué no me dices que son esas horas
que no pasan nunca, que son muy amargas?...
¿Por qué tanto acosan, los males, mi cuerpo,
por qué las saetas no vienen y matan
si saben que espero la muerte, tranquilo,
sin miedo a sus fauces, sin miedo a sus garras?...
¿Por qué tanto sufro, por qué tanto lloro
que sigue atrofiando, que nunca se sacia?...
¡Oh, madre, yo tengo dolores internos
que hieren mis carnes, que nunca se calman!...

José Juan BIANCHI.

EL FUNICULAR

por Max y Alex FISCHER

El funicular que debía llevarnos hasta la cumbre del Grosshorn, cerca de Berna, se elevaba desde hacía diez minutos. Nuestra mirada se posó, por casualidad, en el conductor.

—¿Dónde diablos,—murmuramos—dónde diablos hemos visto esa facha?

No tardamos en llegar a una conclusión:

—¡Eureka! Ese buen hombre se parece de un modo notable a Pablo Machin, ese grandote de Pablo Machin, que estudiaba con nosotros retórica en el liceo Condorcet.

Sin duda, pronunciamos el nombre de Pablo Machin en voz casi alta. El conductor del funicular se dió vuelta:

—Sí, amigos, soy yo. No me atrevía a tenderles la mano; pero los había reconocido inmediatamente...

La sorpresa que nos causaba este encuentro era, indudablemente, viva. No tardamos en experimentar otra sorpresa no menos viva. En efecto, pronto divisamos otra vagoneta que venía en dirección contraria a la de la nuestra. En el primer compartimento de esa vagoneta había un conductor, un conductor cuya facha habíamos visto también en alguna parte.

—¡Palabra de honor! exclamamos, si la cosa no pareciera tan inverosímil, juraríamos que ese conductor es Eduardo Chose, el chico Eduardo Chose, que fué también condiscípulo nuestro en el liceo.

Pablo Machin se volvió hacia nosotros:

—Perfectamente, amigos; no se equivocan: es Eduardo Chose, ese inservible, ese haragán, ese pillo de Eduardo Chose...

Pablo Machin sacó de una lujosa cigarrera un soberbio habano y lo encendió.

Y mientras la vagoneta continuaba subiendo, nos refirió la historia que sigue:

—Después de la salida del liceo, cuando todos los compañeros nos habíamos casi perdido de vista, Eduardo Chose y yo continuamos manteniendo relaciones amistosas. Hasta puedo decir que nos hicimos inseparables... E inseparables seríamos todavía, si ese animal no hubiese tenido la estúpida idea de casarse... Y sobre todo, si no hubiese tenido la inepta inspiración de casarse con Emilia. ¿Emilia? La criatura más exquisita que se pueda imaginar. Cabellos rubios... ¡y qué rubios! Ojos azules... ¡y qué azules! Labios rojos... ¡y qué rojos! Dientes blancos.... Lo que se dice linda.

Sucedió lo que debía suceder. Se casó. Se casó con una mujer bonita. Yo era su mejor amigo... Permítanme que no insista.

Un día, hace dos años y medio, ese imbécil, ese bruto, ese... Eduardo Chose, entró, armado de un puñal, en la habitación donde yo me hallaba haciendo compañía a su mujer.

—¡Infame, —gritó—infame, infame, infame, aquí dejarás la vida!

Yo no tenía inconveniente en que me llamase infame mayor número de veces, pero lo de la vida me pareció motivo de una objeción seria.

Sin vacilar, me precipité por la escalera. Bajé los escalones de cuatro en cuatro y salté a un coche que pasaba.

El coche corría desde hacía tres minutos cuando se me ocurrió darme vuelta. ¿Qué vi? ¡A mi Eduardo! ¡A mi Eduardo y su puñal! Uno iba con el otro y se habían metido en un coche, en mi persecución. En eso llegábamos a la Estación de San Lázaro.

Tuve una inspiración. Crucé la plazoleta como un loco y me deslicé hasta los andenes... Un tren salía en ese momento... Horas después me hallaba en el Havre.

—¡Uff!—me dije—por fin vas a poder respirar un poco. ¿Respirar? Acababa apenas de pronunciar esas palabras cuando al darme vuelta por casualidad, ¿qué veo?

—A tu Eduardo y su puñal, uno en compañía del otro.

—Perfectamente, amigos míos. Había que adoptar una resolución sin perder un segundo. Un barco levantaba el ancla. De un salto me metí en el barco. ¡Y viento en popa, para América! Al cuarto de hora después de haber desembarcado en Nueva York y apenas había exclamado "¡Uff, me parece, pobre viejo, que esta vez estás en salvo de veras!", cuando al final de la Quinta Avenida, ¿qué es lo que veo?

—Tu Eduardo y su puñal, uno en compañía del otro.

—Los mismos. Durante veinte meses, sépanlo bien, divisé, sucesivamente, a mi Eduardo y a mi Eduardo y su puñal, diez minutos después de mi llegada a San Francisco, a Tokio, a Saigon, a Bombay, a Australia, a Cabo Verde, a la Isla de Ceilán, a Groenlandia, y en otros veinte puntos del diminuto globo terráqueo en el que se ven obligados a cohabitar los enamorados y los maridos celosos.

Empecé a hallar soberanamente odiosa la existencia vagabunda a que me veía condenado. Empecé a hallar imperialmente horripilante esta idea que sin cesar agitaba mi espíritu: "Con tal que mi tren o mi barco no tenga la ocurrencia de regalarse un rato de retardo. No hay duda de que Eduardo y su puñal vienen en el tren o en el barco siguiente. Si me alcanzaran..!"

Una mañana, al cruzar Berna, me hallé al pie del Grosshorn. Aventajaba a Eduardo por sólo una corta distancia. Me eché en este funicular.

Mientras la vagoneta comenzaba a elevarse, pensaba, por la fuerza de la costumbre: "Con tal que este convoy no se deje alcanzar por el siguiente"... Súbitamente, me di cuenta de que mis temores, por esta vez, resultaban infundados. En efecto, si no hay ninguna ley mecánica que impida a un tren alcanzar a otro tren, a un trasatlántico alcanzar a otro trasatlántico, a un auto alcanzar a otro auto, a un ciclista alcanzar a otro ciclista, a un peatón alcanzar a otro peatón, es materialmente imposible que una vagoneta del funicular alcance a la otra vagoneta del funicular... Háganme el servicio de echar una ojeada a la estructura de este funicular. ¿De cuántas vagonetas se compone? De dos, de dos solamente... Mientras una está arriba, la otra está abajo. Ambas se ponen en movimiento en sentido inverso en el mismo minuto. Se hacen contrapeso. La vagoneta que baja tiene por misión levantar a la que sube y esperar que la otra le preste, a su vez, análogo servicio. No sólo Eduardo no iba a poder alcanzarme con su puñal y llegar arriba al mismo tiempo que yo, sino que no podría empezar a ascender hasta que la vagoneta en que yo me hallara empezara a descender... ¡Ah, qué hora exquisita viví allá en lo alto! ¡Qué satisfacción experimenté en poder comer, beber y fumar sin temor alguno! "No temas—me decía alegremente— Ni él ni su puñal pueden sobrevenir de improviso. Están abajo, completamente abajo. Y nadie puede impedir que no permanezcan abajo durante cuarenta, treinta o veinte minutos todavía."

Al cabo de una hora, un silbido anunció que la vagoneta que me había llevado hasta la cumbre se preparaba a descender. "Un silbido análogo—monologué— anuncia en este momento, allá abajo, que la otra vagoneta va a subir. Eduardo se mete en la vagoneta con su puñal. Es inútil que lo espere aquí. Bajemos." Y bajé. A mitad de camino las vagonetas se cruzaron. Mi previsión se realizaba. Vi a Eduardo que subía, puñal en mano. Pude permitirme el placer de gritarle: "Sube, viejo, sube; me parece que no me vas a encontrar arriba cuando llegues."

Una vez al pie del Grosshorn me disponía a recobrar mi melancólica existencia de animal perseguido, eternamente perseguido, cuando súbitamente exclamé: "Qué estúpido. Quédate aquí tranquilamente. No hay duda de que, puñal en mano, Eduardo espera febrilmente allá arriba, de que su vagoneta baje para bajar él también, ¿por qué no has de esperar tú que tu vagoneta suba para subir también?"... Una hora después repetí mi ascensión al Grosshorn. A mitad de camino vi a mi Eduardo que bajaba y me di el gusto de gritarle: "Baja, viejo, baja; me parece que no estaré abajo cuando tú llegues...."

Después de haber hecho dos viajes en esta adorable y segura línea del funicular, hice un tercero, un cuarto, hice veinte, cien, mil... Y desde hace diez meses, cada vez que Eduardo sube, yo bajo y cada vez que él baja, yo subo...

Pero este medio de vivir una existencia sin angustias, presentaba, sin embargo, un inconveniente. Cada trayecto de la línea Berna-Grosshorn cuesta veinte francos. Hay, por día, veinte viajes. Por más que uno tenga con qué vivir, veinte veces veinte francos, por día, es algo... Por suerte, tres semanas después de mi primer viaje, quedó vacante un empleo de conductor.

Lo pedí y me empleé. Durante algún tiempo continué cruzándome con un Eduardo Chose que llevaba la galera de costumbre. Sin duda el segundo puesto de conductor quedó también vacante. Una mañana, en el primer compartimento de la otra vagoneta vi a Eduardo Chose llevando, como yo, una gorra.

Entretanto habíamos llegado a la cumbre del Grosshorn. Antes de estrechar la mano de Pablo Machin, para demostrarle que nos había interesado su relato, le preguntamos qué había sido de la mujer de Eduardo.

—¿Emilia?... Nos siguió, paso a paso, durante nuestra persecución a través del universo, para proporcionarse el placer de asistir a un drama... Ahora ya no le interesamos, ni uno ni otro. Raras veces la vemos. Chose está obligado, a causa de su servicio, a dormir todas las noches en la cumbre. Yo, por la misma causa, tengo que dormir abajo... En vista de esto, Emilia se ha hecho construir un chalecito, exactamente a mitad de camino, en la falda de la montaña. Así tiene las noches libres.

EL VOTO FEMENINO



—Si no me secas los platos no votaré por ti.

ESCENAS DEL MERCADO



Las mujeres.—¡Ladrón! ¡aprovechador! ¡sinvergüenza!...
El vendedor.—¡Uff! Es como si fuera diputado de la legislatura de Mendoza.

No lo sabía

Dos vagabundos se encontraron después de mucho tiempo de no verse.

—¿Fuiste a la guerra?—preguntó uno de ellos,—no he sabido nada de ti durante todo el tiempo de nuestra separación.

—He estado postrado con la gripe.

—¿Gripe? ¿Qué es eso?

—No sé cómo explicártelo, pero el caso es que esta enfermedad lo mantiene a uno constantemente fatigado; no dan ganas de hacer nada y sólo se quiere dormir.

—¡Bah! yo estoy enfermo de eso desde hace más de veinte años,—exclamó el primer vagabundo,—sólo que hasta ahora he ignorado su nombre.

PARA LA GENTE DEL CAMPO

MAIZ PARA CLIMAS ARIDOS

Un insigne estudioso italiano expone en "Giornale d'Agricultura" las primeras noticias sobre una variedad de maíz cultivado por los indios de Arizona y de Nuevo Méjico y que tiene como característica especial una singular resistencia a la sequía.

Las últimas informaciones suministradas por el Profesor Collins, quien ha estudiado y descrito la nueva variedad, permiten reconstruir su historia y fijar los caracteres esenciales.

Cuantos han tenido ocasión de viajar por las regiones de Arizona y Nuevo Méjico habitadas por indios, han podido observar que dichas poblaciones, todavía primitivas, han logrado cultivar con éxito una clase de maíz en terrenos tan áridos, que en ellos no era posible, de ningún modo, obtener cosechas de las clases de dicha gramínea conocidas comúnmente por los botánicos y por los agricultores. Es indudable que los indios del suroeste de los Estados Unidos deben haber conservado desde los tiempos precolombianos tipos de maíz dotados de peculiares virtudes para resistir la sequía. Y aquí es el caso de observar que aquellos indios dedican cuidados especialísimos a las siembras de maíz, única planta que cultivan, debido tal vez a antiguas y curiosas leyendas y prácticas religiosas.

Lo que más llamó la atención a los viajeros que visitaron aquellas regiones, fué ver que los indios Navajos, así como sus vecinos los Hopi y los Zunis, sembraban el maíz a profundidades notables, de 15, 20, 25 y 30 centímetros y hasta más, profundidades éstas en que no hubiera podido desarrollarse y salir a la superficie del suelo una matica nacida de una semilla de las variedades comunes.

En 1912 Collins logró conseguir semillas de aquel maíz y en 1913 pudo visitar la región donde se siembra y constatar personalmente la gran aridez del suelo por la falta absoluta de lluvias primaverales. Los indios, procediendo con un gran sentido lógico, buscan la humedad del suelo para la semilla, enterrando ésta a notable profundidad, la cual varía de zona a zona, pero que, a veces, es mayor de 30 centímetros.

Uno de los primeros cuidados de Collins fué determinar como se comportan las variedades indígenas relativamente a las variedades cultivadas en los otros Estados de la Unión, confrontando semillas de varias clases colocadas a profundidades diferentes. Hizo sus experiencias con semillas de tres clases: "Chino" y "Boone Country White nacieron hasta de 20 centímetros, y "Navajo" entre las calidades indígenas. Se sembraron semillas de las tres variedades a las respectivas profundidades de 4, 6, 8, 10, 12 centímetros, y así sucesivamente, cada dos centímetros, hasta 32.

La mayor profundidad a que aparecieron las maticas de maíz chino fué de 12 centímetros, las de Boone Country White, nacieron hasta de 20 centímetros, y las de Navajo nacieron todas hasta de la mayor profundidad de 32 centímetros.

¿Cuáles son las causas de tan distinto modo de comportarse de las varias clases?

Collins describe de la manera siguiente la estructura y el desarrollo de las maticas de maíz. A la raíz "primaria" o "raicilla", que es el primer órgano que aparece en una semilla en germinación, sigue inmediatamente la plúmula, envuelta y encerrada superiormente por la vaina cotiledonar o "coleoptila", que es un órgano tubular cerrado y puntudo, el cual permite a la matica de abrirse camino a través del terreno.

Entre la base de la "coleoptila" y la semilla, hay un eje más o menos largo, el "mesocotilo". Cuando la semilla germina más o menos superficialmente, el alargamiento del mesocotilo es tan pequeño que no se tiene en cuenta. Pero cuando la semilla se siembra a una cierta profundidad en el terreno, aquel órgano asume una particular y vital importancia en la vida de la planta, en cuanto que es en virtud del alargamiento del mesocotilo que la planta logra salir a la superficie. A medida que el mesocotilo crece la coleoptila con su punta dura y punzante es empujada hacia la superficie, y tan luego como esta sale del suelo, el mesocotilo cesa de crecer y la primera hoja se abre camino forzando la extremidad superior de la coleoptila; contemporáneamente de la base de aquella asoman las primeras raíces permanentes. Ahora bien, en las variedades corrientes de maíz el mesocotilo a lo sumo crece hasta vencer un espesor del terreno de 12 a 12 centímetros; mientras que en las variedades indígenas este órgano sutil puede alcanzar las dimensiones de 25, 30 y hasta 35 centímetros.

Pero estas variedades tienen otra no menos importante y sorprendente particularidad. Las raíces del maíz son, como es sabido, de dos clases: las que nacen del embrión (semilla) y las que brotan de los nudos de la planta. En las variedades corrientes de maíz, además de la raíz primaria o raicilla, se desarrollan de 2 a 6 pequeñas raíces adicionales, las cuales, aún cuando nacen después de la raíz primaria, muy en breve la sobrepasan en tamaño. En cambio en las "variedades indígenas no se desarrolla sino una sola raíz. Salta a la vista la enorme importancia de este hecho: concentrando la propia energía en una sola raíz, esta crece fuerte y robusta y puede, por tanto, penetrar a una profundidad mucho mayor de la que penetraría si estuviese acompañada por otras raíces secundarias. Así Collins pudo observar en el propio lugar que, durante toda la vida de la planta, la raíz primitiva conservaba toda su vitalidad y funcionando como poderoso órgano para absorber agua de los estratos profundos del suelo, jugaba un papel muy importante durante todo el período de vida de la planta.

Para concluir, los dos caracteres más importantes y preciosos de adaptamiento de las variedades mejicanas de maíz estudiadas por Collins son:

1.° Mesocotilo sumamente largo que permite a la planta de salir a la superficie del suelo aun cuando la semilla ha sido enterrada profundamente en el suelo.

2.° El desarrollo de una sola y vigoroza raíz que rápidamente penetra en el suelo y funciona como poderoso órgano de absorción del agua.

Collins pudo observar con gran sorpresa que los maizales de la región, a pesar de estar ya las mazorcas casi maduras, conservaban sus hojas de un verde subido, a pesar de que la estación había sido excepcionalmente seca. Y, fenómeno interesante, no se observaba en dichos campos ninguna otra vegetación ni siquiera las malas hierbas habituales de todo campo; y a pesar de lo desfavorable de la estación, las mazorcas de maíz eran tan grandes que algunas tenían el tamaño de la mitad de la planta!

SIGNO DE LOS TIEMPOS



—¡Hermoso jardín! Parece el escenario de un cuento de hadas. Sólo falta que llegue un príncipe, como en los cuentos de hadas; un príncipe que tenga un empleíto.

LA SIEMBRA AUTOMATICA

De siglos atrás, el hortelano acostumbraba sembrar de la misma manera que lo habían hecho su abuelo y su bisabuelo, manera que entrañaba irregularidad, apiñamiento de plantas y desperdicios, a no ser que el labrador fuera excepcionalmente perito en el arte del cultivo.

Una sencilla invención ha eliminado estos inconvenientes. Con aplicarla, las plantas crecen robustas y en hileras absolutamente regulares. La invención es la cinta "Pakro" para semillas. Tan fácil es de comprender, que cualquiera se asombra de que sea cosa nueva, pues no se trata sino de una cinta delgada de papel que contiene semillas colocadas a intervalos, como lo manda el arte. Esta cinta la tiende el labrador mientras va caminando, siendo inevitable que las plantas crezcan con la debida separación uniforme sin que haya necesidad de entresacar matar o desperdiciar semillas. Sirve también la cinta de papel para retener la humedad que activa la germinación de la simiente.

La Sociedad que explota este invento posee en la actualidad todas las patentes de invención que amparan aquel artículo, cuya manufactura empezó en pequeña escala hace pocos años. Hoy día la fábrica es extenso establecimiento, que ocupa centenares de hombres y mujeres en los Estados Unidos. El sistema de plantar con la cinta "Pakro" para semillas, obtuvo inmediato éxito no solamente en dicho país sino en el extranjero.

PAGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí



LA SOMBRA DEL RECUERDO

por Francisco TERENCIO Bó

Es la tardecita. El sol galopa a su ocaso ocultándose tras las frondosidades del monte vecino. El emparrado cargado de pámpanos, extiende su deliciosa sombra por el patio de tierra apisonada; gozando de ella, Joaquín y Antonia, los moradores de la solitaria casa, a cuya escondida verja conduce serpeando entre cardales y gramillas un polvoriento camino, están sentados uno frente al otro, él con la cabeza gacha cargada de añejas nostalgias, ella haciendo maquinalmente labor de gancho, suspensa casi su persona toda de los labios de él, escuchando aquella historia que nunca supo por completo, que nunca quiso saber.

De cuando en cuando rompe el silencio murmuroso de la primavera el grito estridente de una gaviota que pasa, poniendo una fugitiva nota blanca sobre el horizonte indefinidamente azul.

—¿Por qué no me lo cuentas todo, toda la historia?—dice Antonia fijando en él su mirada ansiosa—¿Crees que te guardaría rencor? Nunca supe bien lo sucedido.

Joaquín calla sumido en sus pensamientos. La voz de su esposa es para él uno de los tantos ruidos que se elevan un instante en la lujuriosa naturaleza y se apagan en seguida en un misterioso silencio, para volver más tarde a aparecer, siempre diferentes y bellos, por lo mismo que nos subyugan aunque no podamos explicárnoslos. Ellos están aislados por la sombra del recuerdo, sumidos en sus alegres o angustiosas rememoraciones; para ellos no existe en ese momento la juguetona primavera que revolotea a su alrededor y les hace guiños traviesos con la brisa perfumada, como invitándolos a corretear tras ella sobre el mullido césped y a la sombra de los árboles.

—Que no te cele este recuerdo, Antonia—dice Joaquín pasando una mano por sus entrecanos cabellos.—Yo la he amado mucho y no dudo de que tal vez me comprendió y que para mí fueron sus últimas palabras... Tenía ella entonces diez y ocho años y yo veinte. ¡Ah, mis espléndidos veinte años!

Joaquín sonríe como si ante sus ojos viese una beatífica escena. Antonia estruja entre sus dedos el hilo y suspira mirando al cielo enrojecido, que se une con la tierra, allá en el confín del campo. Y mientras él continúa animándose por grados, ella se abate en un nerviosísimo malestar.

—¡Cómo se ensanchaba mi corazón y cómo vibraban mis nervios! Una acción valiente me exaltaba, de la misma manera que me sublevaba cualquier injusticia. Entonces no comprendía los heroísmos silenciosos, esos que nos sacrifican continuamente sin darnos a la notoriedad. Podrás suponer con cuánto odio vería a Raúl galantearla, a aquel don Juan del pago, hijo del médico, pretencioso y exento de corazón. Debía alejarme para no saltar sobre él y cometer una barbaridad. Hay casos desesperantes en la vida, en que nos volvemos violentos, olvidando que pertenecemos al dominio superior de las inteligencias. Siempre los malos engendran a los irreflexivos, que son su perdición. Los celos es una enfermedad, tal vez; pero su suplicio no llega al máximo sino cuando vemos que tiene una base real que se interpone entre nosotros y nuestro ideal. Yo quería a Laura como se puede querer a los veinte años; en esos amores primeros hay fuego, dulzura, abnegación, prepotencia, heroísmo, de todo, pero todo sincero; y yo era así. Don Eugenio, su padre, estaba orgulloso de ella porque varios partidos buenos se le habían presentado ya, aunque rechazados debido a su corta edad; yo era su subordinado, un pobre dependiente de su casa, ¿cómo hubiera podido...? En verdad, los prejuicios de clase son la fuente del mal y don Eugenio los tenía; una excepción entre los de su raza, valientes y altivos, pero nunca soberbios... Yo no me atreví a ofenderlo; jamás me dejaba ver con intenciones, aunque a menudo se me fuesen los ojos tras ella y quedase como entontecido, al descubierto...

Antonia continúa cabizbaja, estrujando sus malignos dedos el hilo de su labor. La algazara de los pájaros, que buscan cada cual su nido o su rama para posarse y descansar en la noche, atruena en el vecino monte. El sol, que pronto va a llegar a ras de tierra, manda sus últimos rayos a través de los floridos ramajes, como una caricia de despedida; los semblantes de Joaquín y Antonia toman un tinte purpurino y revelan en sus más pequeños pliegues y arrugas las hondas emociones internas que los tortura.

—¿Cómo supo don Eugenio la traición de Raúl? No lo sé... ¡Pobre viejo! Se volvió huraño y taciturno, vagaba por sus tierras como una sombra perseguida. La peonada lo temía y lo esquivaba; en su casa parecía un lúgubre visitador. Laura se encerró y no volvimos a verle más la cara hasta aquel día fatal de su muerte. ¡Qué delirio me consumió cuando lo supe por boca de su amigo! Me hizo un favor, que agradecí, pero me clavó un puñal en el pecho...

Calla el narrador, atormentado por sus propios recuerdos, y se suceden unos instantes de silencio elocuente:

—Después de un enredo entre don Eugenio y el médico, del cual salió maltrecho el viejo, se perdió Raúl del pago. Yo me perdí también; lo busqué entre matorrales y hondonadas; una fuerza interior me arrastraba a perseguirlo. No se cómo dí con él y lo derribé. ¡Yo era una fiera que se abalanzaba sobre su presa! Lo apreté, lo magullé entre mis manos; después... ¡Ah, son recuerdos tristes, Antonia, son cosas que hacen mal! Nunca más volví a sentir en la vida tamaña oleada de coraje, fuerza y valor semejantes.

—Tal vez destruiste un idilio—dice Antonia;—ella no se le hubiese entregado si no le amaba.

—No creo más que en un momento de debilidad por parte de ella; lo conocí conquistador y atrevido; él la sugestionó.

—¿Te persiguieron?

—Nunca dieron con la pista; sólo el viejo sospechó, porque al verme a los pocos días, me estrechó la mano con un silencio significativo.

Laura dió a luz y cayó enferma; en ese tiempo don Eugenio fué perdiendo poco a poco toda su hacienda, muy descuidada ya. El niño fué dado a criar lejos del pueblo; yo lo adopté a la muerte de su abuelo...

—Has hecho bien—dice Antonia con un resquemor que centellea en sus ojos. El ovillo, la aguja y la labor están caídos a sus pies; han huído de sus torturadores dedos. Reina un corto silencio, mientras el crepúsculo agrega algunos tonos de sombra a la magnífica puesta.

—¿Por qué no podemos borrar de nuestras mentes los recuerdos amargos que nos torturan? No somos dueños de nuestro cerebro, no podemos mandarle que olvide sin que anulemos nuestro ser. Cuando uno ha probado estos dolores íntimos no puede olvidarlos ya. Cuando vi que se moría, que la perdía por culpa de otro, me sentí enloquecer. Luego la mortaja... Verla allí tendida para siempre, pálida, de un pálido azulino, ella, tan llena de vida, ¡ah!

Una sombra funesta cruza su rostro, acentuada por la sombra de la noche, que avanza por el este; es la sombra del recuerdo, palpitante y desgarradora, que revive un pasado cruel.

—Corrieron rumores y leyendas sobre su desventura; los payadores del pago hicieron décimas que se cantaban al calor del fogón, por la noche, cuando nuestras mentes, cansadas, están propicias a representarse como reales las más extravagantes fantasías. ¡Ah, cómo las hubiera compuesto yo, si hubiese podido volcar en versos todos los sinsabores que llenaban mi alma!

De sus ojos manan pujantes lágrimas que mojan sus mejillas, contraídas por el dolor; todo su cuerpo se agita en los sollozos.

—Me pediste un cuento malo. Antonia; hoy vivo completamente en el pasado... Bien veo que tú superas a ese fantasma que fué, pero en este momento me siento romántico... No puedo olvidar su semblante... Yo no debería haberla visto así: debí morirme antes o haber tenido el valor de no volver a verla jamás!

Antonia arroja el hilo, torturado, hecho una maraña; se levanta solícita, se arrodilla ante él, toma su cabeza entre sus manos y lo besa fervorosa, lo llena de cálidos y consoladores besos.

Poco falta a cerrar la noche. Oculto en la arboleda vecina, un zorzal entona su armonioso canto. Empieza despacio, con una melodía dulcísima, llega a un ritmo elevado que hiende los aires y vuelve a bajar en una repetición de modulaciones entrecortadas que parecen quejidos de amoroso desconsuelo, y terminan por perderse melancólicas en el silencio de las frondas...

. . . .

De pronto, un tercer personaje entra en el patio, alborotador: es un niño de diez años, con una cartera debajo del brazo.

—¡Papá, mamá!

Joaquín se pone en pie de un salto; borra con el revés de la mano las huellas del llanto, Antonia recoge su torturada labor.

—¿Qué hacían aquí? Dame un beso, papá...

—¡Dos, Laureano; hijo mío!

Y Joaquín lo besa y aprisiona entre sus manos la cabecita del niño. Es la realidad presente que borra la sombra aplastante del pasado y pone una nota de vida palpitante bajo el emparrado.

Laureano salta juguetón sobre las rodillas de su padre adoptivo, mientras Antonia deja caer por sus castas mejillas sin historia dos lágrimas amargas que ruedan hasta sus labios castos, de besos estériles.

Los últimos destellos de la puesta se apagan; el zorzal, oculto en las frondas, vuelve a emprender su sentido canto; y es tan dulce y cadenciosa su voz, que el ambiente todo parece saturarse de ternura.

LAS ALEGRIAS DE LA PATERNIDAD



—¡Por fin tengo uno para que continúe mi colección de estampillas de correo!

Terapéutica comercial

Una mucama entró en una rotisserie y empezó a quejarse de que le habían vendido un jamón que no servía.

Un dependiente.—El jamón estaba bueno.

La sirvienta.—No, no servía.

Dependiente. — Pero, ¿cómo puede ser, si ese jamón fué curado la semana pasada?

La sirvienta (confusa).—Habrá tenido una recaída.

EL SANSON CATAMARQUEÑO, por Milord Artico



—¡Te felicito, Fabio! Este campo de orégano está muy bien tenido, y los animalitos perfectamente amaistraos.... Tené cuidao de no dejarle crecer el pelo a ese; mirá que allí tiene la juerza, y si por disgracia le creciera, no contábamos el cuento.

La fuerza de la voluntad

Hay, peregrino, una senda, donde aquel que entra y avanza pierde temor al desengaño. Es ancha, lisa, recta y despejada, después de comienzos muy duros y tortuosos. Pasa por medio de todos los campos de cultivo que granjean honra y provecho. Quien por ella llega a la escena del mundo, puede considerar que ha cosechado todas las plantas de mirífica virtud, de que haban las leyendas: la bácara que preserva de la fascinación, el nepente que devuelve la alegría y el hongo que infunde el ardor de las batallas. Tener experiencia de esta senda vale tanto como llevar la piedra de parangón con que aquilatar la calidad de las cosas cuyas apariencias nos incitan. Por ella se sale a desquijarar los leones, tanto como a ceñir la oliva de paz. Cuando por otros caminos se las busca, todas las tierras son al cabo páramos y yermos; pero si ella fué el camino, aun la más árida se trueca en fértil emporio; su sequedad se abre en veneros de aguas vivas; cúbrense las desnudas peñas de bosque, y el aire se anima con muchas y pintadas aves. Toma, peregrino, esa senda, y el bien que soñaste será tuyo. —¿Alzas los ojos? ¿Consultas, en derredor, el horizonte?... No allí, no afuera, sino en lo hondo de ti mismo, en el seguro de tu alma, en el secreto de tu pensamiento, en lo recóndito de tu corazón: en ti, en ti sólo, has de buscar arranque a la senda redentora.

José Enrique RODÓ.

El país de los ríos que se pierden

LOS TÚNELES DEL LAOS

La región del Laos, en la Indochina, es uno de los países más extraños del mundo, no sólo por las costumbres de sus habitantes, de los que acaso algún día contaremos cosas muy curiosas, sino también, y acaso mucho más, por su aspecto físico. Una de las cosas más interesantes que allí observa el viajero, son los ríos que se pierden, es decir, que bruscamente desaparecen, como si la tierra los absorbiese de repente. Nada menos que cinco ríos se encuentran en este caso, y uno de ellos desaparece y vuelve a aparecer tres veces seguidas.

Desde luego la desaparición de los tales ríos nada tiene de misteriosa, aunque así lo crean los indígenas del país, los cuales creen firmemente que meterse a averiguar la razón de tales fenómenos equivale a atraerse las iras, y la consiguiente venganza, de los Phe Thame, o genios de las grutas, y de los Phe Nam, o espíritus de las aguas. Todo se reduce a grandes túneles, abiertos en las colinas o en las montañas por efecto de la erosión, y por las cuales se introduce la corriente. Durante las grandes crecidas, las aguas cubren por completo las bocas de estos túneles, y entonces tiene, en efecto, algo de sobrenatural la desaparición de la corriente; pero en circunstancias normales, el túnel queda al descubierto, y a veces hasta es perfectamente posible entrar en él. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con el Se-Bang-Fai, río cuyo nombre quiere decir "río del Cohete", y que es uno de los principales afluentes del Me-Kong. El curso total de este río es de unos 330 kilómetros, y de él más de cuatro kilómetros quedan ocultos bajo el monte que los laotianos llaman Pu-Pa-Kue-Ki-Thame (la montaña de encima de la gruta). Durante el mes de marzo se puede entrar en el túnel valiéndose de una piragua pequeña, o mejor aún de una balsa de bambú; el agua no tiene entonces más que un metro, o poco más, de profundidad, y en muchos puntos quedan al descubierto unos como andenes de roca que permiten hacer gran parte del trayecto subterráneo a pie firme. Son de temer, sin embargo, las crecidas repentinas motivadas por las tempestades, y además, dentro del túnel hay saltos de agua que hacen su recorrido peligroso en todo tiempo. Las bocas del túnel son de forma muy extraña, y relativamente pequeñas dada la gran anchura (80 metros) que el río alcanza en aquellos parajes. La boca de entrada es doble, es decir, que está formada por dos agujeros, uno sobre otro, de los cuales el inferior queda casi por completo bajo el agua aun cuando ésta tiene su nivel mínimo. En las grandes crecidas, la corriente sube hasta unos diez metros por encima del orificio superior. En cuanto a la boca de salida, que es la que en las exploraciones se adopta para entrar, es una mera abertura triangular, casi obstruída por las rocas.

Mucho más notable, bajo todos conceptos, es el túnel del Huei-Khi-Heup, o "río de las estalactitas", abierto por la mano de la naturaleza en el Pou-Thame-Khi-Heup (monte de la gruta estalactítica). Es un río poco caudaloso, de unos 25 kilómetros de curso, y su túnel, que tiene poco más de dos kilómetros, es practicable aun en la estación de las lluvias. Durante las sequías, es posible penetrar en él aun sin embarcación de ningún género, pues el agua sólo alcanza medio metro, salvo en algunas pozas, donde llega a los dos metros, pero que es fácil cruzar a nado. Constituye este túnel una de las grandes maravillas naturales del mundo, con la particularidad de que hasta ahora no ha habido artista que, con el dibujo o la fotografía, haya dado a conocer al mundo su grandiosidad. La luz de las antorchas parece multiplicarse al reflejarse en las mil facetas de los cristales de las estalactitas y las estalagmitas, que toman las formas más caprichosas e imprevistas. A ambos lados se ven profundas grutas, cuya exploración puede hacerse con toda comodidad, y en el centro, a través del corredor, se levanta un enorme pilar perforado por un pasillo de unos dos metros de ancho y elevado sobre el nivel de las mayores crecidas, pasillo que da paso a los peatones, y hasta a las caballerías, y frente al cual se abre un gran boquete que, saliendo oblicuamente a la cima de la montaña, da entrada a la luz y produce un efecto verdaderamente mágico.

En cambio, la boca de salida del agua es de lo más modesto: una sencilla boca de túnel, semicircular, de unos ocho metros de altura.

La exploración de esta curiosa caverna es factible para todo el que visita la Indochina. No encierra ningún peligro, y durante las crecidas, puede hacerse en piragua, empleándose en ello sólo algunos minutos.

Hay otro río, el Nam-Hin-Bun, que pasa bajo el monte Pou-Kong-Lho (montaña del gongo de cobre) formando un túnel de cuatro kilómetros, verdaderamente notable por estar acodado en ángulo recto.

Los otros dos "ríos perdidos" del Laos no han podido ser todavía explorados en su parte subterránea, por ser hasta ahora inaccesibles salvo para los peces de boca en ventosa que remontan los torrentes y los rápidos más accidentados. Uno de ellos, que lleva el extraño nombre de Nam-Kadinj (las aguas que suenan como cascabeles de elefante), es el que desaparece bajo tierra por tres veces consecutivas. Supónese que la longitud total de los tres túneles será de unos siete kilómetros, y es posible que en su interior se encierren maravillas naturales junto a las cuales nada valgan las de los otros cauces subterráneos recorridos hasta la fecha.



Artística espada de honor regalada al general Caviglia por los combatientes venecianos.

Un pedido por valor de un millón de pesos oro

Mucho interés despertará en los círculos automovilísticos y comerciales la noticia de que el señor P. A. Hardcastle de esta ciudad, único concesionario de los automóviles "Overland", en esta república, ha resuelto hacer un pedido de coches "Overland" por valor de un millón de pesos oro, cifra que constituye un record para una firma privada, no solamente en la República Argentina sino tal vez en el mundo entero.

Con el propósito de llevar a cabo este negocio, saldrá en estos días con destino a los Estados Unidos, el señor Eduardo Rochette, representante y apoderado general del señor P. A. Hardcastle.

El señor Rochette lleva una carta de crédito, emitida por el Banco Anglo Sud Americano, por la cantidad arriba citada, lo que creemos también ser un record en transacciones sobre este ramo, pues únicamente habrá podido ser excedida dicha suma muy rara vez, y en alguna notable operación sobre cereales u otros frutos del país.



Señor P. A. Hardcastle y su apoderado general, señor Eduardo Rochette, quien en representación de aquél, marcha a Estados Unidos con objeto de invertir un millón de pesos oro en la compra de automóviles Overland, de los cuales, el señor Hardcastle es único concesionario en la República Argentina.

Las selvas de América

Penetrad en estas selvas tan antiguas como el mundo: ¡Qué profundo silencio en estas soledades, cuando los vientos reposan! ¡Qué voces desconocidas, cuando se levantan! Si estáis inmóvil, todo queda mudo; si dáis un paso, todo respira. La noche se acerca, los sombras se hacen más densas; óyense hatas de bestias salvajes corriendo en medio de las tinieblas; la tierra murmura bajo vuestras pisadas; de vez en cuando el trueno hace retumbar el desierto, agítanse las selvas, caen los árboles, un río desconocido corre ante vuestra vista. La luna sale en fin del oriente; a medida que pasáis por el pie de los árboles, parece que ella os precede en sus cimas y sigue tristemente vuestras miradas.

El viajero se sienta sobre el tronco de una encina para esperar el día: mira sucesivamente al astro de las noches, las tinieblas, el río; se siente inquieto, conmovido, y en la expectación de algo desconocido; un placer inaudito, un temor extraordinario hacen palpitar su corazón, como si fuera a penetrar en algún secreto de la divinidad; está sólo en el fondo de las selvas; pero el espíritu del hombre llena fácilmente los espacios de la naturaleza, y todas las soledades de la tierra son menos vastas que un solo pensamiento de su alma.

Hay en el hombre un instinto que lo pone en relación con las escenas de la naturaleza. Y, ¿quién no ha pasado horas enteras, sentado a la margen de un río, viendo deslizarse sus olas?

¿Quién no se ha deleitado, en la orilla del mar, mirando blanquear el escollo lejano? Debemos compadecer a los antiguos que no habían encontrado en el océano más que el palacio de Neptuno y la gruta de Proteo.

¡Cuán triste era no ver sino las aventuras de los Tritones y de las Nereidas en esa inmensidad de los mares, que parece darnos una medida confusa de la grandeza de nuestra alma, en esa inmensidad que despierta en nosotros un vago deseo de abandonar la vida, para abrazar la naturaleza y confundirnos en su autor!

Francisco A. de CHATEAUBRIAND.

Excentricidades de un gran médico

El famoso médico ruso doctor Zaharin, que hace algunos años murió en Moscou, dejando una fortuna privada de más de cinco millones de francos, era un hombre notable no sólo por su competencia profesional, sino por las excentricidades de su carácter.

Cuando le llamaron para asistir al zar Alejandro III en la última enfermedad que padeció este monarca exigió que en palacio se dispusieran las cosas como en las demás casas adonde iba a visitar enfermos, y la costumbre era retirar todos los perros, parar todos los relojes y tener todas las puertas abiertas de par en par.

Al entrar en la regia mansión dejó el abrigo de pieles en el vestíbulo, el gabán que llevaba debajo en el aposento contiguo, los chanclos en la otra habitación y así sucesivamente se fué quitando prendas hasta que llegó a la alcoba del enfermo en el traje corriente de andar por casa. Cuando iba andando se sentaba de trecho a trecho y hacía otro tanto al subir las escaleras, parándose cada ocho escalones.

Exigía también que todas las personas que hubiera en la casa, incluso los parientes del enfermo, guardasen silencio absoluto hasta que él les dirigía la palabra y a sus preguntas no debían contestar más que "sí" o "no".

EL AUTO DE CASI CASI



Curiosidades de la naturaleza

En Nueva Guinea existe un árbol llamado "de balas de cañón". Su altura es de diez y ocho a diez y nueve metros, y su fruto se parece mucho, por la forma y el color, a las bombas que sirven para cargar los grandes cañones.

Aún es todavía más curioso el hecho de que cuando el fruto llega a la madurez, estalla y produce un ruido que puede oirse a bastante distancia. Los indígenas aprovechan su contenido para extraer varias clases de ácidos, azúcar y goma, y con la cáscara hacen diversidad de utensilios de uso doméstico.

En Australia occidental no hay necesidad de abrir pozos ni galerías subterráneas para obtener sal, porque la hay por miles de toneladas en el lago Lefroy.

En tiempo seco el lago no es más que una masa de sal, que recorre la gente del país en botes de vela montados sobre cuatro ruedas, con una velocidad mucho mayor que si fueran por el agua, y como la comarca de las orillas del lago es muy quebrada para permitir el empleo de vehículos en los transportes, los botecillos ahorran tiempo, trabajo y dinero.

Las pepitas combustibles de la nuez de cierto árbol las usan los isleños del Pacífico del Sur, incluso los samoanos, para medir el tiempo. Después de lavarlas, ensartan las pepitas en el tallo de una hoja de palmera, y encienden la pepita de un extremo del rosario. Como las pepitas son todas de igual tamaño y de la misma sustancia, tardan en consumirse un espacio de tiempo uniforme.

En el parque nacional de los Estados Unidos de Yellowstone, hay un géyser denominado por la gente del país "la vieja fiel", que es una verdadera máquina lavadora natural.

Con regularidad matemática, cada 80 minutos se produce una erupción en la "vieja fiel" (así llaman al géyser); de suerte que las personas que desean aprovecharse de los servicios del géyser, no tienen más que echar por el cráter la ropa blanca que quieran y esperar tranquilamente a que el géyser la devuelva.

En cuanto el géyser entra en actividad, empieza a sacudir y remover la ropa, como si en sus entrañas hubiese una porción de expertas lavanderas trabajando con ahinco, hasta que, por último, arroja al aire las prendas y no hay más que recogerlas cuando caen, ya limpias, aclaradas y casi secas.

Un viajero que ha visitado la región y que no creía en la curiosa facultad del géyser, se quitó la camisa y la arrojó al cráter, momentos después de haber estado en actividad el géyser. Al cabo de una hora el cráter le devolvió la camisa que él creía perdida, tan limpia como si fuese nueva.

La desconocida

por Catulle MENDES

I

Una vez, en un pueblecillo de Landes—nada más que arena, nada más que pinos alrededor de cien casas, y allá abajo el mar—se levantó un teatro en una vasta granja abierta a todos los vientos del océano, y la que iba a hacer aquella noche de Ruy-Blas en aquel teatro, era nada menos que Sarah Bernhardt.

¿Por qué no? Después de haber representado en todas las grandes ciudades del mundo en suntuosos teatros, después de haber sido doña Sol y Lucía de Neobourgo en París, en Londres, en Copenhague, en Petersburgo, en Nueva York, en Filadelfia, en Yedo, en Tokío; después de haber impuesto la admiración del verso a los reyes y a los príncipes, a los banqueros y a las mujeres de toda la Europa, a los yanquis y a los mandatarios de la Ciudad Roja y a los devotos de Somonacodón, nada más natural que ir a llevar la buena nueva de la poesía a los pastores de Landes.

Y no creáis que Sarah Bernhardt se detuvo en aquel pueblo porque se encontraba en su itinerario; no. Ella fué allí de propósito deliberado, porque aquel era un pueblecillo triste, huérfano de alegría. A aquellos pobres diablos ella quiso hacerles la caridad del arte supremo.

Ella tiene la conciencia de su misión.

¡Ah! vosotros pensáis, viéndola viajar, que ella es la excursionista infatigable y extravagante que no sabe dónde va; o más práctico, vosotras suponéis que la admirable artista se siente devorada por la necesidad de acrecentar su nombre, o de ganar esa cosa vil, el dinero.

¡Los locos sois vosotros!

Ella sabe a donde va, y ella hace bien en ir allí, porque allí se le escucha. La locura para Sarah Bernhardt consistiría en que ella fuera metódica, ordenada.

En aquel pueblecito de Landes, una sola cosa hacía fracasar su empresa. Podía suceder que las gentes pobres del lugar, que se mantienen toda una semana con un arenque frotado sobre pan negro, no tuvieran cómo entrar en el teatro. Sarah Bernhardt decidió que se le regalara un luis de oro a cada espectador. Ese fué el modo de aumentar el precio de las entradas.

II

La noche de la función, cuando la gran trágica acababa de vestirse en un rincón del establo, transformado por arte de la tapicería japonesa en exquisito camarín, una mujer fué llevada a la presencia de Sarah.

Era una joven alta, delgada, los grandes ojos hundidos en el pálido rostro, y con aire de haber sufrido mucho.

—Sarah—dijo la visitante—yo vengo a haceros una súplica bastante extraordinaria. Permitidme representar esta noche, en vuestro lugar, el papel de la reina María de Neobourgo.

Sarah la miró sorprendida. La postulante continuó hablando rápidamente.

—Yo creo que tengo mucho talento. Yo sé de memoria todos vuestros papeles. Brindadme una ocasión de hacer la prueba; yo os lo ruego y os lo agradeceré eternamente. Pero decidíos en seguida. Van a dar los tres golpes para levantar el telón. La sustitución, por otra parte, no presenta ninguna dificultad, puesto que ninguno os conoce en el lugar. Y, además, yo os aseguro que tengo mucho talento.

Sarah dijo:

—Como gustéis.

Y a sus doncellas:

—Vestid a esa señorita.

III

¡Aquéllo fué extraordinario!

Desde los primeros pasos sobre la escena, la niña desconocida se reveló como una gran artista. Poseía el alma tierna y ardorosa de las heroínas griegas, y, con la inconsciencia del canto de los pájaros, su voz era el verso mismo. Ora melancólica, ora apasionada, ella fué la deliciosa reina llena de nostalgia, bajo el cielo cálido de España. Y, con el drama reciente, ella crecía. Ella tuvo todos los arranques de la pasión violenta y supo anudar sus brazos en el cuello del adorado, y supo retirar con pesar la boca que quería ofrecerse, y supo sufrir, y gemir y morir.

—¡Sarah! ¡Sarah!—gritaba entusiasmado el público con acento landés.

Y después de cuatro llamadas a escena, llena de florecillas silvestres, se oía afuera el ruido de madera golpeada que hacían algunos pastores que, no habiendo podido entrar al espectáculo, aplaudían rompiendo con sus cayados las paredes de tabla del teatro.

Sarah, que no había pronunciado una palabra durante la función, la gran actriz, que permanecía atenta tras un bastidor, saltó al cuello de la desconocida y le dijo:

—¡Tú eres admirable! ¡Te irás conmigo!

La desconocida respondió:

—No. Yo os pido perdón, señora; pero mientras que Ruy-Blas se envenenaba sonaron las once de la noche, y es menester que me vaya, porque mi padre estará inquieto.

Y, mientras se ponía de nuevo su traje, ella, la reina de hacía poco, continuó:

—Sí, señora, es menester que vuelva pronto a mi casa. Si yo vine aquí esta noche, si os pedí permiso para representar en vuestro lugar, fué porque quería probarme a mí misma que no era una loca, y que realmente poseía el don de emocionar. Ahora estoy segura de que puedo ser igual a vos; eso me satisface; y me voy. ¿Qué más esperar en lo futuro? ¿Ser como vos gloriosa y aclamada? Yo he obtenido por un momento esa victoria; no deseo más. Sé que el triunfo me sería fácil; eso me basta. ¿Qué importa la realidad para aquel que tiene además del sueño, la certidumbre de que ese sueño no es una quimera? Yo soy lo que sería, puesto que puedo serlo, y tengo para colmo este orgullo; no querer serlo. Rehusar una alegría que somos capaces de conquistar es doblar la embriaguez de esa alegría. Poder y no ejecutar, es añadir la satisfacción de la fuerza, la satisfacción del desdén. ¡Yo comprendo a los reyes desdeñosos! Si yo fuera Dios, no crearía el mundo porque me sería fácil crearlo. Hace un instante, mientras el público aplaudía, mientras se aclamaba vuestro nombre—el cual he podido sustituir con el mío—yo concebí toda la gloria y toda la vanidad. ¿Que en lugar de esos pastores, el público hubiera sido un público ilustre de reyes y de poetas? ¡Qué importa! Hubiera sido el mismo ruido. Y después, es menester que yo os diga una cosa: yo tengo deberes que llenar, yo tengo un padre viejo y un hermano muy joven, los dos enfermos. Es menester que yo haga la tisana para el viejo y para el niño, y que se la ofrezca, pues ellos no querrían beberla si no se la presentara yo misma. Son deberes muy serios. Hay también una complicación: próximamente voy a casarme con un joven que es Secretario de la Alcaldía. Como nadie sabrá mi escapada de esta noche, él no rehusará casarse conmigo. Seremos felices, tendremos muchos hijos y viviremos tranquilos. Mi novio estará en este momento, en casa, esperándome, asombrado. Yo dije que iba a casa de una vecina cuya hija tiene el crup; en casa saben que yo hago siempre estas visitas; pero ya es tarde.

Adiós, señora; os estoy muy agradecida; yo casi estoy segura de ser feliz; yo deseo que vos lo seáis.

Y la joven desconocida se fué.

IV

Cuando Sarah Bernhardt acabó de contarme esta historia quedé un instante silencioso. Después, levanté la cabeza, dije, sintiendo en el fondo de mi ser el deseo cobarde de las seguridades y de los deberes fáciles:

—¿Quién sabe si esa muchacha tendrá razón; si la parte que ella ha escogido no será en efecto la mejor!

Las fiestas baladorias

Allá por los siglos XVII y XVIII dábase este nombre en Francia a unas fiestas populares que se daban los domingos al salir de misa. El verdadero nombre francés es *balladoire*, y viene del verbo *ballader*, que significa bailar y también ir de una parte a otra sin objeto fijo.

En un principio estas fiestas sólo consistían en dar una broma pesada a algún infeliz para solaz y regocijo del pueblo. Al embromado se le acusaba de algún delito inverosímil y ridículo: de haber prendido fuego al río para que se secase, por ejemplo, o de haber sido sorprendido en el momento de sacar agua con un cedazo para inundar los campos. Llevado ante un tribunal burlesco, si no acertaba a defenderse de aqueollS cargos se le tiraba de cabeza al río o al arroyo más próximo. Cuando salía de allí, el supuesto delincuente tenía derecho a vengarse del remojón vendiendo flores y pidiendo por ellas cuanto quisiera, en la inteligencia de que podía tirar al agua a quien no se las comprase.

La fiesta acababa siempre encontrándose en el río algunas docenas de jóvenes de ambos sexos, y ya puede comprenderse si este remojón se prestaría a escándalos y atrevimientos.

En algunas partes, las fiestas baladorias se hacían de otro modo. Los jóvenes de buen humor agarraban a la salida de la iglesia a todo el que se había casado dentro del año, y quieras o no lo zambullían en el río a los gritos de *¡a l'eau, a l'eau!* El único medio que para salvarse tenían los recién casados era contestar: *¡au vin, au vin!* Esto quería decir que se comprometían a pagar una ronda de vino para todos los presentes, y si así lo hacían, se les perdonaba.

El abuso del vino que en tales casos se hacía, y los abusos que cometía en el agua la gente joven, llegaron al extremo de que las autoridades tuviesen que preocuparse de aquellas fiestas, y el 4 de mayo de 1871 el parlamento de París dió un decreto prohibiendo arrojar personas al río después de misa, con lo cual acabó tan regocijada costumbre.

TIEMPO AL TIEMPO



—El caballo parece lleno de vida. Está atado a un carro, pero no veo el carro.
—Hay que esperar a que el caballo camine.

"LA MÁRTIR DE BOGOTÁ"

Esbozo, especial para FRAY MOCHO, de la novela histórica del mismo título, en preparación.

¡Has muerto? ¡No! Que el nombre tan querido
De quien luchó sin codiciar la gloria,
No se arroja al abismo del olvido...
¡Se conserva en los fastos de la Historia!

I

Promediaba el mes de noviembre del año de gracia de 1817.

Los habitantes de la heroica y altiva ciudad de Santa Fe de Bogotá, se dirigían contristados al paseo de la Alameda para presenciar la ejecución de una bárbara sentencia.

Una niña distinguida, y la más popular quizás de todas las que moraban por aquellos tiempos en la ciudad, como que era acendradamente querida por el pueblo, iba a ser ajusticiada.

Pero ¿quién era la hermosa joven, de alta talla y esculturales formas, de grandes y rasgados azules ojos, que en la mañana del 14 de noviembre de 1817 debía rendir su preciosa vida al implacable golpe del verdugo?

¿Cuál el delito por el que iban a ahogar su vida, en la plenitud de su existencia, cuando, tal vez, alentaba su alma un mundo de ilusiones y esperanzas?

Pues la hermosa niña de alta talla y esculturales formas, de grandes y rasgados azules ojos, era una de las más interesantes figuras del primer período de la revolución emancipadora de Colombia, y su delito, su crimen, el más horrendo y menos perdonable en esa época: ser defensora de la libertad en su país y enemiga, por lo tanto, de la autoridad de Su Majestad Fernando Séptimo...

Llamábase Polycarpa Salavarrieta, y era oriunda de Guaduas, donde había nacido el 26 de enero de 1795, allá en las postreras horas de aquel memorable siglo dieciocho, como quien dice, el último de la dominación hispana en Sud América...

Quince años contaba apenas, cuando estallado el inmortal movimiento redentor del 20 de julio de 1810 en Santa Fe, se puso, sin reservas, en el lugar de su nacimiento, al servicio de la independencia de su patria.

Mas, poco tiempo después, anhelando un mayor escenario para su acción libertadora, se trasladó a Bogotá, donde pronto hízose notar por los trabajos meritorios que en pro de sus ideales realizara, y por su energía y altivez, extrañas en persona de su sexo; y donde, idolatrada por el vecindario, fué conocida con el apodo de *La Pola*, nombre con que ha pasado a la historia, inmortalizada por su martirio.

II

No muchos meses habían transcurrido desde el día aquel en que Polycarpa Salavarrieta habíase radicado en Bogotá, cuando el general español Pablo Morillo, llamado *El Pacificador*—el más sanguinario y cruel de los esbirros del rey,—resuelto a sofocar de una vez las tendencias de emancipación en el territorio granadino, implantara el régimen del terror...

¡Oh! ¡La pluma se resiste a describir la maldad refinada con que este monstruo maltrató a los infelices "criollos"!

Baste decir que bajo el ominoso sistema que implantase, sucumbió casi toda la flor y nata de la población nativa del país, y entre ella ciudadanos ilustres como Camilo Torres, Rodríguez Torices, Montúfar, Baraya, Mejía y el famoso geómetra, físico, astrónomo y naturalista don Francisco José de Caldas, gloria de América y honor del mundo sabio que, cual otro Pascal, descubriera un nuevo método para medir las alturas, y fuese el predecesor y colaborador de Humboldt y Bompland en sus geniales exploraciones de lo desconocido...

¡Tales fueron las crueldades de este jefe en su campaña contra los "patriotas" que, más bien que un ser humano, parecía un tigre embriagado con la sangre de sus víctimas!...

Y fué, pues, bajo su despótico gobierno, que tuvo lugar el hecho inaudito que los moradores de la altiva y heroica ciudad de Santa Fe de Bogotá iban a presenciar, contristados, en la supraindicada mañana del 14 de noviembre de 1817.

III

Triunfante Morillo en Cartagena, acantonóse en Bogotá, resuelto a proseguir desde este punto su campaña de devastación y exterminio, en la que soñaba marchar con su ejército victorioso hasta el Perú, destruir las nacientes repúblicas de Chile y rioplatenses y luego retornar vencedor a Méjico, para coronar su obra de pacificación, del mismo modo que Cortés y Pizarro habían operado la conquista de América; pero, ya listo todo para iniciar su marcha, la noticia de la insurrección popular en las campiñas venezolanas, disipando sus sueños, le obligó a regresar con presteza a su punto de partida para comenzar de nuevo la empresa pacificadora...

Abandonó, pues, la ciudad, teatro de sus crímenes horrendos, aunque dejando de guarnición un fuerte ejército que puso bajo las órdenes de uno de sus tenientes, el general Sámano, en quien delegó también el mando militar de la capital.

Era Sámano un soldado ignorante, de valor dudoso, terco e imbuido de la superioridad de raza de los españoles sobre los americanos, que, revestido del sayal de los capuchinos, que gobernaban su conciencia, ostentaba una fanática devoción y consideraba acto meritorio para con Dios matar "insurgentes" o "herejes", como él, en su inquina, les llamaba a los "patriotas".

De ahí que su primer acto al recibirse del mando y cual un digno continuador de la política sangrienta de su superior, fuese mandar levantar la horca permanente en la Plaza Mayor, frente a las ventanas de su palacio, y plantar "ad terrorem" cuatro banquillos en el paseo de la Alameda. Las cárceles volvieron a llenarse y las ejecuciones periódicas continuaron como en tiempo de su predecesor. A muchos se les conducía al lugar donde habían nacido y figurado, y allí, en medio de las lágrimas y tribulaciones de sus deudos, eran fusilados por la espalda, por "traidores"... Las mujeres y los hijos de los ajusticiados eran enlutadas y confinadas a los campos más remotos, por "impías, perversas y licenciosas"; y, puestas bajo la vigilancia de los curas y alcaldes, se las sujetaba a una disciplina de esclavos, con prohibición de variar de domicilio y recibir visitas, y prescribiéndoseles hasta el traje que debían llevar. Y así fué que centenares de familias que hasta entonces habían vivido en la opulencia se vieron sepultadas en la miseria más espantosa por la confiscación de sus bienes. La población en masa era despojada y envilecida con multas y contribuciones de todo género. "Los traidores al rey—decía—deben perder sus vidas y sus bienes"; y como si esto no bastase, los seides del gobernador rivalizaban con su jefe en rapacidad e infamia...

Y uno de esos desgraciados, una de las primeras víctimas que habían de inscribir su nombre heroico en aquel libro —baldón eterno de oprobio e ignorancia para los opresores, como nimbo de gloria inmarcesible para los oprimidos—del martirologio revolucionario, fué Polycarpa Salavarrieta, la altiva y hermosa joven de alta talla y esculturales formas, de grandes y rasgados azules ojos, que en la mañana del 14 de noviembre de 1817 debía rendir su preciosa vida al golpe implacable del verdugo.

IV

Pocos meses habían transcurrido desde que el general Sámano ejerciera el mando en Bogotá, cuando un día llevábanle a su despacho la noticia de que uno de los moradores de la ciudad—cuyo nombre lo cubría aún el misterio—era el que sobornaba a los soldados neogranadinos obligados por la fuerza a servir bajo la bandera "realista"; el que compraba los pertrechos; el que alentaba los ánimos de los patriotas; el que hacía circular, manuscritas, las noticias de las operaciones de las huestes españolas, entre los guerrilleros independientes, como los Almeidas, Juan José Neira e Ignacio Rodríguez; y el que informaba, también, sobre la actividad de éstos a los adictos ocultos en la ciudad. Resultaba, pues, que dicho misterioso agente era el mayor adversario del rey. Y como a tal, como a "reo de estado", lo consideró el gobernador y ordenó, en consecuencia, su prisión.

V

Dotada "La Pola" de una imaginación poética y de un corazón por ende asaz sensible, no es de extrañar que en él se albergasen, con la fortaleza de su alma varonil, las blandas virtudes de su sexo.

De ahí que aunque su primera pasión al estallar la revolución fuera la patria, su segunda fuese la que le inspirara un gallardo y apuesto joven granadino, con quien debía desposarse en breve.

Llamábase éste Alejo Saravain, y aunque nacido en Bogotá, víctima de los excesos del tiranuelo había sido destinado, como otros muchísimos "criollos", a servir de soldado raso en las filas "realistas".

Y, como es de imaginar, en una de esas dulces pláticas que sostenían ambos enamorados, la joven participó a su prometido su pasión y sus hechos por la libertad de la patria, instándole a coadyuvar en la empresa.

Accedido Saravain a la súplica de su novia, desertó de las filas "realistas" y se puso en camino a cumplir su riesgosa cuanto patriótica misión, como que llevaba comunicaciones para los guerrilleros que se mantenían en armas en los llanos de Casanare y eran la última esperanza de la revolución granadina.

Pero, sorprendido el joven en su fuga y hecho prisionero, se le secuestraron los papeles de que era portador. Entre éstos se encontraban los estados de fuerza de la guarnición de Bogotá y varias notas subscriptas por "La Pola"... El misterio quedaba, pues, aclarado... Aquel ignoto morador que con tanta habilidad ejecutaba los designios revolucionarios y que tanto preocupaba al gobernador y a sus esbirros, como el principal agente de los patriotas en la ciudad, era... ¡Polycarpa Salavarrieta!

VI

Noticiado Sámano de tal suceso, llamó sin pérdida de tiempo a su despacho a uno de los jefes de la guarnición, y encargóle de la prisión de la joven.

Mas infructuosas resultaron las ímprobas pesquisas que se hacían en cumplimiento del mandato del gobernador.

Los días pasaban y el paradero de la valiente patriota no descubríase, con gran contentamiento de sus partidarios y no menor contrariedad de los encargados de aprehenderla.

Sin embargo, a uno de los más modestos soldados del rey, un sargento, apellidado Iglesias, tocaríale en suerte —¡triste suerte, por cierto!—el satisfacer los designios del tirano; para lo cual valióse de un ingenioso ardid, a estar a lo que sobre el ingrato suceso se dijera entonces por la ciudad y se ha perpetuado en la leyenda popular hasta la fecha.

Encontrábase el sargento—dice la tal leyenda—bebiendo en una taberna, cuando dijo que el gobernador quería festejar a "La Pola" y que deseando, por lo tanto, saber su paradero, premiaba con mil onzas al que se lo comunicase.

La tabernera, que escuchase esto, despertada en su alma baja la codicia, llamó aparte al sargento y le dijo:

—Si partimos el premio de que habéis hablado, yo podría indicaros la manera de ganarlo.

—¡Convenido!—le replicó el sargento.

—Pues bien; ahora mismo ha de pasar por aquí su hermano Bibiano de vuelta del mercado... ¡Es su propio retrato!... Lo demás corre por cuenta vuestra....!

Oyó esto el sargento y, puesto en acecho, al poco rato pudo comprobar la verdad de lo afirmado por su cómplice...

Y como no era conocido, siguió al mozo y dió con la casa de "La Pola", sita en la calle 11, no lejos de la plaza de Egipto, en la que instantes después penetraba acompañado de algunos soldados para arrestarla, en el preciso momento que la valerosa joven se regocijaba—muy lejos de imaginar siquiera el peligro que la amenazaba—con la señora Andrea Ricaurte de Lozano, de las buenas noticias que acababa de recibir, en la noche anterior", de los "patriotas".

Sorprendida así "La Pola", viéndose perdida, tuvo tiempo de hacer una seña a su amiga para que huyera y de quemar la correspondencia a fin de no compro-

EL PRECIO DEL CALZADO



—Señor zapatero, ¿puede hacerme un par de botines?
—No tengo inconveniente: déjeme doscientos pesos a cuenta y vuelva dentro de dos meses a ver si nadie ha mejorado la oferta.

meter a una cantidad de personas cuyos nombres figuraban en ella.

VII

Llevada que fué la valiente patriota al palacio del gobernador, éste, una vez en su presencia, la preguntó:

—¿Es usted Polycarpa Salavarrieta?

—Sí, y portaestandarte del gran regimiento de la Independencia!—contestó con energía y dignidad.

El gobernador, al oir tal respuesta, la volteó las espaldas y ordenó fuese inmediatamente encarcelada y sometida a un consejo de guerra, el que después de hacerle sufrir afrentosos ultrajes, condenó a la heroica joven—y a su prometido y ocho compañeros que con éste fueron aprehendidos — a la pena capital; sentencia que escuchó serenamente, con una imperturbabilidad y un valor dignos, por cierto, de aquellas heroicas matronas que nos describen los épicos anales de la Esparta.

Puesta en capilla, conjuntamente con su novio, un fraile enviado por el gobernador le ofreció su perdón y el de su prometido si confesaba quiénes le habían proporcionado los estados de las fuerzas de la guarnición bogotana. Mas la altiva joven, despreciando su vida y su pasión, así como las exhortaciones del sacerdote, aunque se confesó cristianamente, no comprometió a nadie en sus declaraciones.

El implacable déspota puso entonces el *cúmplase* fatal a la sentencia.

Y esta es, pues, la hermosa joven de alta talla y esculturales formas, de grandes y rasgados azules ojos, que los verdugos "realistas" iban—"por defensora de la libertad en su país y enemiga declarada de la autoridad de Su Majestad Fernando VII"—a ajusticiar en la risueña mañana del 14 de noviembre del año de gracia de 1817.

VIII

Sonada la hora en que debía verificarse la ejecución, se encaminó la joven al lugar del suplicio, encadenada con su prometido. Marchaba con paso firme, al frente de los que, por "traidores", iban al patíbulo maldiciendo al tirano y reclamando venganza de sus connacionales.

Sólo una vez sintió flaquear su espíritu espartano.

En el camino, a pie—pues para hacer más dolorosa la muerte y difundir el terror en todos los habitantes, los condenados eran conducidos así hasta el cadalso, prolongando de esta manera su agonía,—marchando bajo los abrasadores rayos del sol de los trópicos, sintióse atormentada por los terribles aguijones de la sed, y exclamó:

—¡Tengo sed!

Un soldado de la escolta, conmovido, tal vez, le alcanzó un vaso de agua.

Mas la valerosa joven, avergonzada de su debilidad, reaccionando con una energía admirable, lo rechazó diciendo altivamente:

—¡Ni agua quiero de los verdugos de mi patria!

Y como percatara que sus compañeros desfallecían—entre los cuales su novio,—ella les exhortó a morir como hombres, gritando en alta voz "que su sangre sería vengada"...

. . . .

A todo esto, llegada al patíbulo, sube serena, imperturbable, la cuesta de su Calvario; y saludando, sonriente, a sus camaradas, recibe con homérico gesto la descarga que la privó, cobarde, de la vida.

Fué fusilada por la espalda, como "traidora", al lado de su prometido, con quien se unió por siempre en el seno de la eternidad, ya que en este mundo el destino cruel e inexorable los separó cuando más soñaban ser felices...

. . . .

Su sacrificio fué hondamente sentido: en ese día todos lloraban en Santa Fe de Bogotá.

Y los granadinos consagraron a su memoria una canción fúnebre que—como lo ha escrito el historiador Mitre,—cual la voz de la patria infortunada, se convirtió en himno de guerra, repetido por toda Sud América.

He aquí algunas estrofas:

¡Granadinos: "La Pola" no existe.
Por la patria su muerte llorad,
Por la patria a morir aprendamos
O juremos su muerte vengar!

Por las calles al pie del sepulcro:
—"¡Asesinos!—gritaba—¡temblad!
Consumad vuestro horrible atentado,
¡Ya vendrá quien me sepa vengar!"

Y uno de sus contemporáneos (1) formó de su nombre un anagrama simbólico: *Polycarpa Salavarrieta: Yace por salvar la patria*, que es su epitafio heroico, que inmortaliza su memoria de heroína y de mártir en el mundo americano, esculpido con caracteres de oro en el Indice augusto de sus héroes.

Las almas nobles y valientes no sufren el dominio del Olvido; y la de Polycarpa Salavarrieta merece tener siempre un altar en el corazón no sólo de sus connacionales, sino que también de todos los nacidos bajo el coruscante cielo de la América.

¡Ya vendrá quien me sepa vengar!—gritaba la abnegada joven, modelo de patricias, momentos antes de la consumación de su martirio.

Y su muerte fué vengada, ciertamente.

Su voz, cual una profecía, fué el anuncio, nada menos, del advenimiento de aquella nueva era libertadora que, conducida experta y bravamente por la mano de Sucre y de Bolívar y sus legendarias huestes, pocos años después, consolidaba la emancipación, no sólo de su patria y Venezuela, sino que asimismo de todo el continente austral, en el memorable campo de Ayacucho, al pie del Condurcunca, el jueves 9 de diciembre de 1824.

IX

Lector amigo: como habéis visto, también las mujeres—cual todos los que hayan cultivado el estudio de la Historia deben saber;—también esos tiernos y delicados seres, destinados por la Providencia a endulzar nuestro sendero de infortunios y de lágrimas sintieron, allá entre las tibiezas y los halagos del hogar, estremecerse sus corazones ante la epopéyica cruzada en que, por su libertad e independencia, empeñadas estaban las prendas de sus más caras afecciones: sus esposos, sus padres, sus hijos, sus prometidos; y, alentadas por el sacrosanto fuego del patriotismo, han pagado su tributo de heroísmo a la causa de la democracia americana, y algunas — no pocas — bien espléndidamente, por cierto, cual la hermosa y abnegada joven, de alta talla y esculturales formas, de grandes y rasgados azules ojos, que en la mañana estival del 14 de noviembre del año de gracia de 1817, ante los moradores contristados de la heroica y altiva ciudad de Santa Fe de Bogotá, rindiera su preciosa vida en holocausto a la sagrada causa de la Libertad de su patria y de la América del Sur.

Gontrán ELLAURI OBLIGADO.

(1) Léase en nuestro próximo número la nota intitulada: "Descubrimiento histórico: Quién fué el autor del famoso anagrama 'Yace por salvar la patria'".

Nocturno

Dejamos la Galia en un barco que zarpaba de Massalia, una tarde de otoño, a la caída de la noche.

Durante esta noche y la siguiente permanecí en vigilia sobre el alcázar, y oía escuchaba el gemir del viento sobre el mar meditando con tristeza, ora contemplaba las nocturnas olas, sepultándome en vagos sueños.

Esta es la mar sagrada, la mar misteriosa donde, hace tres siglos, el sutil y desgraciado Ulises agitó sus graves errores: el sutil Ulises que, libertado de los peligros marinos, debía aún, según el adivino Tiresias, recorrer numerosas tierras, llevando un remo sobre su espalda, hasta que encontrara hombres tan ignorantes de la navegación que tomasen esta carga por un aspa de molino de viento.

Esta es la mar que antaño surcaron las galeras y los trirremes de los viejos poetas y de los viejos filósofos; y como ellos permanecían de pie sobre la popa, entre los atentos marineros, atenta ella también ha escuchado en noches semejantes las canciones de Homero y las palabras de Solón.

Esta es la mar donde, en los primeros siglos del error cristiano, cuando se acababa el reino de la santa naturaleza y comenzaba el del cruel ascetismo, el patrón de una barca africana oyó voces en la sombra, y una que lo llamaba por su nombre, y le decía: *¡El gran Pan ha muerto! ¡Id entre los hombres y anunciadles que el gran Pan ha muerto!*

Y en la misteriosa noche sin estrellas, sobre el caos negro del mar y bajo el negro caos del cielo, había una tristeza en pensar que quizá el lugar ignorado, movible y obscuro que atravesaba nuestro barco, había visto pasar todos estos fantasmas de los que nada quedaba.

Y por este pensamiento, que me pareció extraño y triste y que turbó mucho tiempo mi corazón de decepcionado retórico, puedo todavía, entre tantas horas olvidadas, evocar estas negras y lejanas horas en las que soñaba sobre el alcázar del navío zarpado de Massalia, una tarde de otoño, a la caída de la noche.

Jules TELLIER.

Hinchazón del estómago

Llamada así generalmente, es en realidad la dilatación del estómago, provenientes de malas y defectuosas digestiones. Se sufre de timpanización a las paredes, esto es, a la palpación nota usted un ruido de hueco, de verdadera hinchazón. Poco a poco los tejidos van perdiendo su poder de contracción, llegando un momento en que por pérdida de tan importante propiedad estará usted condenado a hinchazón perpetua.

Conviene no ingerir demasiado líquido, sobre todo evitar aguas minerales gaseosas, bebidas fermentadas, etcétera, no comer con exceso, ni muy apurado. Hacer ejercicio moderado, gimnasia del abdomen e intestino, hidroterapia general, duchas livianas locales y fricciones secas. Así contribuirá usted a entonar paulatinamente esos tejidos relajados; esto como tratamiento externo.

Conviene además estimular las secreciones y movimientos peristálticos, por medio de medicamentos, que al mismo tiempo sean absorbentes, reductores y excitantes de tales funciones. A mi entender está muy indicado el "Neomix" un nuevo producto que empieza a circular con bastante profusión y que según ensayos efectuados, está indicadísimo en esta clase de enfermedades.

Dr. M. C.

Él cumpliría, pero ella nó

—Mi esposa está desesperada con la pérdida de su collar de diamantes que costó diez mil pesos.

—¿Por qué no publicas un aviso ofreciendo mil dólares y la promesa de no hacer ninguna pregunta a quien te lo devuelva?

—Bien; yo podría cumplir con la primera parte; pero dudo de que mi esposa cumpliera con la segunda.

CANTOS CRIOLLOS



(Tristes)

Suelta mi pecho un lamento,
al impulso del pesar,
y por no poder llorar
me río del sufrimiento.
Es tan duro y tan violento,
el pesar que me acongoja,
que algunas veces me arroja
la inspiración de mi canto
y al árbol de mi quebranto
le da diariamente una hoja.

Fué aumentando su grandeza
la patria donde nací,
hasta que un día la vi
con fortuna y con belleza.
Alargué con ligereza
mi mano para pedir;
lo que pude conseguir
fué un palmo de tierra santa
para descansar la planta,
después de tanto sufrir.

En otro tiempo el paisano
era el rey de la campaña
y sus hechos y su saña
premió el antiguo tirano.
Decir: soy americano,
era el sello más divino,
nos sonreía otro destino
y nos cubría otra palma
y había dentro del alma
el espíritu argentino.

Las costumbres de este suelo,
dormidas en la memoria,
solo recuerda la historia
en sus hojas con anhelo.
Pero yo tengo el consuelo
de cantar su tradición
y de todo corazón,
sin negar la patria mía,
yo canto con alegría
las glorias de esta nación.

Ya murió Aniceto el Gallo;
ya murió Anastasio el Pollo;
solo el recuerdo de criollo
en la tradición lo hallo.
A Santos Vega lo callo,
figura noble y divina,
que en época, no mezquina,
a nuestras glorias cantó
el grande gaucho que dió
la República Argentina.

LAUSANA Y EL ALPINISMO

En 1803, Lausana, pequeño burgo a orillas del lago Lemán, sólo contaba diez mil habitantes escasos. En un siglo, o poco más, su población ha crecido tan rápidamente, que en 1909 se elevaba a 60.000 almas, y actualmente va camino de llegar a las cien mil y hasta de sobrepujar a Ginebra, que permanece estacionaria. ¿Qué es lo que ha producido este rápido crecimiento? Los Alpes y el alpinismo.

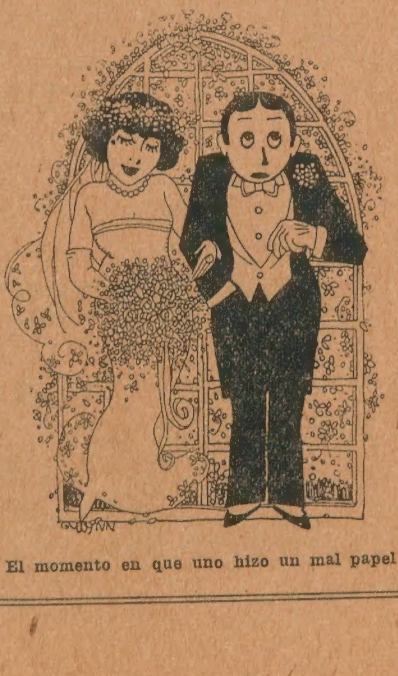
En tiempos pasados, Lausana era famosa en el mundo entero por sus médicos y por sus establecimientos de enseñanza. Situada en el cruce de los caminos que desde Ginebra conducían al Oriente y desde la Borgoña al Valais y a Italia, servía de estación de reposo en estas largas vías militares y comerciales. Pero sólo entraban en ella los que se veían obligados a pasar por dichos caminos. Las comunicaciones eran demasiado difíciles para que nadie fuese a Lausana por puro capricho. Un día, sin embargo, un joven ginebrino, que se confesaba absolutameste desconocedor de la música, fué, no obstante, a enseñar música a Lausana, y cuando salió de allí extendió por toda Europa una idea nueva: el amor a la naturaleza. Aquel joven se llamaba Juan Jacobo Rousseau, y sea cual fuere la opinión que, en uso de un perfecto derecho, tenga cada uno acerca de la personalidad y de sus teorías, es lo cierto que a él se debe en primer lugar la popularidad de los Alpes y la moda de la montaña. Precisamente poco más tarde, un gran descubrimiento venía a aumentar esta popularidad; el ferrocarril permitía a las gentes ir a ver los Alpes, en vez de contentarse con leer su descripción. Luego, los ingenieros modernos hicieron a Suiza más accesible abriendo el túnel de San Gotardo, y últimamente el del Simplón ha venido a ser para Lausana una fuente copiosísima de actividad. En 1900, visitaba Lausana un millón apenas de turistas; hoy, pasan de dos millones los que anualmente entran en la misma ciudad.

Es evidente que muchos de estos viajeros llegan allí atraídos por la fama de los médicos locales, cuya tradición no se ha perdido; pero el extranjero que viene a consultar con el doctor sería ave de paso si no estuviesen allí las mesetas del Jura y de los Alpes, formando una serie ascendente de estaciones sanitarias que permiten un rápido cambio de clima y de aires, y entre las cuales los médicos no tienen más que escoger la más conveniente en cada caso.

También es cierto que el estado en que la enseñanza se halla en Lausana atrae a muchos extranjeros. Suiza es tal vez el pueblo en que más se atiende la instrucción pública; sus leyes hacen obligatoria la instrucción primaria de los siete a los quince años, y castigan con multas o con la cárcel al padre del alumno que falta a la escuela. En Lausana, además de la Universidad, a la que está agregada una escuela de ingenieros, hay dos institutos para muchachos y dos de muchachas, más de cien escuelas de segunda enseñanza, una Escuela Normal, nueve salas de gimnasia, la llamada Escuela del Bosque, una Escuela Industrial, un Colegio Cantonal, la Escuela Vinet, para señoritas, una escuela de amas de casa, otra de camareras de hotel, un conservatorio de música, ciento seis colegios de internos de ambos sexos, y una Escuela Moderna establecida sobre el plan de la Ecole des Roches de Francia. Indudablemente, muchos de estos establecimientos son inferiores a sus similares de otros países, y sin embargo, están siempre llenos de alumnos y alumnas, no sólo suizos, sino también alemanes, austriacos, rusos, ingleses, americanos, holandeses y rumanos. Las familias de estos alumnos buscan la vida sana y tranquila de Lausana, vida alegre sin placeres malsanos; buscan los deportes, que contribuyen tanto como la enseñanza intelectual a hacer hombres y mujeres de los niños y las niñas. Por eso en Lausana cada colegio tiene su campo de "tennis"; por eso la gimnasia sueca, el alpinismo y la danza forman parte esencial de la educación.

Pero los deportes de invierno son los que constituyen el principal atractivo de Lausana. No hay en el mundo otra ciudad que, con iguales comodidades, pueda ofrecer durante cinco meses seguidos tantos lagos y estanques helados a los patinadores, tantas pendientes cubiertas de nieve a los devotos del luge y del ski. Y Lausana sabe desarrollar estos deportes, cuidando sus estanques y sus pistas, utilizando la montaña, la nieve y el hielo para retener a lo que de otro modo sería simple flotación flotante. En una palabra, Lausana sabe que sin los Alpes y el alpinismo, sus famosos médicos y sus centenares de escuelas acaso no le servirían de nada.

RECUERDOS DE LA JUVENTUD



El momento en que uno hizo un mal papel

La Navidad en los Balcanes

Los aldeanos serbios celebran la Navidad con entusiasmo extraordinario. Una de las curiosas costumbres que observan en este período de fiestas, es la del "lanzamiento del Kutjé", que al parecer no se conoce en otras ramas de la raza eslava.

Cada familia prepara un enorme pastel de harina de trigo, miel y confituras, y antes de ponerlo a cocer, coge el padre un puñado de la masa pegajosa, y en presencia de su mujer y de sus hijos lo tira al techo.

Si la masa se queda pegada es buena señal; el año nuevo traerá muchas alegrías y muchas felicidades a los miembros de la familia, pero si cae al suelo sin adherirse son de temer grandes males.

FRAY MOCHO — SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: PASEO COLÓN, 1266 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el exterior		En el Interior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre $ oro	2.00	Trimestre	$ 3.00
Semestre	„ 5.00			Semestre	„ 6.00
Año	„ 9.00	Semestre „ „	4.00	Año	„ 11.00
N.° suelto	20 cts.			N.° suelto	25 cts.
N.° atrasado	40 „	Año „ „	8.00	N.° atrasado	50 „

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Dirección, Redacción y Administración: PASEO COLON, 1266
U. T. 184, Avenida

A los coleccionistas de "FRAY MOCHO"

Habiendo sufrido un alza el valor de los materiales empleados en las tapas para la encuadernación de los ejemplares de nuestra revista, anotamos a continuación los precios que regirán en lo sucesivo:

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico	„ „	„ 6.—	1.50

LA ADMINISTRACION.

LA TIA MIOPE



—Clarita: ¿por qué no tocas algo más interesante que ese dúo clásico?

LA PERPETUA DESPEDIDA



Ave Caesar, morituri te salutant!

UN OPTIMISTA



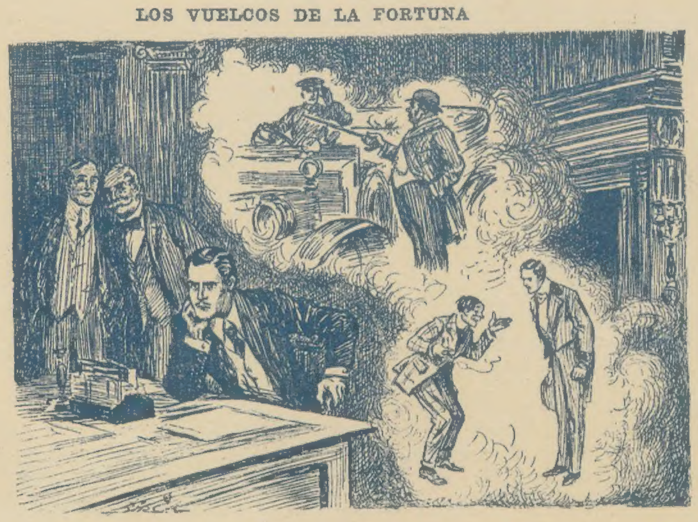
—¡Bah! En un pic-nic no todo puede ir bien.

UN DESCONTENTO



—Cuando se piensa que la tierra recorre veinte mil metros por segundo, uno comprende que, en comparación, el servicio de esta casa es excesivamente lento.

LOS VUELCOS DE LA FORTUNA



El joven arruinado no sabe qué hacer para ganarse la vida: ¿será chauffeur de su ex mucamo o mucamo de su ex chauffeur?

EL HEREDERO



—¿Por qué te has disgustado con tu tío, si ha resuelto pagar todas tus deudas?
—Por eso, pues: me está arruinando.

DIPUTADOS EN MAR DEL PLATA



—No te olvides, che, de que estamos defendiendo los intereses del pueblo.

ALEMANIA Y LOS ALIADOS



—¡Bah!: me alimentan para comerme, pero cuando esté bien gordo, veremos quién se come a quién.

(De "Le Rire").

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires


CHOCOLA
LA PRODUCTORA AMERICANA
(EL IDEAL DE LOS NIÑOS)
La Productora Americana
CHOCOLATE VAINILLA
Para estas solemnes festividades, nuestro chocolate es indispensable en todos los hogares.
E. PARODI & Cía.
RIVADAVIA, 620
BUENOS AIRES